ESTEBAN MAGNANI
DESPUÉS DE TODO
AUTORIA
Literaria

DESPUÉS DE TODO

ESTEBAN MAGNANI

DESPUÉS DE TODO

AUTORIA
Literaria

www.autoria.com.ar

Direccion editorial: **Gastón Levin**
Autor: **Esteban Magnani**

© De la presente edición, 2018
© Esteban Magnani, 2018
© Autoría Editorial, 2018

Corrección/Edición: **Jessica Brunstein**
Diseño de tapa e interior: **Donagh | Matulich**

Registrado bajo licencia Creative Commons, 2018.

*Después de todo***,** por Esteban Magnani, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Usted es libre para:
Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
Adaptar:remezclar, transformar y crear a partir del material.

El licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia. Bajo los siguientes términos:
- **Atribución:** en cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría (obligatoria en todos los casos).
- **NoComercial:** usted no puede hacer uso del material con fines comerciales.
- **CompartirIgual:** si usted mezcla, transforma o crea nuevo material a partir de esta obra, usted podrá distribuir su contribución siempre que utilice la misma licencia que la obra original.
- **No hay restricciones adicionales:** usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Magnani, Esteban
Después de todo / Esteban Magnani. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autoria Sherpa, 2018.
256 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-46454-5-6

1. Literatura Argentina. 2. Ciencia Ficción. 3. Novelas de Ciencia Ficción. I. Título.
CDD A863

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.

“Esta es la historia de un hombre que cae de un piso cincuenta. El tipo mientras va cayendo se repite sin cesar para tranquilizarse: “Hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien… hasta ahora todo va bien…”. Pero lo importante no es la caída, sino el aterrizaje…”.

La Haine, película
de Mathieu Kassovitz, 1995

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

Estoy de vuelta. Lo siento en la lengua. Estoy paladeando un trago de leche. No es el sabor conocido, de otra época, la leche aguada, excesivamente procesada que compraba en el supermercado. Esta es dulce y espesa, recién ordeñada, posiblemente llena de gérmenes, como nunca la tomé en mi vida anterior.

Mi lengua recorre la boca, el paladar y las encías, grabando el sabor en mi memoria. Repaso los dientes que quedan y palpo los espacios vacíos. Intento contarlos con la torpeza de un ciego reciente obligado a desarrollar el tacto. Pierdo la cuenta con facilidad. Las escasas piezas sobrevivientes están inútilmente alineadas gracias a años de una carísima ortodoncia infantil. No sé cuántos quedan (¿diez?, ¿doce?), pero sí que la fila está diezmada.

Mi mano se esfuerza por escribir. Parece recordar ese arte con lentitud. Antonio me sirve otro vaso de leche caliente, algo sorprendido por verme sentado y escribiendo por primera vez desde mi llegada. ¿Cuánto tiempo pasó desde que salí corriendo de ese patio en San Fernando? ¿Tres años? ¿Cuatro? ¿Dónde estuve? De ese período interminable recuerdo el hambre, el frío y el cansancio como una nube incierta. Recuerdo sabores que preferiría olvidar; también un deseo irreflexivo de seguir viviendo sin preguntarme para qué.

Siempre busqué relatos, explicaciones, sentidos. Necesito un mapa hecho con palabras; cuando faltan me siento perdido, me falta el aire. Necesito ejercitar los músculos de la memoria, de mi mano, para escribir. Hace tiempo que recuperé la fuerza física. Llegó el momento de enfrentar la memoria, ordenar esos flashes que iluminan distintos rincones de mi mente.

Más allá veo a Antonio hachando un árbol con método, sin furia. Suele andar callado, como ahorrando energía. Él no necesita ordenar sus pensamientos. Su vida interior es un enigma para mi; probablemente para él también. Algunas noches, especialmente si conseguimos un poco de alcohol —algo cada vez más raro, salvo por la "chicha" que destilamos—, puede hablar durante minutos, alguna vez hasta media hora sin parar. Siempre con frases cortas.

Con esos frutos caídos irregularmente, en los últimos años pude armar su historia y el puente hacia la mía. Si supiera lo que hago con sus relatos fragmentarios probablemente se avergonzaría. Él no necesita darle un sentido a las cosas, unirlas en un relato: lo que es, es, y lo que no es, no es. Así Parménides pateaba el problema fuera de su vista.

Probablemente se sorprendería de mi intento de establecer contactos entre partes de su vida, de unir recortes como si realmente hubiera un hilo, como si detrás del devenir caprichoso se escondiera un escritor o un guionista con un mensaje o una moraleja para justificar su obra. Ya lo dije: necesito narrativas. Crecí abrazándolas y sin ellas el mundo se desmiembra irreparablemente en un caos que me marea. Para Antonio, en cambio, mi escritura es un desperdicio: "Si quiere descansar, mejor tírese a dormir", me dijo ayer después de verme escribir durante más de una hora. Antonio se mueve para hacer tareas productivas: junta leña, agua, riega la huerta, alimenta a los animales. Si se echa a la sombra de un árbol a dormir es para recuperar las fuerzas que le permitirán volver a producir. Es mi reflejo invertido y al verlo a él, comienzo a recuperarme a mí.

Antes de enfrentarme a mi propia historia, debí recuperar las palabras. Leía lo que caía en mis manos. Encontré El tiempo debe detenerse *de Aldous Huxley, uno de mis ídolos de la adolescencia gracias a* Un mundo feliz *y* Las puertas de la percepción. *Su forma de ordenar el caos, aun al precio de forzarlo, alimentaba mi necesidad de creer que había un orden. Algunas frases de este libro me sacudieron: "Si uno es juicioso –dijo finalmente-, no pregunta si hay sentido en las cosas. Uno hace su trabajo y deja el problema del mal al propio metabolismo. Eso sí tiene sentido. Porque eso no es uno mismo. No es humano, sino parte del orden cósmico. Ese es el motivo por el cual los animales no tienen preocupaciones metafísicas. Como son idénticos a su fisiología, saben que hay un orden cósmico. En cambio los seres humanos se identifican con el afán de hacer dinero, por ejemplo. O con la bebida, o con la política, o con la literatura. Nada de lo cual tiene que ver con el orden cósmico. Es así como descubren que nada tiene sentido".*

Hacemos siempre la pregunta equivocada y como no tenemos respuestas, buscamos otro chupete para pacificarnos por unos días más. No sé vivir de otra manera, aunque mis chupetes siempre fueron más complejos, más trabajosos.

1

De los pocos monólogos de Antonio pude reconstruir la historia que él nunca ordenó. Nació en un pueblo cerca de la Cordillera de los Andes, en medio del desierto. Alguna vez mencionó Plaza Huincul, pero no me quedó claro si allí llegaron sus padres antes o después de su nacimiento. Ese es otro obstáculo para armar la historia: una interrupción puede hacerlo tomar consciencia de su derroche de palabras; entonces se genera un nuevo silencio de semanas, solo interrumpido por menciones concretas a problemas prácticos.

Mencionó unos terrenos de YPF, cercanos al pueblo. Su padre debía cuidarlos, aunque nunca, me dijo, entendió de qué. Entre el viento y el polvo no quedaba otra opción que valorar las pocas cosas que les daba la naturaleza. El agua, la comida, el pasto para las ovejas lo habían transformado en un burócrata, un contador de la naturaleza responsable de cuidar el haber y regular el debe. El padre era un hombre de campo y no se acostumbraba a vivir de las vituallas que les acercaban cada mes en un camión. Decía que si las utilizaba se iba a tener que emborrachar para matar el tiempo. Había prometido no beber más luego de que su esposa muriera. Nunca supe si había relación entre el alcohol y esa muerte. Tal vez Antonio tampoco.

El padre comenzó a utilizar el agua de pozo para una huerta protegida del viento con una pared de piedras que él mismo armó. En ella Antonio y los dos hermanos trabajaron durante años, expandiéndola, al mismo tiempo que estiraban los sembradíos en esa tierra dura y seca. Antonio me lo contó mientras desmenuzaba con una mano varios puñados de tierra negra, como dejando caer monedas de oro.

Cuando cumplió seis años, el padre lo envió a una escuela rural.

Era cercana para los estándares del desierto, pero debía caminar una hora o más para llegar. Nunca supo los kilómetros exactos recorridos tantas veces. Es que el recorrido atravesaba un desierto que nada entendía del sistema decimal y el tiempo cronometrado: las horas del día ni siquiera estaban puntuadas por las comidas. El paisaje era siempre el mismo. Finalmente, si uno persistía, aparecían repentinamente un par de casas y la escuela, un rancho con techo de chapa, en la que se encontraban los diez, a veces quince alumnos que trabajosamente se acercaban allí para saludar a la bandera y sentarse en un banco a escuchar y escribir. A los padres no les interesaba que estudiaran, a los maestros, por muy buenas intenciones que tuvieran, solo les interesaba huir de ese desierto interminable. Como pude comprobar, un Estado en franco retroceso apenas llegaba allí con ecos vagos y amenazadores que conminaban a los niños a ir a la escuela o a atenerse a dudosas consecuencias.

Así transcurrió su infancia, ocupado en vivir y poco más, con sus hermanos, su padre y las ocasionales visitas a la escuela donde lo preparaban para un mundo que se parecía poco al suyo. A veces se entusiasmaba con los mundos de números, letras, mapas, lugares lejanos e historias pero, al salir, todo parecía diluirse en el desierto y en ese aire siempre apurado. La omnipresencia de aquellas ráfagas permanentes todavía se percibe en sus comentarios de cada mañana: “Hoy no hay viento”, dice, apenas se sienta con un té de peperina, mirando las montañas desde la ventana como si fueran una novedad. No lo sorprendían la lluvia, las crecidas, las tormentas: sí el viento o, mejor dicho, su ausencia.

Después de dieciocho años, gracias a algún gatillo burocrático desconocido e imprevisto —tal vez la mirada de un empleado sobre un papel olvidado, una carpeta cambiada de lugar— les llegó la orden de irse del terreno que debían proteger de un peligro inexistente. Detrás dejaron el rancho, la pared de piedra y dos árboles retorcidos que usaban testigos como bastones: “No se sabía si era por lo viejo o por lo jóvenes”, me dijo Antonio sonriendo en un arranque poético inusual. A veces tengo la efímera sensación de que busca impresionarme.

Pero fue antes, en esa escuela, que conocí a Antonio cuando era un adolescente. Yo venía de Buenos Aires, recién terminaba el

profesorado en el Mariano Acosta, en pleno Once, y soñaba con un poco de silencio, con dejar atrás el ruido de la ciudad.

El año antes de partir hacia Neuquén, tras terminar los últimos trámites para el título, salí de la escuela. Once estaba más decadente de lo habitual; los síntomas que en otra época eran ocasionales se repetían cada vez más, pero ese día formaron un festival de extremos: por la noche, desde la ventana, había escuchado la voz de un cafisho acusando a una puta de haber atendido un cliente a escondidas y de no darle su parte. Quedé un par de horas desvelado, intentando no imaginar la historia sugerida detrás del reproche.

Esa mañana desperté con ardor en los ojos. Sin nada para desayunar, fui al supermercado; dos chicos relataban una pelea con entusiasmo; a mi regreso esquivé el vidrio roto de un auto sobre el cordón de la vereda y, finalmente, antes de entrar a la escuela, crucé a un travesti madrugador o necesitado de horas extra que se exhibía como saldo. Al entrar en la escuela, sentí cómo caían los últimos granos de arena en el reloj, pero no sabía cómo darlo vuelta para reiniciarlo. Los profesores hablaban de una sensación similar en los 90, un recuerdo que apenas podía evocar porque entonces era demasiado chico. Podría estirar mis años de estudiante y completar la carrera de Ciencias de la Comunicación. Tenía aprobadas las materias de la tecnicatura, necesarias para dar clases también en secundarios. Pero necesitaba trabajar: estudiar era un lujo que no podía darme si prefería evitar la ayuda de mi padre.

Perdido en la incertidumbre personal, del país, del mundo, bajé la escalera y me crucé con Lautaro, un compañero del profesorado y parte del secundario. Se me acercó bajando la escalera en diagonal. Me saludó y, entusiasmado, me dijo algo que sabía me interesaría:

—Se abrió un concurso para escuelas rurales y no lograron llenar el cupo mínimo. A la hora de la verdad, nadie se va a vivir a un ranchito por elección.

Él sabía de mis fantasías bucólicas. Era uno de los tópicos insistentes en nuestras noches de estudio. Lautaro sabía que me estaba provocando a concretar lo que tantas veces había insinuado, pero en lugar de intimidarme, mi imaginación se llenó de lugares idílicos donde contemplar el horizonte, pensativo, lejos de las redes sociales, del ruido de la ciudad, de la vorágine. Lo pensaba con esas

mismas palabras, estoy seguro. Era aún demasiado adolescente como para darme cuenta de que leer *El lobo estepario* no me había acercado ni un poco a encontrarle sentido a la vida, sino apenas a vestirla mejor. En cualquier caso, quería enfrentarme a mí mismo, desnudo de distracciones, tal vez influido por las historias de hombres solitarios en la naturaleza que me habían apasionado desde chico: Tarzán, Robinson Crusoe, Walden, Harrison Ford en *Costa mosquito*, *Mal de altura* de Krakauer, *Relato de un náufrago*, el Supertramp de *Por rutas salvajes*... Esa película que vi poco antes de terminar el profesorado me hizo llorar hasta el babeo y me reconectó con un romanticismo adolescente capaz de emborracharme. Mi única experiencia real en la naturaleza, más allá de las abstracciones de la lectura, había sido en un campamento con Pepo. Apenas si había rasgado su superficie. Aun así algo en mí seguía ansiando llenarse de esa omnipotencia hecha de viento, agua, clorofila, colmillos, que el ser humano se empeña en controlar y a la que ha inoculado un cáncer que no la matará pero la cambiará para siempre. Pese al magnetismo teórico-literario que ejercía en mí la naturaleza, el pequeño escarmiento práctico de unos años atrás me llevó a preferir un contacto con ella un poco más controlado. Dar clases en una escuela rural, podía ser el paraguas ideal para esa experiencia.

Sin dudar, cumplí con los trámites finales de la preselección. En mi cabeza se dibujaban edificios blancos con una bandera celeste y blanca ondeando en el frente. Detrás se podía ver la ruta 40, uno de los siete lagos y mi figura, recortada contra el fondo montañoso, emprendía una larga caminata por el bosque. Las escuelas que imaginé también podrían ubicarse en un paisaje más "Horacio Quiroga", una selva del norte, donde aprendería sobre las frutas capaces de hacer sobrevivir a alguien perdido por meses. No era la primera vez que me asaltaban esas imágenes: cuando supe de una escuela en el Paraná de las Palmas, me fantaseé recorriendo los riachos en mi propia canoa. Para entonces había leído algunas crónicas de Lobodón Garra, el seudónimo de Liborio Justo, y de su vida en tales parajes. La descripción de una tierra llena de "bribones" que escapaban de la ley y se mataban por nada, refugiados en la anarquía de las islas, estimuló mi imaginación aún más. No importaba que el delta que yo conocía tuviera casas a dos

aguas, paneles solares, bares y lanchas a motor amarradas a los muelles.

Lo cierto es que, más allá de unas jornadas sobre educación rural a las que había asistido, no tenía demasiado conocimiento sobre el campo y muy pocos puntos para competir por un puesto. El objetivo de mínima era patear cualquier decisión unos meses, refugiarme en una excusa para no encarar mi futuro. Pero el destino se encargó: gracias a distintas conexiones, un docente del profesorado y una serie de casualidades fuera de mi entendimiento, conseguí un cargo suplente en una escuela rural en Neuquén, cercana a la cordillera y con un viento que andaba "a los cachetazos", como me explicó el que me atendió en el mostrador antes de firmar el contrato. Allá me esperaría otro docente con más experiencia para ayudarme, según me dijeron, conscientes de mi desconocimiento sobre el trabajo en un lugar tan remoto. Sin comprender bien cómo, me encontré con un plan desconocido sobre el que tenía más fantasías que certezas pero acepté la tregua para no tener que pensar. Además, si quería estar conmigo, probarme, lo mejor era el desierto, donde nada distrae, donde la naturaleza absorbe el exceso al que estaba acostumbrado. Todo eso pensaba entonces.

Pero la realidad, suele ocurrir, es otra cosa.

A comienzos del siguiente año lectivo armé un bolso y una valija con rueditas en la que puse varios libros. El verdadero material de lectura lo tenía en un lector electrónico con más gigas de texto que los legibles por un mortal a lo largo de su vida. En la computadora también tenía varias películas que nunca me había atrevido a ver porque cada vez que llegaba el momento de ocio terminaba inclinándome por una cómica y dejaba las serias y deprimentes para más adelante.

Y también me llevaba a mí mismo, listo para ser diseccionado, analizado y comprendido.

2

El viaje fue largo. Me llené de horizonte mirando la ventana durante el día. Me resultaba imposible concentrarme en la lectura, entre ansioso y asustado.

En la terminal me esperaba Jerónimo, el docente a cargo de la escuela. Me dio la bienvenida, me condujo a su camioneta destartalada, arrancó y en minutos nos enfrentamos al desierto. Jerónimo me cayó bien: con el tiempo descubrí que tenía un optimismo tranquilo, capaz de mantenerlo funcionando eternamente a bajas revoluciones, como si estuviera corriendo una maratón sin línea de llegada.

Durante el viaje me contó los planes: me haría cargo de los más grandes (yo ya lo sabía), eran buenos chicos, algunos con ganas de aprender y otros con ganas de terminar el secundario para conseguir algún trabajo en la ciudad donde les pedían marcar con una cruz en el casillero de “Secundario completo”. Nuestra tarea era ayudarlos a desarrollar su curiosidad, darles las herramientas. También me pidió que no los subestimara: el silencio en ese desierto no siempre implicaba ignorancia o falta de ideas “como en otras partes”, sino necesidad de tiempo, de empatía. Comprendí que allí yo representaría al “energúmeno urbano”, siempre apurado. Acepté mi rol con resignación. Tendría en total veinte alumnos de entre catorce y diecinueve años, pero raramente irían más de diez o quince.

Lleno de polvo pese a las ventanillas cerradas, llegué a la casita ubicada a un lado de esa escuela formada por un par de aulas. Mi habitación contaba con un catre, una jarra y un balde. La estufa a gas, alimentada por una “chancha” que cargaban una o dos veces por mes según la época del año, sería fundamental para pasar el invierno. Para cualquier imprevisto, había una salamandra que se

alimentaba a carbón por falta de leña. Por lo demás, un par de estantes en las paredes y un dibujo de unas montañas, seguramente dejado por el anterior inquilino.

Realmente tendría que enfrentarme a mí mismo sin mis armas de distracción, sin un celular en el que esconderme, sin internet para creer que tenía un millón de amigos. Mi apuro se fue diluyendo en el desierto, para alegría de Jerónimo. A lo largo de dos años di clases a los alumnos que se acercaban ocasionalmente, cuando no había demasiado viento, cuando no nevaba, cuando ellos o un hermanito no estaba enfermo, cuando no era tiempo de ir a cosechar frutas a mano en algún campo cercano... Intenté generar un "aprendizaje significativo" para ellos, capaz de interesarlos y dejarles un par de herramientas mentales. Me apoyaba en sus intereses más que en el plan de estudios. Ellos me escuchaban a pesar de que yo les parecía un ser lejano, raro, con quien resultaba difícil identificarse, pero por momentos entretenido. Las diferencias de edad y conocimiento de mis estudiantes, me obligaban muchas veces a darles tareas distintas y luego mantener diálogos en voz baja con grupos más reducidos.

Entre ellos estaba Antonio. La brecha entre nosotros era mucho mayor que los seis años que nos separaban. Sus ojos me resultaban opacos y no permitían adivinar una vida interior. En aquel entonces para mí era un chico más y apenas puedo diferenciarlo en mis recuerdos de los demás estudiantes que, al igual que él, faltaban con regularidad. Años más tarde, en nuestro segundo encuentro, él me recordó frases, historias, explicaciones mías. Con esos retazos de su memoria pude armarme una idea de cómo había sido nuestro vínculo. Yo le daba libros y él, para mi sorpresa, los traía en poco tiempo y me pedía otros. Si le preguntaba su opinión sobre ellos no me concedía más que dos o tres palabras. Me frustraba su parquedad, sobre todo porque quería recomendarle otros capaces de coincidir con sus gustos, expandirlos, acaso moldearlos, y mantener vivo el entusiasmo. Mucho tiempo después me explicó que se había acostumbrado a leer cualquier cosa que le dieran solamente para no tener que hablar, en especial, a mujeres, a las que solo cruzaba en la escuela.

A Antonio creo que le gustaban mis clases de química. Yo las llamaba así pero nunca fui más allá de explicar que los objetos

están formados por unos pocos elementos, menos de doscientos, y que estos, a su vez, se armaban con unas pocas partículas. Para él fue un hallazgo. Pude recordar sus insistentes preguntas: ¿eso significaba que mezclando los átomos de, por ejemplo, la tierra en forma adecuada podría hacer hierro, leche, carne u oro? Contesté que teóricamente sí, pero que solamente se había logrado producir algunos en grandes laboratorios y en cantidades limitadas. Expliqué que la mayoría de los elementos más pesados se habían cocinado en el corazón de las estrellas y que la escala humana era mucho más modesta.

Hice una breve historia del Big Bang, de las estrellas que nacían y morían, pero dentro suyo, con el calor y la presión, se combinaban elementos más simples para hacer otros más pesados y cerré con la frase de Carl Sagan: “Somos polvo de estrellas”. Si bien expliqué esa historia prácticamente a cada uno de los alumnos que tuve a lo largo de mi vida, en reuniones, a amigos y demás, nunca tuve una sensación tan clara de que para ese público se trataba de otra leyenda sobre el origen de la vida. Varios de los chicos eran de origen mapuche (aunque no sé cuánto quedaba de esa tradición en ellos) y mi explicación científica, basada en millones de estudios, análisis, instrumentos, podría tranquilamente formar parte de otras tantas historias que se contarían durante la noche alrededor del fogón.

Antonio recordó años más tarde la admiración que le desperté como profesor por lo que sabía. Su padre era parco y casi no le hablaba; sus hermanos también buceaban en el silencio. Gracias a mis historias por primera vez se preguntaba de qué estábamos hechos, cuál era el origen del universo y alguien venía a contestarlo con convicción.

Durante esos dos años en Neuquén comprendí que si bien compartía un idioma con mis alumnos, no compartía referencias comunes desde donde construir una relación. Cuando intentaba explicarles cómo funcionaba la división de poderes en el gobierno, las atribuciones del ejecutivo, legislativo y judicial, se quedaban mirando, preguntándose cómo iban a memorizar esas palabras vacías para el examen. También, recuerdo, les encargué trabajos sobre protección del medioambiente para que ellos se involucraran en el conocimiento de su tierra y sus equilibrios. No logré saber

nunca qué entendían ellos por medioambiente. Cuando les preguntaba me señalaban afuera. No había nada que proteger allí: ellos eran los que tenían que protegerse del "medioambiente" que intentaba matarlos de frío, de sed, de hambre, de polvo y viento. ¿Proteger a la naturaleza? ¿Ellos? ¿Qué clase de delirio mitómano podía tener alguien para creerse que ese desierto necesitaba hombres que lo protegieran?

Terminados los dos años, me despedí de todos y volví a Buenos Aires. A Antonio no llegué a verlo: ya lo habían echado del terreno de YPF y dejó la escuela con diecinueve años y algunas materias del secundario aprobadas. Se fue a trabajar de tarefero, me contó después, y luego como guardia de seguridad de un edificio en Córdoba. En ese trabajo conoció el aburrimiento más profundo y sintió que el diablo se le metía en los pensamientos. Para ahuyentarlo leía, pero el sueldo no le alcanzaba para comprar los libros capaces de llenar tantas horas; además, los entretenimientos urbanos como el fútbol, las redes sociales, la charla con colegas o vecinos le resultaban ajenos. Él estaba acostumbrado a vivir ocupado haciendo cosas y ahora trabajaba para garantizar que nada sucediera. ¿Trabajar cuidando de los ladrones un edificio? Qué cosa más estúpida. Si uno tiene miedo a la gente peligrosa, se va a donde no la haya. Pero los habitantes de la torre estaban emperrados en quedarse aunque no les gustara y por eso debían contratar seguridad, comprar aires acondicionados para el calor, autos para embotellarse cómodamente, ir al gimnasio para no engordar de tanto estar sentados, correr para ir al cine o para ver amigos, complicarse la vida trayendo más y más cosas que supuestamente se la simplificarían.

Dos vecinos le pasaban libros y les gustaba comentarlos con él. Poco después, el administrador le contó que el presidente del consorcio se quejaba de que se la pasaba leyendo en lugar de hacer su trabajo. Finalmente lo despidieron.

Durante un intercambio de libros, Antonio comentó a uno de los vecinos que extrañaba el campo. Culposo por el despido de su protegido, el vecino mencionó a un conocido que tenía un campo a doscientos kilómetros al sur de la capital cordobesa. Después de algunos llamados le consiguió trabajo ahí. Antonio partió con su bolso, llegó y lo contrataron para varias tareas. Al poco tiempo le

salvó la vida al hijo menor del dueño, al que se le desbocó el caballo o algo así: la noche que me lo contó estaba tan borracho que era muy difícil entenderle. Pasó a ser un amigo de la familia, una persona de absoluta confianza. Cuando el dueño decidió ir a vivir a la ciudad, lo dejó a cargo de las tierras que prefirió guardar como inversión para sus hijos. Le pidió que las cuidara y no permitiera que nadie se instalara allí, uno de sus mayores miedos.

Antonio se alojó en la casa principal, alejado del mundo, incomunicado, en un matrimonio perfecto con la Pacha Mama, con la cual procreó una huerta, adoptó gallinas, ovejas, vacas. Reparaba las herramientas en una fragua pequeña que construyó y apenas necesitaba algunas cosas del mundo industrial. También recurría al trueque cuando era necesario en sus poco frecuentes excursiones al pueblo. Como trabajaba todo el día y necesitaba alimento solo para él, la producción de la huerta le sobraba. Cuando había una cosecha excesiva y no necesitaba trocarla por herramientas o botas, la cargaba en un carrito y lo empujaba por el camino de tierra que conducía a la escuela cercana. Allí la dejaba casi sin decir palabra. Las idas al pueblo y a la escuela eran los únicos contactos con el mundo exterior. Pude adivinar por el tono de voz que la principal razón para la última osadía era una maestra en particular que le agradecía mucho sus aportes, pero con la que nunca generó otro vínculo. Lo imaginé deleitándose durante semanas en el recuerdo de las diez o veinte palabras que intercambiaban. Así fue que Antonio pasó los años, con sus estaciones y las actividades que las puntúan.

Encontré a este Antonio hombre, casi sin rastros del adolescente que había conocido años antes. Estaba aislado, consciente de que algo malo ocurría "afuera", desligado del destino del resto del planeta. Me tuvo en la mira durante unos minutos mientras yo perseguía sus gallinas, hambriento. Cuando estaba por apretar el gatillo, me contó otra noche de borrachera, se le apareció mi imagen con guardapolvo blanco haciendo lo mismo, persiguiendo una gallina con mi torpeza porteña para que los más chicos se rieran. El recuerdo le dibujó una sonrisa incompatible con apretar un gatillo. Bajó el rifle. Solo entonces lo vi. Estaba armado pero me acerqué igual, sin reconocerlo, medio muerto de hambre, de sed, de frío y de desesperación acumulada en la ropa

despedazada, en los kilómetros recorridos desde la ciudad, desde mi vida, desde mi confort, desde mi familia, desde Mara y desde una humanidad que ya no existía. Necesitaba que me solucionaran todo aunque fuera con un balazo. Daba lo mismo.

Una noche de invierno, varios meses después de mi llegada, hicimos un fuego grande y bebimos un menjunje con maíz macerado que aún preparamos cada tanto. Me gusta llamarlo chicha. Toda mi información sobre ese preparado estaba en un libro de historia inca: las clases altas del imperio obligaban a viejas mujeres a masticar granos de choclo que luego escupían. Las enzimas de la saliva aceleraban la fermentación y el azúcar se transformaba en alcohol. Nosotros hacemos lo mismo (cada uno mastica su parte) para permitirnos un momento de evasión y borrachera. El resultado es generalmente horrible, pero a veces logramos un sabor dulzón que la hace tolerable, sobre todo cuando conseguimos algo de azúcar. Esta es una de las pocas prácticas improductivas que Antonio se permite.

Cierta noche en particular, la chicha salió fuerte y en cantidad. Antonio soltó la lengua más de lo habitual y me contó cómo se enteró del apocalipsis: los primeros síntomas los tuvo una mañana, poco después de levantarse. Sobre el campo pasaron tres aviones volando relativamente bajo: "Eran de guerra". Pocos minutos después, escuchó algunas explosiones lejanas. Unos días más tarde, tal vez semanas, tuvo una cosecha de tomates excesiva, cargó varios kilos en un cajón y los subió al carrito (todavía está al frente de la casa, con las ruedas primero emparchadas y finalmente rellenas con paja y cosidas nuevamente con alambre). Ese día encontró la escuela vacía, como le había pasado otras veces, pero no se preocupó: sabía, desde sus tiempos de estudiante, que dos de cada siete días estaría cerrada. Sin almanaque ni intención de contabilizar el tiempo, supuso que era fin de semana. Las vacaciones se daban en verano y el calor se había atenuado hacía uno o dos meses apenas. Dio la vuelta dispuesto a volver un par de días después.

Una semana más tarde, al acercarse por el camino sintió un silencio sospechosamente pesado. Las ventanas del frente ahora aparecían rotas. Le pareció extraño que decidieran abandonar la escuela en época de clases. Se aproximó en busca de la explicación. Al llegar a unos metros de la puerta un hombre muy delgado salió del interior con un rifle oxidado en las manos. Nunca lo había visto. Se miraron y Antonio solo dijo:

—Traje estos tomates para los alumnos.

El hombre lo miró sorprendido, desconfiado, dudando si debía apuntarlo. Antonio no le prestó atención. No sabía lo que pasaba allí y tampoco si el hombre querría explicar algo; lo único evidente eran los tomates al sol. Los dejó en el piso, tomó su carro y se dio vuelta. Por la ventana reconoció a uno de los alumnos de la escuela. Estaba sin guardapolvo y con cara de miedo, rodeado de otros niños.

Al volver a su casa entró al cuarto, corrió las cortinas que protegían los estantes del polvo y sacó el rifle que llevaba años sin usar junto a una caja de balas, las mismas con las que me recibiría un par de años más tarde.

3

Al volver de Neuquén busqué dónde vivir; el departamento heredado de mi madre estaba alquilado por seis meses más. Durante el exilio había mantenido escaso contacto con mis amigos y no me animé a pedirles un lugar para caer. Además, la mayor parte de ellos estaban en una situación económica, de pareja (o ambas) bastante precaria como para pedirles lugar en un sofá. No quise generarles una obligación. Preferí usar el dinero ahorrado en los dos años de ascetismo forzado para tomarme las cosas con calma. Al llegar a la terminal, golpeado por el calor húmedo, bajé con la idea de buscar una pensión. En la zona de Almagro conseguí un cuarto con baño y pagué cuatro días por adelantado. Tenía cierta ansiedad por ver gente y ruido, pero después de dos años en el desierto, me costaba la idea de zambullirme de golpe en la vorágine. Me propuse darme un par de días antes de comprar un teléfono. El último se rompió poco antes del viaje y aproveché para desconectarme.

Después de la primera noche en el hotel, inquieto por el ruido de los colectivos nocturnos, me levanté temprano para enviar algunos mails a gente que alquilaba o compartía habitaciones mientras desayunaba en un café. A la tarde fui a la junta a anotarme para dar clases. Alimenté ciertas expectativas por los puntos docentes sumados en mis dos años en el sur. Por la tarde pasé por el Mariano Acosta para saludar y ver qué perspectivas había. A pesar de los rastros del tiempo en la pintura y en algunas manchas de humedad nuevas, casi todos los docentes conocidos seguían ahí. Incluso algunos compañeros egresados del profesorado al mismo tiempo que yo habían entrado a trabajar en la escuela por algún malabarismo burocrático. El director, ex-docente mío, se alegró de verme y me invitó a pasar a su oficina. La escuela estaba semidesierta por el fin de clases y solo se veían algunos chicos,

probablemente recuperando materias. Después de los saludos habituales, la charla derivó, como siempre, hacia la educación. Como llevábamos dos años sin vernos se sintió obligado a presentarme un balance general, como si le hablara a un investigador llegado del extranjero:

—Estamos preparando a los chicos para una sociedad con menos y menos lugares. Los que vienen de familias educadas, con ciertas reservas, van a lograr meterse, pero los pibes que vienen de las casas tomadas, de familias desarmadas, la tienen muy complicada. Vemos cómo crece la brecha cada día —Su voz denotaba culpa—. Los preparamos para una competencia en la que van a poder participar unos pocos, pero nos hacemos los boludos y les decimos que si se esfuerzan les va a ir bien, que la escuela pública iguala. No alcanza porque todas las demás fuerzas desigualan. Nosotros sabemos que no hay lugar para todos en este modelo.

Había escuchado y repetido esa conclusión cientos de veces, pero ahora me sonaba extrañamente lejana. Me quedé callado. Él, como necesitado de cambiar de tema, fue a buscar unos mates y me contó de su vida, su mujer y una novela a punto de terminar. Me preguntó cómo andaban los cuentos: durante el secundario gané algunos concursos. Con el envión hormonal llegué a considerarme un escritor incipiente pero cuando quise dar el salto hacia una novela choqué contra mis propios límites.

—No escribí mucho en Neuquén —le dije. En verdad solo había hecho tres o cuatro comienzos infructuosos. El silencio, en lugar de darme aire, me había asfixiado aún más.

Como era de esperar lo interrumpieron cerca de diez veces por todo tipo de problemas. En un momento se cortó la luz y se apagó el ventilador. El aire se tornó sofocante y pocos segundos después vinieron a avisarle que un chico de primer año había provocado un cortocircuito metiendo cartones mojados en un enchufe. Se levantó y me pidió un número de contacto para comunicarse conmigo porque “podía tener novedades pronto”.

Volví al hotel, aún intimidado por el ruido de la ciudad. Pasé una noche en vela, alternativamente despertado por gritos de pelea y aullidos de placer sexual. Pese a mi esfuerzo, no pude determinar si ambos ruidos venían de la misma pareja. El último episodio (amoroso, por suerte) ocurrió al amanecer y me decidió a salir a la

calle en busca de un desayuno. Llevé mi computadora nuevamente y me conecté a ver si tenía alguna respuesta rápida a mis búsquedas de alojamiento del día anterior.

"La ansiedad detesta el vacío", recuerdo que anoté en mi cuaderno de pseudoescritor. Dudé un instante si buscar o no a mi padre, pero lo descarté enseguida. Llamé a otros amigos a través de la computadora, pero sin tener muy claro en cuál de todos los sistemas de mensajería podría encontrarlos luego de dos años. Insistí por varios medios con Pepo, pero no ubiqué a nadie y terminé comiendo en un bar, cerca de Once. La zona estaba más deprimente que antes. La nada crecía como una hiedra. Solo vi un trozo de tierra encerrado por rejas con el césped crecido y cuidado, rodeado de una delicada fila de flores blancas que aguantaba con terquedad, mientras al lado ranchaba una familia sobre cartones. Una nena muy sucia dibujaba sobre un cuaderno. Alguna gente pasaba ocultando malamente el asco y el miedo.

Volví a la pensión en busca de una siesta. Al llegar encontré un tipo un poco más grande que yo dormido contra la puerta; para entrar sería necesario pasarle por arriba y me pareció que si abría podía caer dentro. Mientras dudaba si despertarlo levantó un párpado, me vio y comenzó a pedir disculpas por estar "drogado adelante de los chicos". Al principio no entendí, pero mientras se ponía de pie vi detrás de mí a una señora con dos nenes de delantal a cuadritos celestes esperando para entrar a la pensión. Me sorprendió ver a alguien tan pasado de paco (o lo que fuera que hubiera consumido) pidiendo perdón por su estado. Parecía más consciente de la condena social hacia su vicio que de la posibilidad de modificarlo.

Fue imposible dormir la siesta. Los chicos jugaban, los adultos se peleaban y los colectivos no dejaban de pasar. Volví a salir y a chequear mails mientras tomaba un café con leche. A esa velocidad todos los ahorros se me irían en poco tiempo. Por suerte al salir me llamó un compañero del profesorado porque un amigo tenía una habitación libre, barata y por Almagro. Fui directamente hasta allí y esa misma noche abandoné la pensión.

Durante los meses siguientes todo se acomodó bastante rápido. Mi compañero no estaba casi nunca, pero nos llevamos bien el escaso tiempo que compartimos hasta que se liberó mi

departamento de Once. Para entonces ya estaba trabajando en el Mariano Acosta, dando Ciencias Naturales en cuarto grado. Los chicos eran una adicción: por un lado generaban una corriente de energía infinita que me mantenía activo y en movimiento para evitar que me atropellaran; por otro, terminaba agotado. Más tarde, al volver a casa y recuperarme mínimamente, el silencio me asfixiaba, sobre todo ahora que vivía solo. Los rumores apagados que llegaban a mi casa por la noche asomaban como una amenaza en la que era mejor no pensar. Para escapar de ese silencio a veces salía con los pocos amigos que me quedaban. La mayoría eran docentes de la escuela, más chicos, y sus salidas no me entusiasmaban demasiado, pero no tenía claro qué tipo de diversión me atraía.

Ese año agregué algunas suplencias ocasionales en el secundario. No fue fácil. Los adolescentes me resultaban inalcanzables; escondían el desconocimiento de sí mismos detrás de todas las capas de modas disponibles. Estar con ellos era una extraña forma de estar solo. A duras penas algunos me tiraban un puente de comunicación capaz de transportar una mínima empatía. Me resultó difícil escapar a la sensación (que todo docente parece haber tenido durante el transcurso de su carrera) de vivir en una sociedad en descomposición. Cuando estudiaba para ser docente creí que eso pasaba simplemente porque uno envejecía y se alejaba de los jóvenes, que dejaba de ver en ellos los códigos conocidos pero era incapaz de comprender los nuevos.

Hice un esfuerzo por cuestionarme. Entendía que ellos parecían haber llegado muy pronto a la conclusión de que daba lo mismo y lo mejor era vivir la fiesta mientras durara, una fiesta que funcionaba muy bien mientras nadie hiciera preguntas (como ocurre en cualquier fiesta). Al fin y al cabo, ¿qué tenía yo de mejor? A mí no me había formateado la sociedad para una fiesta sino para una rutina donde los buenos se levantan todos los días para ir a la escuela o trabajar, comen sano, hacen deporte, leen libros enriquecedores porque, nos convencían, eso es mejor. Además, para darle más dignidad a nuestra rutina de sacrificios y esfuerzo, nos sentíamos en la obligación de ayudar a los demás. Estaba convencido y aún hoy sigo sin poder imaginar otra forma de vivir. A ellos no les hacía falta que nadie los convenciera; su elección era

mejor desde el primer golpe de vista. La evidencia indicaba que era mejor no estudiar, no hacer el esfuerzo de leer los primeros libros para apreciar que había algo valioso en la literatura. Si uno se lo pregunta con honestidad, ¿cómo se entiende la necesidad de sacrificarse para poder disfrutar si el entretenimiento está al alcance de la mano?

A mí me habían disciplinado en una rutina capaz de hacerme funcionar en ese sistema. Los hábitos eran parte de mí y estaba dispuesto a sacrificar mis instintos por fines más altos, como el acceso universal a los alimentos, la cultura, los juegos, los lugares abiertos... Ser docente era una forma de transmitir esa convicción de que podemos construir un mundo mejor; éramos predicadores de un mundo en construcción pese a la certeza, en mi caso, de que las fuerzas de destrucción ganarían. Por eso, a pesar de mis esfuerzos, me resultaba imposible comprender la superficialidad de ese puro presente de mis estudiantes adolescentes, llenos de estímulos efímeros en rápida sucesión: videos, música, chistes que llegaban a sus celulares y no dejaban huella. Sentía que debía educarlos, pero tampoco quería dirigirlos, forzarlos. Sabía que ellos eran distintos a mí en muchas cosas e intenté comprenderlos o, al menos, aceptarlos.

Además, eran los chivos expiatorios del fracaso de la sociedad: ellos eran los violentos, vagos, drogadictos, pero nadie se preguntaba por qué. Los atenazaban con la culpa, los extorsionaban y ellos, probablemente para escaparse de un castigo injusto, abandonaban esa moralidad impracticable que les imponían. La suya resultaba inasible o inexistente para quienes veníamos de otra forma de entender las cosas. “Están fuera de nuestro alcance. Es como si vivieran en otro planeta”, decían mis colegas durante los cursos donde nos preguntábamos qué hacer con la escuela porque no nos animábamos a preguntar qué hacer con nosotros mismos.

Sin hacerse cargo de su parte del problema, la sociedad los castigaba. Intenté analizar con ellos un titular del diario: “Los jóvenes no saben trabajar y decae el sistema previsional”. La culpa era de ellos que habían salido fallados. Lo único que ofrecía el Estado era su discurso de “igualdad de oportunidades”; para ser coherentes, cada tanto venían a la escuela, inventaban un concurso en varias disciplinas y seleccionaban a los “mejores”. Los que

lograban sobreponerse a todas las adversidades que les jugaban en contra gracias a una capacidad inusual o mucha suerte podían ascender en la escala social. Esas eran historias individuales, pero las estadísticas indicaban que quien había nacido pobre moriría pobre y el rico, rico. Las excepciones se usaban como látigo para acicatear el esfuerzo de los que no llegarían de ninguna manera. Yo sabía que era una forma horrible de darwinismo social, pero cuando mi mejor estudiante salió elegido para una beca de estudio y saltó a un instituto privado de élite, me alegré por él, aunque el resto quedara culposo de su propio estancamiento. Hoy, sabiendo lo que pasó después, no entiendo mi terca ceguera.

Logré regresar a la vida en la ciudad, tener trabajo, una casa, una vida, pero no me sentía contento. Había huido para ver si me encontraba a mí mismo. Nada de eso había ocurrido. Comencé a sospechar que la madurez no es encontrar respuestas sino olvidar las preguntas. Pero más allá de mis propias dudas existenciales el aire resultaba asfixiante para todos. Por ningún lado entraba aire fresco, esperanzador. El futuro parecía blindado a cualquier alternativa distinta de la resignación.

Unos seis meses después de haber llegado, ya instalado en mi departamento, logramos encontrarnos con Pepo. Pepo era incansable: estudiaba, trabajaba y militaba. Su energía parecía infinita. Dos años después de terminar el secundario tuvo su primer hijo. Me eligió como padrino. Lo llamaron Julián pero los amigos lo bautizamos Pepi en honor a su padre. No ejercí mi rol por demasiado tiempo. Durante los dos años que pasé en la escuela de Neuquén, casi no nos comunicamos, salvo por cinco o seis mails intermitentes. Igual, no me hacía falta demasiada información para saber que Pepo no estaba bien. Terminó la carrera con un esfuerzo agotador, según pude entender de nuestros intercambios, pese a una militancia en repliegue cuya energía fue absorbida por la necesidad de conseguir alimentos para Pepi y su segundo hijo (¿cómo se llamaba?). Mientras yo estaba lejos, despidieron a Ariela y le resultó imposible conseguir otro empleo; incluso trabajó un par de meses como repositora en Coto, un acto desesperado, pero tuvo que dejarlo porque el sueldo apenas le alcanzaba para pagar el cuidado del menor en un jardín maternal. En cierto momento tuvieron que decidir si entregaban la educación de su hijo nueve horas por día a

un jardín de gente incapaz —el único que podían pagar— o si se ajustaban el cinturón un poco más. Eligieron el cuidado de su hijo y Ariela dejó de buscar trabajo, pero con el sueldo de Pepo apenas les alcanzaba para el alquiler, comer y poco más. Como era de esperar, la relación de la pareja se puso más tirante: ella pasaba el día encerrada con los niños, él en un trabajo que no le gustaba y lo agotaba. Le dolía haber caído en la trillada trampa social que atrae como un agujero negro. Desde mi regreso no habíamos intercambiado más mails extensos en espera de un nuevo encuentro personal.

Luego de varios llamados cruzados y desencuentros, nos vimos en algún rincón oscuro de su agenda sobrecargada de trabajo, changas y cuidado de niños. Pepo llegó con los pantalones de marca medio gastados, pero con una camisa celeste cuasisoviética e insípida.

—No me mires así: tengo que ponerme camisa para laburar. No pienso pagar una fortuna para que alguien se enriquezca con trabajo esclavo. De paso: ¿cómo andás, locura?

Parecía ser él quien había pasado los últimos años en el desierto, a juzgar por las arrugas resecadas en los bordes externos de los ojos.

—Yo, de maravillas, como siempre. Y veo que vos seguís siendo capaz de apelar a la lucha contra la esclavitud para justificar que siempre fuiste una rata —contesté, y nos abrazamos.

No nos hacía falta romper el hielo. Nos sentamos en un bar que sobrevivía sin cambios desde nuestros tiempos en el secundario. Excepto porque teníamos un poco menos de pelo, había más chicos fumando paco y la escuela estaba más descascarada.

Se lo veía cansado. Por entonces daba clases en una materia de la Facultad (algo así como Sociología). Además, trabajaba en una consultora política donde tenía que dejar sus principios e ideas en la puerta para enfrentar una cotidianidad que le comía el orgullo. El precio era una úlcera que le recargaba aún más la agenda con visitas a especialistas. Salía de las consultas con recetas para medicamentos y consejos para desestresarse absolutamente inaplicables. “Tengo que elegir entre el estrés de trabajar en un lugar de mierda o el de no ver comer a mis hijos, doctor, ¿cuál me recomienda para la úlcera?”. En general le sonreían sin dar respuesta, me contó. Últimamente, agregó, dedicaba parte del

tiempo que no tenía a una huerta colectiva que se había armado en su nuevo barrio, Caballito, en los terraplenes abandonados primero por los ferrocarriles y luego por promesas de obras faraónicas que nunca se concretaron.

Le conté de mi estadía en Neuquén. —Yo estuve en el desierto —le dije en tono dramático—. No hay nada. Ni siquiera yo.

Divagamos un rato. Charlamos sobre los amigos. Me pareció que se sentía incómodo, había algo solapado, escondido en nuestro diálogo, como si pescáramos en la superficie mientras por debajo estuviera pasando un pez gordo. Finalmente, uno de mis comentarios sirvió como carnada.

Le conté que daba pena ver el esfuerzo de esos chicos perdidos en el desierto para estudiar cosas que difícilmente les sirvieran para algo. Les hablaba de trabajos que nunca tendrían, les enseñé a usar internet cuando funcionaba y mostré documentales viejos grabados de la tele. Lo que más los impresionaba no eran las profundidades del océano o los métodos de construcción de los romanos, sino las publicidades intercaladas. En algún punto sentí que estas les hacían comprender mejor su aislamiento. Estuve un rato así y Pepo me escuchó casi mudo. Después entendí que estaba tomando envión.

—Sos un boludo. Esto es peor todavía. Tendrías que haberte quedado—me dijo Pepo—. ¿Vos hablás de enseñarles a pibes de la cordillera cosas que no sirven? ¿Sabés cómo me siento yo con mis hijos? Igual. Pero encima yo soy el padre, así que, en realidad, es peor. Les sostengo con mucho esfuerzo una fachada como si yo también me lo creyera. —Lo que siguió fue una catarata—. A Pepi le pregunto qué sabor de yogurt prefiere, si le compro la camiseta del Barcelona o de San Lorenzo para su cumpleaños y le enseño a comer con la boca cerrada en la mesa. A la mañana siguiente me levanto y les explico a mis alumnos en la facultad que el mundo se va a la mierda, que los ricos se están yendo al bote salvavidas porque el planeta no da para todos a menos que ellos resignen bastante de lo que tienen pero, obviamente, no lo van a hacer. Después me voy a la consultora y veo los resultados de las encuestas: la gente tiene tanta frustración adentro que solo quiere ver sufrir a los otros, que nos hundamos más todavía en la mierda. Entonces lo veo claro como el agua: estoy enseñando a mis hijos a vivir en un mundo que no va a estar más cuando sean adultos —

tomó aire y como a regañadientes escupió su última frase—. Tendría que enseñarles a cultivar y a usar armas: eso es lo que tendría que hacer.

—Eh, pará un poco. No exageres. —Me sentí como si estuviéramos metiéndonos en una zona tabú.

—Ponele que sí. No sé si será en diez, veinte o treinta años, pero va a llegar. No tiene sentido que sostengamos esta ilusión. Va a cambiar queramos o no —se quedó callado un rato—. A veces pienso que es mejor seguir la corriente y bajar la cabeza como si no pasara nada, como la mayoría, por inconsciencia o por resignación, pero me parece que les debo una oportunidad a mis hijos antes de que sea demasiado tarde. La oportunidad de ir preparándose para el mundo que los espera. —Y llegó al punto—. Me falta poco, pero estoy terminando de convencer a Ariela de que nos vayamos a vivir a las afueras de un pueblito en Córdoba, tener tierra, cultivar y aprender a ser autosustentables.

—Pero siguiendo tu lógica, si nos vamos a la mierda no te van a dejar la tierra tampoco.

—Estoy yendo al Tiro Federal. Ya tengo bastante buena puntería —Pepo en el Tiro Federal era como Zamba y Superhijitus en una misión para asesinar a Osama Bin Laden. No tenía sentido y sonaba peligroso.

Me compré varias armas y le estoy enseñando a Pepi a manejar una pistola de aire comprimido —agregó.

—¿A Pepi?

—Sí. Ya tiene siete años.

—¿Ariela qué dice?

—Ariela no quiere ni escucharme hablar. Dice que sí, que tengo razón, pero que ella no puede vivir así. Que haga lo que quiera pero que no la joda. Igual, ella tampoco aguanta más, estamos agotados. Prefiere vivir de una huerta que estar encerrada con los chicos y sin perspectivas de que algo mejore. —Me miró a los ojos y algo debe haber visto en mi expresión—. No estoy loco, te estoy hablando en serio. Vos podés venir con nosotros. Sería mejor que te fueras preparando.

—¿Aprendiendo a manejar armas?

—Eso y primeros auxilios, cómo criar animales, cultivar, gestión sostenible del suelo, toda la sanata ecológica, pero de verdad.

—Vos estás loco.

—Pero tengo razón. Estoy loco porque me animo a ir un poco más allá que los resignados. Por lo menos quiero ofrecer una alternativa a mis hijos.

—¿Van a querer vivir sin camiseta del Barcelona? ¿Estás seguro?

—Los pibes se adaptan a cualquier cosa mientras son chicos. Es mejor ahora porque después no van a poder. Para Ariela y para mí ya es tarde, pero ellos pueden.

—Me estás haciendo acordar a la película esa, *La costa mosquito*.

—Sí, yo también me hago acordar, pero en esa Harrison Ford estaba loco. Lo mío es una correcta deducción lógica. Y vos lo sabés.

Pepo me conocía y sabía que había llegado a la misma conclusión racional, pero la tapaba con chistes o cambiaba de tema porque era absolutamente incapaz de tomar las medidas necesarias ante un apocalipsis anunciado. Sentí dentro del cerebro dos visiones coexistentes y contradictorias, capaces de aparecer intermitentemente en mi consciencia. Una me hacía ver a Pepo como un loco perdido e irrecuperable. En la otra era un visionario con los huevos bien puestos, listo para tomar el único camino razonable. A él no pareció importarle mi opinión; ya estaba del otro lado; me contaba sus planes, los estudios sobre plantas con las proteínas necesarias para una salud sólida.

—Hay que estar sanos. Vamos hacia la época de las cavernas. Remedios no vamos a tener, solo el conocimiento que podamos acumular en formatos no electrónicos —agregó.

Lo daba todo por sentado. No esperaba aprobación.

— ¿Y valdrá la pena vivir así?

—No sé. Habrá que probar.

Era cierto: me parecía exagerado, pero no tenía argumentos superadores. Pensé en los romanos antes de que los bárbaros finalmente llegaran a cruzar las murallas de la ciudad. ¿Cuántos habrían imaginado que justo a ellos les iba a tocar vivir el final de una ciudad de más de mil años? ¿Cómo aceptar algo así?

—En cuanto tenga las tierras te aviso bien dónde es, así te venís algún día, aunque sea a conocer.

—No creo.

—¿Qué vas a extrañar?

—Hmm: ¿ir al cine, darme duchas calientes, salir a tomar un café?

—Voy a tener calefón a leña —se rió por primera vez—. Es cierto: vos no tenés hijos y podés quedarte en la fiesta hasta que termine. Es entendible. Es más: es razonable porque no va haber más fiestas por décadas si es que alguna vez hay otra. Pero yo siento una responsabilidad. Un día entendí que lo máximo a lo que podemos aspirar es a enterrar a nuestros padres y que nos entierren nuestros hijos. No podría soportar algo distinto de eso. La primera parte ya la cumplí.

—¿Podés vivir sin ir más a la cancha?

Pepo no respondió, tal vez algo molesto porque le bajara así el precio a nuestra charla después de su contundente frase. Se acomodó en la silla y cambió de tema; hablamos de fútbol durante el resto de la cerveza.

4

En esa época gris conocí a Mara y pude respirar. Había entrado como suplente de tercer grado. Enseguida captó mi atención, aunque llamarlo amor a primera vista sería demasiado. Darle semejante nombre a mi interés por cada recién llegada habría devaluado el concepto. Fue fácil encontrar excusas para acercarnos durante los recreos o en los almuerzos en la sala de profesores y generar una amistad. Es la ventaja (y el peligro) de encontrar a la persona adecuada en un contexto de cotidianidad. No hace falta mostrar las cartas tan rápidamente. La danza de seducción tácita dio un salto adelante cuando, escondidos en medias frases sobre el interés común por una película, nos citamos para ir al cine. Nunca en mi vida el desenlace de una cita había sido tan evidente desde el comienzo. Ni siquiera parecimos vivirlo con la ansiedad de la incertidumbre. El resultado final ya estaba puesto y nos acompañamos con naturalidad, degustando los momentos, escribiendo a consciencia los detalles a desmenuzar en el futuro.

Nos encontramos en Callao y Avenida de Mayo. Fuimos a sacar las entradas y como aún nos quedaba una hora para el comienzo de la función, tomamos una cerveza rápida. Acostumbrados a hablar en medio de gritos infantiles y rodeados de gente conocida, disfrutamos del alcohol y el anonimato. Nos reímos de los últimos chismes y la importancia que nuestros colegas les daban a los pequeños sucesos. Me di cuenta de que Mara era muy parecida a mí: ocultaba las sensaciones de frustración o dolor, paradójicamente, detrás de la certeza de que en cualquier caso nada tenía sentido. Era una protección costosa, una casita pequeña, pero dentro de ella podíamos tener momentos de placer. Me gustaron sus ojos, detrás de los cuales alcanzaba a distinguir un cerebro activo y dotado de dos virtudes valiosas: jugar y divertir.

La película resultó olvidable. Tal vez le pequeña dosis del alcohol, sumada al olor de Mara tan cerca de mí, en la oscuridad, me impidieron concentrarme realmente en la pantalla. Solo quería llevarla a su casa. Recordé a mi madre: “Nunca hay que contar las monedas antes de vender el chancho”, me decía. Me preocupé por un momento y eso me sacó de la película. Ella permanecía a mi lado, concentrada y, a mis ojos, cada vez más atractiva.

Cuando salimos del cine caminamos sin decir nada. Supuse que era el camino habitual hacia su casa, que, yo sabía, quedaba por la zona, aunque no recordaba exactamente dónde. Analizó varias partes de la película en las que yo no había reparado y comencé a dudar si realmente era tan mala. Con el tiempo descubrí que Mara contribuía con su vida interior para hacer más atractivas películas, personas, conversaciones o libros. Los vestía con una magia propia capaz de embellecerlos. Sospecho que tras la primera sensación de placer o rechazo busca en su propio arcón de razones la forma de enriquecer o empobrecer la experiencia para justificarse racionalmente.

Al llegar a su departamento ni siquiera me invitó a pasar. Apenas me demoré unos instantes del otro lado de la puerta, pero la ausencia de gestos fue la mejor invitación. Adentro comprobé su aceptación, la decisión probablemente tomada al conocernos. Sin saber cuánto había de mérito propio, me encontré adornado con lo mejor de su arcón imaginario. Me quedaba un rol simple porque el gran guión de sus emociones ya estaba escrito.

Los minutos contados de los recreos ya no nos alcanzaron y empezamos a salir juntos de la escuela. Un día, a la semana de nuestra ida al cine, la vi patear las hojas del otoño, ensimismada. Le pregunté qué le pasaba, temiendo lo peor (al menos para mí). No fue exactamente eso, pero sentí el peso de las confesiones con las que me convidó: esa tarde no podía salir conmigo. Debía ver a su novio, que llevaba meses camino a ser ex-novio. No podía terminar de cortar la relación porque él la había ayudado mucho tras la muerte de su hermano dos años atrás. Se había asfixiado en su casa: como el sensor del calefón no andaba bien, había trabado el botón del piloto con un fósforo. Lo encontraron desnudo en el baño.

Pronto llegaría el momento, me consoló, me dio un beso en la mejilla y se fue. La idea de compartirla no me gustaba nada, pero

sabía que a la larga ganaría. Lo mejor era dejarla hacer las cosas a su manera. Pasábamos mucho tiempo juntos y era materialmente imposible que pudiera ver con frecuencia al novio o exnovio o futuro exnovio, pero no volvió a hablar de él. Yo preferí no preguntarle.

La suerte nos ayudó a consolidar la relación con un viaje a Cuba financiado por un premio literario, el más grande que gané en mi vida y que alcanzó justo para los pasajes. Ocho meses después del regreso, decidimos irnos a vivir juntos. Ninguno quería presionar al otro, pero se hizo evidente que no nos alcanzaba con compartir algunas horas. El último empujón lo dio el vencimiento del alquiler de su departamento y la cifra escandalosa que le pedían por la renovación. La indignación genuina, sumada a una dosis de trabajada exageración, nos permitió empujar diplomáticamente la misma conclusión: lo mejor sería que se mudara a mi casa.

Como regalo de "concubinato" el padre nos legó su viejo auto: una parálisis creciente en la pierna le impedía manejar y ya había perdido la esperanza de recuperarse. Recordé a Pepo y su odio profundo a los autos. Los consideraba el mayor triunfo del capitalismo porque su uso se basaba en la exclusión: si todos tuvieran auto, nadie podría usarlo, no quedarían calles libres para circular. Era cierto, pero la movilidad propia fue una ventaja enorme para nosotros y la disfrutamos con constantes paseos (sobre todo al Delta) cada vez que nos quedaban unos pesos, algo más frecuente gracias a la convivencia. También visitamos una o dos veces por año a una amiga de la infancia de Mara que vivía con sus padres en un campo, haciendo lo que llamaban "agricultura de transición". Su objetivo era empezar a pensar en formas eficientes de producir comida: en la actualidad se gastaba más energía en fabricar pesticidas y fertilizantes artificiales, manejar tractores, cajones, riego y tantas otras cosas que la que se obtenía de la tierra. Como decía Mara: "En realidad, comemos petróleo". Durante esas visitas ayudábamos en el campo, a separar los yuyos a mano y a cosechar. A la noche dormíamos en una cabaña, cansados y llenos de un romántico olor a tierra húmeda. Mara los ayudaba a difundir sus actividades y a promocionar sus productos orgánicos, que se vendían a buen precio. Así expandían sus tierras y ayudaban a otros a emprender proyectos similares. Varias veces pensamos en iniciar

nuestro propio emprendimiento con su ayuda, pero primero el amor nos mantuvo demasiado ocupados y luego fue la rutina.

Nos levantábamos contentos de la cama para desayunar, como si fuéramos a una fiesta con amigos. Las noches, sobre todo en el comienzo, nos llevaban a abismos de placer desconocidos hasta entonces. Pese a la repetición, nos sorprendíamos una y otra vez. Las mañanas eran agradables y nos encontraban con el cuerpo molido a palos, como después de un ejercicio intenso. Llevó casi un año diluir tantas sensaciones con el peso del hábito.

Ese año también coincidimos en la escuela, por lo que compartíamos incluso la cola del colectivo, el viaje, los recreos, los almuerzos. Éramos muy parecidos en los placeres y generosos a la hora de complacer al otro. En la escuela se burlaban de nosotros como si fuéramos dos adolescentes. Todo iba de la mejor manera, aunque sabíamos que ese idilio se terminaría para transformarse en algo más estable y duradero, en el mejor de los casos. Cuando la rutina comenzó a desgastar los bordes más filosos de la nueva relación, no nos lo reprochamos, solo nos dedicamos a disfrutar de esa comodidad de formas conocidas en la que encajábamos sin esfuerzo.

Llegó el verano con las largas vacaciones docentes y los escasos fondos para aprovecharlos con grandes viajes. Si el clima estaba agradable y no se visualizaban grandes lluvias en el pronóstico, guardábamos la carpa en el baúl, tomábamos la Panamericana y luego una lancha por el Sarmiento hasta un camping. Ahí pasábamos varios días en el río, cruzando cada tanto a Tres Bocas para alquilar una canoa y pasear por el Abra Vieja, un canal de agua que siempre nos sorprendía con su belleza, tan cercana y tan lejana del infierno de cemento porteño. Sabíamos que los mosquitos, el barro del río y la espera interminable de la lancha eran los cocodrilos que mantenían a los aburguesados fuera de nuestra fortaleza. Con puentes para llegar en auto, menos insectos o agua transparente, nuestro paraíso personal se habría llenado largamente de gente dispuesta a disfrutar de una naturaleza sometida, pasteurizada y llena de comodidades artificiales. Para nosotros tenía un saludable equilibrio entre incomodidad y naturaleza. Nos alcanzaba una mirada para saber que habíamos tenido suficiente y emprender el regreso, hasta que el infierno

porteño nos expulsaba de nuevo.

Cuando empezaron las clases nos tocaron escuelas diferentes, algo ideal para quitarnos el ahogo preventivamente y devolvernos el placer de extrañarnos hasta el reencuentro nocturno. Ese año descubrimos que no teníamos que hacer el amor apasionadamente o contarnos una anécdota interesante para tener la tranquilidad de la comunión. Aceptamos la inevitable derrota de la pasión a manos de una rutina salpicada de especias y con muchos encantos.

Fue al año cuando surgió un tema inevitable en cualquier pareja que deja atrás las primeras emociones: tener hijos o no tenerlos. Hasta ese momento los parecidos nos mantenían unidos y las diferencias también: a mí me gustaba lavar la ropa y a ella doblarla y guardarla, a mí cocinar y a ella acomodar los platos; lo mismo pasaba con pagar los impuestos, hacer las compras, limpiar el baño y la cocina. Antes de nacer nos habían programado con personalidades complementarias. En cierto momento comencé a preguntarme si se adaptaba sin decírmelo o, peor aún, yo me había adaptado sin darme cuenta. Empecé a bucear en mi interior en busca de una sutil forma de violencia, de una presión, pero no encontré nada. Mara y yo encajábamos con naturalidad: sería fortuito o divino, pero era así.

Cuando el hijo imaginario finalmente llegó y se instaló sobre la mesa, lo primero que hice fue preguntarme dónde había estado. Jamás había pasado el umbral de mi consciencia, aunque, debo reconocer, en algún momento, al ver niños en la calle, una sospecha de que me acechaban nublaba mi vista. Cuando llegó, también me sorprendió que el bebé imaginario no se interpusiera entre nosotros con exigencias. Coincidimos en que ya teníamos demasiados niños constantemente alrededor nuestro, teníamos poco apego a la posesión y no nos importaba que portaran nuestros genes para disfrutarlos. Además, no estábamos muy seguros de que traer niños a este mundo fuera la mejor idea, tanto para ellos como para el mundo. El clima de fin de época nos permitía no proyectarnos en el futuro, más allá de nuestra muerte. Le pregunté si estaría dispuesta a usar pañales lavables sabiendo el daño que los descartables producen al planeta. Me preguntó si estaría dispuesto a no comer carne para que no hubiera hambre en el planeta. Dudé, pero insistí: ¿Estarías de acuerdo con que los laboratorios dejaran de investigar

desodorantes más eficientes para dedicarse de lleno a una cura contra la malaria? Se rió: ¿Y si repartiéramos en forma pareja el vino en todo el mundo y te tocara una copa cada seis meses? Ese juego se transformó en habitual durante los meses siguientes.

Creo que comencé a tener dimensión real de lo que se venía cuando fui con Mara a comer a lo de Rafella, un docente del profesorado que me había apadrinado en algunos proyectos. La última vez que cenamos en su casa lo vimos particularmente decaído. Poco quedaba en él de ese tipo activo, capaz de dar vuelta una situación con una buena idea y siempre sonriente. Algo de eso nos tocaba: Mara y yo sabíamos que, salvando las distancias, nos pasaba lo mismo. Ya los olores, los colores, las experiencias, el sonido de la música, la humedad de un beso, un libro, una idea política o una fórmula para la revolución no se vivían igual que diez años antes, cuando el entusiasmo excedente nos forzaba a derrochar energía. Ahora necesitábamos un gran esfuerzo para destilar un poquito de pasión capaz de emborracharnos, de hacernos sentir poderosos nuevamente. Cuando no lo lográbamos, el entusiasmo no alcanzaba ni para quedarse mirando una película en la tele. Ni hablar de salidas, sobre todo en invierno, cuando hacía frío. Las canciones capaces de emocionarme pertenecían a otra época. La música conocida funcionaba como un plazo fijo de sensibilidad e intensidad capaz de cobrarse por ventanilla regularmente, pero era imposible sumar nuevos capitales. No me quejaba: a mi alrededor veía languidecer amigos frente a la televisión y las distintas variantes de la play station.

Mi recuerdo de esa noche está centrado en algo que dijo Rafella antes de emborracharse y que me indicó que hablaba en serio. No era un exagerado y, pese a la falta de novedades en su vida, resultaba un tipo sensato y relativamente bien formado e informado.

—En este momento lo que tenemos que reforzar son las fuerzas armadas.

Explicó que había estado hablando con compañeros de militancia que trabajaban como investigadores locales de un estudio medioambiental global.

—Esto no da para más y los poderosos la están viendo. O defendemos el agua, la biomasa y la tierra, o nos la sacan a los

tiros. Si la pensás bien, es una vuelta de rosca más a lo que ya ocurre: está claro que no hay espacio para todos y cuanto antes se saquen de encima el simulacro de la democracia, de las naciones-Estado y toda esa sanata de otra época, mejor para ellos—dijo con cara ensombrecida.

Rafella era un tipo pacífico que siempre había criticado con vehemencia la etapa de la lucha armada. En el momento me pareció un pronóstico de borracho pesimista que jugaba a ser un personaje de Arlt. No lo recordé hasta más adelante, cuando su diagnóstico se demostró acertado, aunque desembocara en un resultado diferente al que había pronosticado: no hizo falta ningún ataque; el estallido fue hacia adentro, una implosión. Tal vez una invasión habría sido mejor para unirnos contra un enemigo en común, organizarnos en un "nosotros". Pero no, primero se produjo el "fin del fetichismo", como lo llamaron algunos intelectuales en varias entrevistas antes de que desaparecieran los diarios, la radio y la tele.

5

Ese año fui a visitar a mi “viejo”, “padre”, “papá”. Ninguna de esas palabras me sirve para describir nuestro vínculo biológico y cultural. “Viejo” suena amable, cariñoso, de brazo sobre los hombros; “padre” parece distante pero respetuoso; “papá” tiene un sabor cotidiano y aniñado. Como no suelo pasar el brazo por sus hombros, no lo respeto mucho como persona y tengo o tuve cualquier cosa menos un vínculo cotidiano con él, lo llamo Raúl desde los quince años. Debe ser el último hombre llamado así. Siempre me pareció un nombre irrecuperable al que no le alcanzarían varias generaciones para darle la vuelta y ponerlo de moda nuevamente. Por suerte, no me lo había transmitido.

Lo visité porque era su cumpleaños pero, sobre todo, porque Mara me insistió con la importancia de tener algún vínculo con él, construir algún recuerdo mínimamente positivo; si no me pasaría como a ella que aún lamentaba nunca haber tenido un vínculo con su padre, quien había muerto a los pocos meses de empezar a convivir conmigo. El final resultó un alivio luego de una agonía agotadora iniciada, en realidad, con la muerte de su hijo.

Como la partida de su padre coincidía con el cumpleaños del mío, no podía discutir con ella sin reabrir una herida. Me resigné al torpe intento de ser quien ayudara a cicatrizarla reparando nuestra relación. Solo atiné a pedirle que me acompañara para hacerla testigo del experimento que proponía.

—No tiene sentido: ustedes tienen que reencontrarse. Yo solo sumaría más ruido.

Me sentí como un expedicionario enviado a la vanguardia en territorio enemigo con una palmada en el hombro mientras el general se va a un bar. Acepté la misión sin la menor esperanza.

Llegué a su casa con uno de los vinos más caros del

supermercado chino de la vuelta de mi casa. Me saludó apretándome los hombros con las manos; sus brazos nunca llegaron a doblarse, como si fuera un playmobil. En él era una muestra de afecto valiosa. Durante mi infancia había sido un ser lejano que llegaba cuando el sol se iba para sentarse en su silla a comer. Mi madre se encargaba de nosotros y de la casa. Ella era un ejemplar perdido de una especie en vías de extinción, un tipo de mujer que no se veía ya en ninguna de las casas de mis amigos, a las que huía ante cualquier oportunidad. Cuando finalmente mi mama murió después de un año de tratamientos inútiles, yo tenía veinte años y vivía con amigos. Me dejó como herencia un departamento que había sido de mi abuela y pronto me mudé allí. Mi padre había empezado a ganar mucho dinero un par de años antes y gastó una fortuna en tratamientos que no alcanzaron para sobornar al cáncer.

Después del funeral no nos quedó más posibilidad que dirigirnos la palabra y empezar a reconocernos sin intermediarios. Al principio pensé que había llegado nuestra hora de comunicarnos. Comprendí que no sabía casi nada de él. Pasamos dos días juntos seleccionando objetos, descartando otros, repasando papeles, bajando bolsas de cosas útiles (un tapado, unas botas para la lluvia, pinturas, fotos de mi bisabuela, utensilios de cocina) que con la muerte habían pasado sin escalas a la categoría de “para los pobres” o simplemente “basura”. Él parecía especialmente apurado por pasar el trance y deshacerse de todo lo posible, porque su plan era mudarse al día siguiente. De ahora en más viviría en una casa más chica, comprada hacía tiempo para alquilar, pero libre de inquilinos desde hacía unos meses. No me atreví a preguntar si la disponibilidad del departamento era casualidad o si la había reservado para usarla tras la muerte de su esposa.

En los últimos años apenas habíamos hablado, pero en las nuevas circunstancias se nos hizo inevitable consultar entre nosotros si queríamos guardar algo, tirar, regalar... Reuní seis cajas grandes con libros que me regaló (en verdad los había embolsado para tirarlos, se los pedí y me los cedió, con cierta ironía en su cara) y al repasarlos unos días después, comprendí que un buen arqueólogo podría reconstruir su derrotero intelectual en esas lecturas: la fecha de las ediciones, el desgaste de sus hojas, la cantidad de partes subrayadas (siempre con un fino marcador

verde) y, sobre todo, las ideas principales que se vislumbraban en sus frases, daban indicios a quien supiera interpretarlos. Eran los mismos libros que yo fui llevando a mi habitación sin restricciones durante la adolescencia.

Lo más nuevo de esa biblioteca eran el *Misterio del solitario* y *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder, este último de 1991: yo había nacido el año anterior y no recuerdo haberlo visto leyendo jamás. ¿Mi nacimiento podría haber tenido algo que ver con su conversión al cinismo más absoluto? Para la mayoría de la gente un hijo es un cable a tierra, una forma de recordarse como ser humano, de reconocer cierta responsabilidad en que el mundo funcione. En su caso, de alguna manera extraña, cumplió el rol contrario, como si yo hubiera terminado de expulsarlo de cualquier posibilidad de trascendencia con mis llantos, mi mierda, mis caprichos, mi condición animal tan a la vista. Si ya sospechaba que no la alcanzaría, mi presencia terminó de disuadirlo al exponer de manera palpable la imposibilidad de redención. De hecho, poco después de mi llegada comenzó a trabajar en la transnacional donde haría una tardía pero rápida carrera hasta ocupar un cargo jerárquico, que incluyó viajes frecuentes durante mi adolescencia. Eso tampoco ayudó a mejorar nuestra relación: contaba sobre sus viajes a lugares exóticos y siempre se traía algún objeto original, como un sacacorchos que salía de los genitales de un niño, una campera para la nieve, uno de los primeros celulares inteligentes que vi en mi vida... Al principio esperé ilusionado alguna invitación, pero nunca llegó y dejé de imaginarlas.

Para explicarle a Mara nuestra relación me tomé el trabajo de reunir y combinar los fragmentos en un solo marco. El resultado era un rompecabezas con muchas piezas faltantes, probablemente algunas de ellas fundamentales. Lo que llegaba a verse era un tipo mezquino; su forma de desenvolverse en la vida había derivado de una extraña mezcla de existencialismo, la certeza de la muerte y una competitividad despiadada. Uno podría creer que esa combinación de motivaciones es incompatible, pero en él se había traducido en un ser absolutamente sin piedad y exitoso en términos económicos. Se dedicaba con un método racional a maximizar sus ganancias sin ningún tipo de restricción moral, acumular comodidades, usarlas y exhibirlas, pero con la consciencia total de

que en realidad no cambiaban el fondo de la historia: que nos moriríamos finalmente. Una noche, cuando yo ya era adolescente, lo escuché hablar como un existencialista mientras bebía su vino caro y picaba de una tabla de quesos franceses. La vida era para él como un juego donde sabía que perderíamos y por eso no entendía a quienes se subían a un pedestal de humo para criticar. En resumen, no era el típico hombre despiadado surgido desde el fango, que hace de la competencia una forma de sobrevivir y se termina creyendo el juego; lo suyo era más consciente y provocador.

Después de ese encuentro forzado para dividir y descartar las posesiones de mi madre, hicimos algún esfuerzo por vernos, aunque fuera una o dos veces por mes. Pero después de unos pocos encuentros comprendí que era inútil y dejé de esforzarme: ya éramos dos personas lejanas que, es cierto, habíamos compartido el espacio como podrían hacerlo compañeros de oficina de turnos distintos, pero que nunca habían ido más allá. Cuando empecé a conocerlo entendí que éramos dos opuestos; ni siquiera contábamos con la complicidad irreparable que da la cotidianidad. Él debe haber sentido algo similar. Por momentos, se mostraba desilusionado por mis palabras. Alguna vez hasta lo percibí algo culposo por haber dejado mi educación en manos de mi madre y la escuela pública de "zurditos" a la que había ido, como la llamó alguna vez. Ahora simplemente me despreciaba como a un ser que se había equivocado de época. Después de eso solo lo vi en su segundo casamiento. Una vez también nos cruzamos en un teatro.

Esa era la escenografía emocional en la que se daba nuestro encuentro. Entré a su casa y le entregué el vino recién comprado. Lo miró con un desprecio que simulaba disimulo. Cualquier intento de civilidad desapareció con su primera frase.

—Tomando esto, no sé cómo te queda hígado. Supongo que igual pensarás morirte antes de los sesenta... y sufrir una agonía dolorosa. —Cerró con una sonrisa cómplice, pero no quedó claro con quién era la complicidad porque no me miró. No dije nada, acostumbrado a sus ironías.

Le pregunté algunas generalidades sobre su vida: su nueva mujer, Zoe, estaba de viaje, lo cual era un alivio para él, aunque reconoció que extrañaba alguien con quien intercambiar ladridos.

Las pocas veces que los vi juntos no dejaron de lanzarse chicanas y ofensas que resultaban incómodas los primeros minutos y luego saturaban al punto de transformarse en simple grotesco. Algunas de las frases de su mujer, las más creativas y punzantes, a veces lograban, cuando yo esperaba una reacción violenta, sacarle una sonrisa. Se nutría de esas miserias.

Me preguntó dónde vivía. Le expliqué que seguía en el mismo lugar de siempre, en Almagro cerca de Once, en la casa que me había dejado mamá. "¿No la vendiste a ver si te alcanza para vivir en algún lugar con humanos? ¿Tan malo es el sueldo docente?". No pude evitar la carnada y caímos en nuestro ritual de reproches cruzados:

—Sí, es tan malo. Dar clases no es algo muy valorado por nuestra sociedad y las empresas como la tuya prefieren ganar más y evadir impuestos que ayudar a mejorar la educación.

—Lo que pasa es que la educación no creo que mejore con más sueldos, solo mejorará la vida de los docentes que se queman el cerebro intentando sacar algo de esas cabezas llenas de aturdimiento.

—Aturdimiento que resulta un excelente negocio para vender boludeces y mantener a la sociedad consumiendo y sin protestar.

—Ja, no sabés lo que daría yo por tener un empleado con cerebro.

—Vos lo que querrías es un empleado dispuesto a vender su alma para cumplir su sueño de una casa en la costa.

— ¿Una casa en la costa no es suficiente razón para lamerle los pies a alguien? ¿Cuánto tiempo puede durar el mal gusto? ¿A dónde van de vacaciones las personas íntegras como vos?

—Al Delta del Tigre. —Todavía tenía el tostado de la isla.

—¿Alquilás una casa?

—No, en carpa.

—Uhhhh. ¿Y los mosquitos?

—Bien gracias...

—Te regalo repelente para tu próximo cumple, si te parece.

Podíamos seguir así durante horas sin interrupciones. Me sentí furioso por haberme creído la película de Mara. Respiré profundo, evité el menú de chicanas disponibles en mi cerebro para su último comentario, pero él aprovechó el silencio para cambiar, por primera

vez en años, el eje de nuestra conversación.

—Compré un bunker.

—¿Un qué? —Algo había escuchado sobre los bunkers, pero no tenía claro qué eran. Es más: hasta ese momento dudaba de su existencia.

—Un búnker. A la gente de plata nos ofrecen esas cosas para sobrevivir el día que los idealistas empiecen a morir como ratas.

—¿De qué estás hablando?

—¿No sabés? ¿Cómo es posible? Nunca dejás de sorprenderme. Tenés la información, tenés la educación para procesarla... hasta tenés el cerebro —concedió luego de dudar— pero siempre fallás a la hora de las conclusiones —dijo en tono finalmente agotado, frustrado. Durante años me había reprochado lo mismo—. No sabés lo que es para mí verte una y otra vez decir "dos más dos es cinco".

—Ya está. Si este va a ser el tono de nuestra conversación me voy yendo. —Amagué a levantarme, pero sentía curiosidad—. Si querés explicarme de qué hablás, por ahí te escucho.

Debe haberse dado cuenta de que no me iría, porque aprovechó para desplegar su teoría acerca de mí:

—No quiero que te sientas un inútil. Es justamente lo contrario: quiero entender cómo alinear tu cerebro para dejar de llegar a conclusiones equivocadas. ¿Vos no intentás explicarles a tus alumnos que dos más dos es cuatro, que es importante entenderlo? ¿Qué sentirías si uno de ellos se mirara los dedos, los contara y pasara los años repitiendo que el resultado es cinco? Vos pensarías que es tonto, pero no: entiende qué es dos, entiende el significado de "más"... hasta es suficientemente inteligente para leer la historia y comprender que siempre, pero siempre, dos más dos dio cuatro. ¿No te desesperarías? Eso es lo que me provocás vos, pero como sos mi hijo, no quiero rendirme, me niego a hacerlo. Sé que los lazos biológicos no son nada realmente, pero algo instintivo, animal me lleva a seguir probando la misma pregunta. Aunque te empeñes en llegar a otro resultado y yo pierda la paciencia. Disculpame —dijo en tono retórico, casi amenazador—. ¿Realmente te creés que el optimismo de la voluntad sirve para algo? Vos sos el docente: ¿alguna vez tuviste un estudiante así? ¿Cómo lo encarás? ¿Tengo que leer a Paulo Freire para que me entiendas?

—¿Qué es un búnker? ¿Para qué sirve?

Se sirvió otra copa de vino, volvió a su asiento, se metió una aceituna en la boca y la paseó con su lengua abultando los cachetes alternativamente antes de morderla, como si intentara sacarse el mal gusto de sus últimas palabras. Finalmente se enjuagó con el último sorbo de un vino cuyo precio debía ser aproximadamente el de una semana de mi trabajo.

—Para el colapso final, el Armagedón. No sé cuánto falta, pero en los próximos años va a terminar de caer. Cada vez más desertificación, mercurio en los océanos, índices de cáncer, tsunamis y huracanes, elevación y acidificación de los mares... eso que seguramente vos sabés perfectamente.

—Lo que no sabía era que ustedes lo tenían tan claro. Siempre argumentan que es simple alarmismo de zurditos que quieren tirar abajo el capitalismo.

—Bueno, sí, eso "decimos" —remarcó la palabra—, pero no "somos" idiotas. Al menos no todos, aunque no lo creas. Hay algunos que ya andan extraviados, es cierto, pero la verdad está penetrando hasta a los más cabezas dura, los más conservadores, los que realmente pueden hacer algo. —Me miró a los ojos—. A esos no los conozco: están varios escalones arriba de mi posición. Te aviso, por si hace falta, que no estoy sentado frente a la consola maestra. —Volvió a mirar la copa vacía y retomó el discurso—. Los que la ven venir también comprendieron que el tren ya no se puede detener, ni siquiera desviar. Algunos se bajan, pero instantáneamente otros se suben desesperados por entrar a la fiesta, aunque sea un rato... en fin. En resumen, algunos "empezamos"— nuevamente remarcó la conjugación— a preparar el después. Una vez más, alguien descubrió que el miedo siempre facilita nuevos negocios, más cuando afecta a los ricos. Yo soy uno de ellos: armamos un búnker con comida, armas, seguridad, generadores eólicos, etc., etc. Está en un lugar seguro, inaccesible, ideal para un jubilado que solo quiere vivir tranquilo los últimos años de su vida, dedicado a su huerta, sus gallinas... —Me miró con una sonrisa irónica, como esperando mi carcajada, pero no llegó.

—¿En serio? ¿La tecnología hará que un jubilado pueda sobrevivir por décadas con un mínimo esfuerzo?

—¿De qué te sorprendés? Es el sueño socialista: la tecnología hace el esfuerzo y nosotros, con un par de horas de trabajo diarios,

tenemos suficiente para vivir.

—Y al final del camino solo los ultrarricos y explotadores tendrán el sueño socialista. Una paradoja nunca imaginada. Notable.

—Sí, puede verse de esa manera. —Se quedó pensando—. A veces me hacés recordar por qué pienso que sos un tipo inteligente. ¿No era tu amiga Rosa Luxemburgo la que lo vio? —mi papá había tenido incluso una militancia trotskista, según me dijo un docente del profesorado que reconoció mi apellido. De cualquier manera, ya era tarde para ironizar sobre su pasado "rojo"—. Ella decía que después del capitalismo no necesariamente vendría el socialismo, si no tal vez la barbarie... Y la verdad... Un búnker dista mucho de ser un nuevo contrato social —tenía la mirada perdida. Parecía degustar su propio discurso. Recuperó el foco y me miró a los ojos por unos segundos, antes de seguir hablando—. En fin: quería decírtelo. A pesar de todo, de nuestras diferencias, y a menos que pienses que sería mejor morir con las masas, una muerte que, por otro lado, será horrible, bastante siniestra, de gente matándose por un poco de alimento que igual se acabará en breve... en fin, si eso te resulta tan asqueroso como a mí, te digo que por mi lado y el de mi mujer, sería bueno tener un poco de compañía. Y la de... Mara, claro. ¿Seguís con Mara, no?

—¿Me estás invitando al búnker? No sé ni siquiera qué es lo que hay ahí.

—Ya te dije: la última tecnología en algún lugar alejado para aguantar mientras los demás se matan.

Dudé si tomarlo en serio. Temía una nueva trampa para humillarme.

—¿No les va a alcanzar con los mercenarios para que los protejan de la chusma?

—Me parece que no entendés. Las cosas van a ser un poco más complicadas que eso: no va a haber mercenarios. Cada uno tendrá que ser su propio mercenario, su propio agricultor, su propia mucama. Los que laburan van a entender que la plata es papel picado, una herramienta para poder sacarles trabajo sin que se den cuenta. No va a servir el dinero: va a servir la fuerza, un arma para defender o conseguir la comida. Nada más. Y, tal vez, solo tal vez, los lazos familiares que queden.

—¿No deberías irte con tus amigos a un lugar así? Digo, alguien con quien charlar, jugar a las cartas mientras el resto del planeta se muere. —La conversación era tan surrealista que me veía a mí mismo desde afuera.

—No hay amigos en esas circunstancias. Me extraña que no lo sepas —insistió—. En mi ambiente sabemos el poco valor de la amistad romántica de la que me estás hablando. No hay lealtades infinitas, inviolables y menos con gente tan competitiva y en circunstancias tan desesperadas: la comida es para vos o para mí. Si la compartís te queda la mitad. Es matemática. Fin de la historia, de la amistad, de todo. En el contexto que se viene la vida de otra persona va a valer mucho menos que la comida necesaria para mantenerla viva.

—¿Vas a ir con Zoe?

—Sí. Ella no me va a matar. Si no lo hizo aún... Y si sabe que igual no va a cobrar el seguro de vida, tal vez aproveche para vivir unos años más. Por desgracia es incapaz de manejar una huerta o tender una cama. Pero es joven, supongo que algo va a aprender. —Se notaba su intención de sonar sarcástico.

—¿Y nos invitás a Mara y a mí a convivir por unos años con ustedes para sobrevivir?

—Sí, si no preferís morir, como te dije.

—¿Por qué nosotros? ¿Necesitás alguien que te lave el baño y te cocine?

—Bueno. Un poco es eso, a decir verdad. También sé que no me matarías aunque estuvieras muriéndote de hambre porque tenés esa moral extraña e ingenua. Eso me da confianza. Y a cambio te puedo ofrecer un refugio con comida, agua, comodidades y suficientes armas.

—¿Armas?

—Sí. Lo que se viene va a ser muy feo —de nuevo se detuvo a pensar—. No sé cuándo va a pasar, la verdad —recordé a Pepo—. Puede que yo no llegue a verlo. Igual podés heredar el búnker en ese caso... si se lo peléas a Zoe, claro, que tiene muy buenos abogados y una disposición para la rapiña envidiable —sonrió—. Pero cuando llegue, estoy seguro, va a haber gente desesperada, sin miedo a las fuerzas armadas ni ataduras morales. El único valor será la fuerza. Por eso tampoco puedo tener mercenarios. Ellos me

someterían en muy poco tiempo o simplemente me matarían para ahorrar algo de comida. Sin el dinero, no tengo correa para apretar.

—¿Cuánto tiempo tendrías que resistir ahí dentro?

—No es un "ahí dentro". Es un lugar cerrado pero se puede salir, cultivar afuera también para no gastar las reservas. Además hay algunos frutales y esas cosas. Te vas a emocionar: yo mismo los planté. —Hizo una pausa para tomar más vino y retomó—. Y de los tiempos sabemos muy poco: estamos como Colón antes de salir hacia el oeste. No hay antecedentes. El Imperio Romano colapsó a lo largo de cientos de años. ¿Cuánto tiempo va a demorar en estabilizarse el mundo después del colapso? Lo grueso va a ocurrir en los primeros años. Ahí va a morir la mayor cantidad de gente. Creo que después el espacio va a alcanzar. Pero, aunque sea rápido, cuestión de años, no voy a llegar a verlo. Por eso pensé en invitarte: seguramente vos podrás vivir más y amortizar un poco mejor la inversión. —No había un dejo de ironía en su tono, pero muchas veces decía barbaridades sin inmutarse—. ¿Quién te dice?, tal vez sobrevivas, tengas hijos, y en un punto las cosas pueden estabilizarse de nuevo y... ¿mirá si después la culpa hace recapacitar a la humanidad y se hacen comunistas? Tus hijos o nietos pueden ser los artífices del nuevo mundo: todos cagados de hambre, pero parejito. ¡Por ahí hasta sos el nuevo Stalin vos, que sabés cómo debería ser el nuevo mundo! —Esta vez sí se rió— ¿No te lo vas a perder, no? —Se calló, como esperando un comentario mío. Se sirvió más vino, lo tomó y, frente a mi silencio, siguió, arrastrando ligeramente las palabras—. Ya te dije: solo los más duros sobrevivirán, los más embrutecidos, los que menos dilemas morales hayan tenido. Vos sos muy sensiblero: podés sobrevivir solo si tenés mucha suerte o venís conmigo. Igual si la tenés demasiado fácil por ahí hasta te suicidás. No sé. Tal vez vivir en el mundo real, donde la gente mata para obtener algo que quiere, te haga valorar tu vida un poco más y salir a pelear por ella.

—El mundo será de los cowboys del fin del mundo. El postneoliberalismo será el verdadero mundo de los individuos sobreviviendo como puedan, sin límites del sistema. El problema es que tampoco tendrán a quién explotar.

—No sé. Siempre algunos se las arreglaron para hacer que otros trabajen para ellos.

—¿Y ese mundo valdrá la pena ser vivido?

—¿Hay algún mundo que valga la pena ser vivido? ¿Te imaginás lo que sería ese mundo ideal que soñás? Lleno de mariposas y gente que vive siempre con la misma ropa, en consonancia con la capacidad del planeta, nunca un exceso... Lo único bueno sería el sexo libre —pareció dudar—. ¿En tu mundo ideal tienen sexo libre, no? ¿O te hiciste conservador por el otro lado también?

—En mi mundo ideal cada uno haría lo que quisiera sin joder a los demás. —Me sentí patético, como un nene explicándole a su padre el juego que está armando con sus playmobil. Siempre, tarde o temprano, él lograba asquearme de mí mismo y de los demás. De toda la humanidad. Al terminar una charla, el mundo parecía una quinceañera abusada por un regimiento de facinerosos y que solo podría seguir viviendo haciéndose heroinómana.

Se fue a la cocina y desde ahí me gritó: "¿Preferís que tire el vino o te lo llevás a tu casa? No te preocupes que voy a abrir otro bueno". Le dije que me lo llevaba a casa. Debía reconocerlo: en los últimos años había sentido que el mundo que describía era el que venía ganando. Nada invitaba a tener una mínima esperanza de que el sistema se dirigiera a un lugar un poco más acogedor. En ese sentido no valía la pena discutir con él, un hombre de casi sesenta años que jamás había esperado nada de los demás y había actuado en consecuencia. Ya me costaba levantarme cada mañana con la esperanza de alguna buena noticia, pero encontrarme con él y recibir una dosis extra de mierda resultaba demasiado para mi espíritu. Volvió de la cocina con el vino envuelto en una bolsa y una botella abierta en la otra mano.

—¿Dónde está tu búnker?

—¿Te doy la dirección? Está bastante escondido.

—Supongo que en los EE.UU.

—Noooo, ni loco. Ahí sí que va a ser una masacre. Allá son muchos, armados, la mayoría locos. Hay miles de tipos que se están entrenando desde hace años a la espera de este momento. Tienen armas, reservas. Miles de enfermitos supremacistas y esas cosas. Se van a terminar matando entre ellos o, peor, van a construir un mundo como el que sueñan. También están todos los nuevos ricos de Silicon Valley comprándose bunkers desde hace años. Salieron notas en los diarios: todos saben dónde están. En cualquier caso va

a ser muy peligroso estar en el norte. —Apoyó las botellas en la mesa, se sentó, llenó de nuevo las copas y siguió. Parecía algo esperanzado de interesarme—. No... esto es en Córdoba. En un lugar muy aislado. Te puedo dar un mapa para llegar, pero en papel: no puedo dejar ningún rastro digital. Lo construyeron unos coreanos que se volvieron a su país y no van a poder llegar de nuevo aunque quieran. Si vas a tiempo tal vez puedas llegar en auto. Si te dejás estar va a estar complicado. Podés venir a conocerlo antes. Yo voy cada tanto a ver que todo esté bien. Es medio cansador, porque la última parte se hace caminando entre unos cerros. —Se levantó de nuevo, sacó un mapa del cajón de su escritorio y estiró la mano. Lo ignoré. Esperó unos segundos y lo dejó al lado de la bolsa con la botella.

—¿Vos cómo vas a saber que llegó el momento de huir?

—Manejo información. Si querés te puedo dar un llamado para que te prepares. Es lo mínimo que puedo hacer por un hijo. —Otra vez: era imposible detectar una ironía.

—Te agradezco.

—Te llamo por teléfono o de otra manera cuando llegue el momento.

—Te agradezco —repetí—, pero no hace falta. Prefiero morir con los demás —dije entre heroico, patético y rebelde.

Pareció desilusionado, como si hubiera esperado un acto racional de mi parte o un agradecimiento, pero yo rechazaba al hombre que me quería salvar la vida. Levantó su copa con los restos de la segunda botella. La conversación había terminado. Mi copa estaba vacía.

—Salud.

—Salud —contesté mientras me paraba, recogía el vino que había llevado y me dirigía a la puerta. El mapa quedó sobre la mesa.

Me fui con la certeza de no volver a verlo.

A veces es realmente difícil entender. Sigo despertándome a esa hora que va desde la semipenumbra hasta el amanecer pensando en lo que perdimos, en la tristeza de una humanidad que no pudo parar a tiempo, que arruinó el mejor juego que tuvimos: creer que entre todos le

podíamos dar un sentido a la vida. Si hubiéramos seguido solos, como cualquier animal, nada habría pasado. Construir sociedades fue una forma de sentirnos menos solos y de producir un sentido, algo más grande que nosotros mismos.

¿Cómo pudimos pasarnos de largo en ese rumbo? Los primeros hombres quisieron comer, luego quisieron comer todos los días, no pasar frío, que sus crías no se murieran como moscas por las enfermedades. Vino el fuego, la agricultura, los medicamentos. Nos subimos al tren porque era obvio, porque la alternativa era la muerte y eso no lo queremos nosotros ni los animales. Dominar la naturaleza permitía encontrar soluciones. Pero en algún momento dejamos de elegir la vida y empezamos a elegir el confort y luego confundimos el confort con la vida; creímos que tener aire acondicionado, ropa que combinara y el pelo suave eran parte de la misma lucha por la supervivencia de hacía milenios. El tren siguió por caminos cada vez más sinuosos y no nos dimos cuenta de que era suficiente, de que era tiempo de tomar otro.

Sé que no existe ética cósmica ni somos parte de un espectáculo para un ser superior que aprobará o no nuestra forma de vivir. No estamos dando un examen para ver si honramos la vida. Pero aun así, no deja de ser triste haber perdido la oportunidad de manera tan patética. Cuando ese dolor me impide dormir se mezcla con la angustia más concreta de pensar en los amigos perdidos, en las oportunidades desperdiciadas, en los chicos que nunca tendrán ni siquiera la posibilidad de buscar inútilmente una razón para levantarse cada mañana; y entonces tengo que resguardarme en el sinsentido, en que igual da lo mismo, que somos un estornudo inesperado y breve en la historia del cosmos y todo eso. En ese vacío absoluto floto, sin pensar, adormecido de estímulos, vacío en el vacío; así puedo seguir levantándome cada mañana, entregado a la pulsión de vida de mi cuerpo disciplinado por las estrategias para sobrevivir donde ya queda tan poco.

6

El apocalipsis se materializó de la forma menos esperada y desmoronó en días lo que la humanidad había construido defectuosa pero laboriosamente durante siglos. Por suerte (o no), los preavisos ya habían anestesiado nuestra capacidad de asombro preparándonos para la debacle. Primero fueron los titulares con nombres de países lejanos, casi míticos, pero que lograron sembrar la duda. Luego nos enteramos de un levantamiento popular en una ciudad supuestamente más estable, pero susceptible de ser explicado con teorías conspirativas. Aun así la sensación se instaló como una sombra amenazante: los bárbaros se acercaban a la muralla o, para peor, los bárbaros estaban del mismo lado de la muralla, mezclados entre nosotros, dispuestos a dar el golpe. Yo sabía que en verdad los bárbaros estaban dentro nuestro: éramos nosotros. Los demás preferían señalar con el brazo estirado.

Las cosas iban en serio. Las llamas se iniciaban en un lugar, pero se expandían rápidamente con el viento de la globalización en una tierra entre arrasada y reseca. Primero fue un gran pedazo de Antártida que se desprendió y comenzó a viajar hacia el norte, enfriando el océano. Los expertos discutían cuánto tiempo demoraría en descongelarse, enfriar las aguas, diluir la sal, cuánto subiría el mar luego y ya se temía un cambio en los ciclos de lluvias. Un frío corrió por la espalda de la humanidad, esforzada en mirar hacia otro lado.

Cuando comenzábamos a hacernos una idea de por dónde vendría el golpe, surgía otra señal. El chispazo que encendió la bomba cebada durante años fue una brutal sequía. La falta de lluvias terminó de arruinar las lánguidas plantaciones de esa primavera en buena parte del hemisferio norte. Los gobiernos del tercer mundo, ya demasiado endeudados, no pudieron afrontar un

nuevo paquete de medidas de ajuste sin sacar el ejército a las calles. Se multiplicaron las protestas, que rápidamente desencadenaron una guerra civil digna del siglo XV. El gobierno no pudo contener a la población pese a la sucesión de masacres. Llegaron los soldados de Naciones Unidas, parte del sistema policíaco global encargado de mantener el *statu quo*.

La poca amalgama social que aún resistía se desmigajó frente al hambre extendiéndose a más sectores de la población en pocos meses. Las imágenes que circulaban asquearon a una población de ojos entrenados por guerras reales o por la violencia cada vez más grotesca de la industria cinematográfica. El desastre se nutría, paradójicamente, de las armas enviadas en abundancia desde el primer mundo a precio de saldo. Armas: no comida. El sistema solo podía agregar clavos en el ataúd. La muchedumbre, por su parte, estaba dispuesta a morir, pero llevando consigo a unos cuantos más. Solo tenían a mano a otros como ellos: los verdaderos culpables se protegieron con varias capas de intermediarios.

El mundo pensó que se trataba de otra guerra civil que quedaría limitada como tantas otras a lo largo de la historia, pero el caos se propagó en pocas semanas por toda Asia y África, y luego en algunas ciudades de Latinoamérica. Finalmente llegó también a algunas ciudades de América del Norte y Europa. El planeta parecía a punto de estallar.

Recordé que no le había dejado un número a mi padre. Lo llamé, pero no pude localizarlo. Fue un alivio para mi debate interno entre el deseo de sobrevivir y los pruritos de un orgullo que todavía no conocía la desesperación y el hambre. Salvo por ese llamado, permanecimos paralizados, incrédulos de que lo esperado por tanto tiempo estuviera ocurriendo realmente. Descubríamos azorados nuestros poderes adivinatorios. En cuestión de semanas vimos videos y noticias de la destrucción de regiones enteras por avalanchas de barro e incendios; también los enfrentamientos cada vez más violentos para mantener a campesinos fuera de tierras que no se estaban utilizando. Las marchas masivas destruían todo a su paso y terminaban en batallas campales contra la policía. Imaginé a mi padre viendo todo desde su búnker.

La información nos llegaba en fragmentos pero nunca se explicaba la trama principal, lo que realmente estaba pasando.

Parecía un cuento de Carver o de Salinger donde solo se describe la superficie de los problemas, mientras lo importante permanece oculto. ¿Por qué ahora? Uno adivinaba o imaginaba el trasfondo, pero los medios de comunicación masivos seguían con el discurso de profecías autocumplidas capaces de brindar cierta seguridad: "Eso ocurre afuera porque no saben manejarse", "la corrupción", "la mala suerte", "los otros", "lejos". Era la gente la que no encajaba bien, no aceptaba las reglas. El sistema, en cambio, funcionaba a la perfección.

Con Mara leíamos las noticias con horror antes de salir cada uno hacia su escuela para dar clases, forzándonos a pensar que nada pasaría. Habíamos visto crecer el castillo de naipes durante años, nos habíamos burlado de quienes se instalaban en él, pero ahora lo mirábamos desmoronarse con horror. Cuanto peores eran las novedades, más espacio ocupábamos debajo de la cama con las latas y los bidones. En esos días apilamos más reservas en un rincón del living, en cajas, como quien prepara una mudanza de a poco, aunque en lugar de platos, libros o ropa poníamos agua, latas de choclo, paquetes de fideos o lo que todavía se consiguiera en el supermercado.

El virus de la desconfianza se propagó a través del vector más difundido del planeta: el dinero. Ciudades enteras volvían al trueque. La desconfianza creció y algunos países amagaron con volver a las monedas de oro y plata. Había extensos artículos acerca de cómo algo tan inverosímil ocurría en países lejanos por sus particularidades históricas: "Países con raíces culturales distintas", "nunca terminaron de entrar en el capitalismo y comprenderlo", etc. Se presentaban como lejanos, frágiles, empobrecidos, tan inexpertos como para no creer en el valor del dinero. Pero la semilla de la duda se plantó en el mundo y germinó con fuerza. Más tarde fueron ciudades de Brasil o Paraguay y, finalmente, un día, sin que los diarios nos advirtieran, Mara fue al supermercado de la esquina: no consiguió comprar nada. Los dueños chinos estaban azorados: seguían vendiendo pero los proveedores no aceptaban dinero en papel para reponer la mercadería. El sistema crujió y dos días más tarde se partió al medio cuando millones se quedaron sin comida al mismo tiempo. Ahí sí llegó la desesperación sin límites. Fue como patear un hormiguero.

Los docentes como nosotros, pero también los periodistas, los comerciantes, los programadores, los productores de servicios, no teníamos nada tangible para ofrecer a cambio de una lata de tomates. En las grandes ciudades éramos la mayoría. Esa misma semana algunos padres me trajeron algo de comida con tal de que siguiera dando clases: recuerdo en particular el padre de una muy buena alumna. El tipo remendaba zapatos, bolsos, lo que fuera. Me llevó una pata de pollo envuelta en hielo y diario. “Es para aguantar hasta que pase”, me dijo, “usted siga dando clases, por favor”. Había invertido su vida en darle educación a su hija. Su sueño de movilidad social dependía de mí. Se había jugado lo poco que tenía a una sola fórmula ganadora y ahora le cambiaban las reglas de juego. Ese día se presentaron seis alumnos. Al día siguiente solo la hija del zapatero. A la semana dejé de ir a la escuela. Daba miedo ir por la calle. Asfixiaba ver lo frágil que había sido todo.

Nos encerramos en el departamento, con las reservas acumuladas y siguiendo las noticias por radio, televisión, internet. Vimos cómo las muchedumbres asaltaban los depósitos de los grandes supermercados y en un primer momento las fuerzas armadas salían a impedirlo. Los medios no se ponían de acuerdo sobre la cantidad de muertos, pero en las redes aparecían fotos con cuerpos baleados, golpeados, quemados, con epígrafes con nombres de ciudades de todo el país. Fueron tres, tal vez cuatro, días interminables y ahora difusos, como si se hubiera tratado de una pesadilla armada de fragmentos. No sabíamos cuánto duraría. Racionamos los víveres intentando decidir qué hacer, pero era imposible elegir un rumbo en un mar de versiones que se multiplicaban.

En un primer momento, Mara se dedicó a organizar a la gente que le escribía desesperada en busca de información sobre los programas de transición, dónde podían anotarse, qué redes había capaces de sostener las cosas luego del colapso. Intentó varias veces contactar a la gente del campo que habíamos visitado, pero sin respuestas. ¿Los habrían asaltado? ¿Estarían defendiéndose de las invasiones de desesperados? Imposible saberlo. A Mara comenzó a caérsele el pelo a mechones.

En la escuela no contestaban. Los teléfonos dejaron de funcionar un par de días después. No tenía nada que hacer excepto mirar

fascinado el desmoronamiento general: era como esos muebles donde todo se encastra y al final se agrega un tornillo que sostiene al resto. Se había saltado ese tornillo, el dinero, y el mueble se caía a pedazos dejando a todos paralizados.

¿Qué era verdad? La información disponible en los diarios (hasta que dejaron de publicarse), en las redes (hasta que perdimos toda conexión), en los celulares (hasta que se cortó la luz definitivamente y las antenas dejaron de transmitir) y las emisoras de radio (que también se apagaron) se hizo balbuceante. Era irónico: una semana antes las fotos de gatitos, las cadenas de amor, los chismes sobre una vedette se reproducían hasta el infinito en un exceso permanente, en la saturación más agotadora e imposible de procesar. Dos semanas después se había perdido la capacidad de enviar un mensaje vital a la distancia. El silencio cobró una densidad asfixiante.

Solo encontramos en la radio una emisora que transmitía música, siempre la misma secuencia; cada hora coincidía con el tema de R.E.M: “It’s the end of the world as we know it”. Nunca supimos si era un sistema automático o una ironía. La dejamos prendida, a la espera de una noticia, hasta que se acabaron las pilas.

Racionamos la comida sin tener muy claro para qué. Nos aburríamos, estábamos ansiosos y sin nada que hacer. Mara comenzó a usar un pañuelo en la cabeza. De la serie de actividades cotidianas solo quedaba la de preparar un plato en horarios que puntuaban el día. Discutíamos qué hacer pero la angustia nos impedía cualquier progreso. No podíamos salir a la calle, donde se escuchaban peleas, disparos, explosiones o, cada tanto, el ruido de un motor que pasaba a toda velocidad. Cuando nos quedamos sin luz se aceleró el drenaje de gente por la calle que huía a escondidas, sobre todo a la noche, y escuchamos algunas peleas que atribuimos a intentos de robar los víveres. Hablamos de cómo estaría mi viejo, si habría llegado a ir a su búnker. Recordé a Pepo, quien, en un mail ahora imposible de revisar, me daba indicaciones para llegar a su nueva casa. ¿Tendría su huerta lista para sobrevivir? ¿Pepi habría aprendido a usar armas?

Deben haber pasado tres semanas, a lo sumo un mes, hasta que comenzamos a sentir que las peleas callejeras y los disparos de los primeros días se hacían más infrecuentes. El silencio avanzaba, pero

no nos atrevimos a levantar las persianas. El barrio parecía vacío. Habíamos acumulado suficientes latas como para empujar la desesperación unas semanas más que el resto. ¿Cuánto demora alguien en morir de inanición? No podíamos seguir indefinidamente en la casa viendo cómo se agotaban nuestras reservas y dejaba de funcionar todo. Era momento de confiar en que lo peor ya había pasado.

Por las noches, casi de madrugada, bajábamos a la puerta del edificio a buscar agua de la entrada. No sabíamos cómo ni por qué seguía saliendo. Era el único servicio todavía en funcionamiento. La precaución horaria parecía exagerada, porque no quedaba nadie allí, o al menos eso parecía por la falta de ruidos; solo se escuchaba un aullido lejano, por momentos enloquecedor, de algún departamento cercano. Temí que Mara, preocupada, quisiera rastrear al animal. Llenábamos la bañera a baldazos cada noche, para garantizar el agua necesaria para cocinar, tomar y hacer correr el inodoro cuando el olor se volvía insoportable.

Una de esas madrugadas, después de cargar la bañadera y cerrar nuestra puerta con llave, escuchamos ruidos en el pasillo, como si alguien estuviera tirando abajo las puertas de los departamentos vecinos. Con Mara nos miramos desesperados. Por los golpes regulares, parecían estar usando un hacha para derribarlas. Cuando me asomé a la mirilla solo llegué a ver un par de sombras moviéndose con algo que parecía una maza. Pensé que me iba a desmayar del pánico, pero como Mara se veía todavía peor, fui hasta la puerta. Cuando escuché pasos acercándose, comencé a gritar hacia la puerta: “¡Aléjense o disparo!”.

El truco funcionó, pero no de la forma esperada. Un tiro desde afuera impactó en la antigua puerta de madera maciza, aunque no la atravesó. Nos quedamos callados. Comprendí que debía medir mejor mis amenazas en ese contexto nuevo. Del otro lado siguió el silencio, apenas cortado por un murmullo que finalmente se transformó en pregunta.

—¿Son ustedes? ¿Los del “K”? —preguntó una voz familiar.

Miré a Mara. Ella también reconoció la voz. Eran los gays que vivían a un par de puertas de distancia y con quienes solíamos cruzar miradas cómplices durante las reuniones de consorcio.

—Sí. Somos nosotros.

El murmullo cortó el silencio una vez más.

—¿Tienen comida para cambiar?

—Nada. Estamos por irnos. —La excusa asomó en mis labios sin ninguna reflexión previa.

—Ok. Disculpen. —La formalidad sonó extemporánea—. Solo estábamos entrando a las casas vacías a ver si quedaba algo.

—Está bien. No se preocupen —correspondí en el mismo tono.

Me pareció escuchar a lo lejos que nos deseaban “suerte”, como si solo hubiera sido un diálogo habitual entre vecinos intercambiando una tacita de azúcar, y no en un edificio a oscuras, a través de una puerta cerrada y acompañado de un disparo.

Esa noche con Mara decidimos partir en cuanto pudiéramos. ¿Hacia dónde? Algún lugar de la naturaleza donde pudiéramos conseguir comida. ¿Buscar a mi padre, a Pepo, ir al campo de agricultura de transición aunque no contestaran nuestros mensajes? Lo mejor sería dormir y pensar a la mañana la mejor estrategia. Teníamos los nervios destrozados.

7

El verano en que terminamos el secundario, con Pepo nos fuimos al sur, de mochileros. Era nuestra primera experiencia de aventura agreste, pero decidimos profundizarla al máximo posible. Reunimos datos sobre lugares donde acampar sin problema, entrevistamos a un tío de Pepo que conocía bien la zona de los lagos y nos contó de caminos semisecretos para meternos en los bosques y guardabosques amigables que nos permitirían acampar afuera de su casa. El armado de las mochilas fue la tarea más complicada. Nos habíamos propuesto no llevar más de quince kilos en la espalda cada uno, imprescindible para largas caminaras, y pesamos cada objeto para determinar las prioridades. Más de la mitad era comida, el resto utensilios, una caña para alimentarnos de la naturaleza, bolsa de dormir, carpa y casi nada de ropa.

Llegamos a la ciudad de Neuquén para huir en otro micro dos horas después, sedientos de naturaleza, a pesar del cansancio del viaje. Sufrimos dos tramos más en colectivos polvorientos, llegamos al lago Huechulafquen donde acampamos. El objetivo era ir caminando hasta el Paimún. La inmensidad del lugar apenas alcanzaba para contener nuestra ansiedad por emborracharnos de naturaleza y nos costó alcanzar el sueño.

Al día siguiente nos despertamos temprano, desayunamos, guardamos todo prolijamente y partimos hacia el oeste, bordeando el lago. Caminamos durante horas, intentando evitar la ruta 61: nos parecía un sacrilegio escuchar el ruido de los motores en ese, a nuestro juicio, santuario del silencio. Recuerdo la sensación de libertad, mi respiración siempre sonora por el esfuerzo, el calor en los muslos exigidos por un piso siempre irregular, pero, sobre todo, la omnipotencia de mis dieciocho años y la sensación de estar irreparablemente vivo. Solo paramos para almorzar durante una

hora y hasta me quedé dormido unos minutos abrigado por el sol. Al atardecer decidimos acampar en un lugar medio escondido, alejado del sendero que seguíamos, para evitar que nos echaran. No faltaba mucho para llegar al camping según nuestros cálculos y preferimos evitar a los turistas que seguramente estaban arruinando la naturaleza con sus autos, música a todo volumen y toda la civilización empaquetada que arrastraban con ellos. Nuestra idea era bebernos ese lugar junto con el agua del lago y la leña del bosque que usamos para cocinar. Pepo, como siempre, había llevado un par de porros bien escondidos dentro del desodorante. Fumamos y nos elevamos al cielo, nos fundimos con el universo en uno de los mejores viajes internos de mi vida. Yo no fumaba demasiado, pero la ocasión lo ameritaba. Novelé varias hojas en un cuaderno con la intención de describir mi flamante matrimonio con esos bosques.

Al día siguiente seguimos camino y al mediodía llegamos al camping. Apenas paramos para comprar, previsores, algunas de las golosinas añoradas la noche anterior y fruta, una de mis obsesiones alimenticias de siempre. Logramos saltar unos controles de la gendarmería para que no nos buscaran si no aparecíamos en el siguiente camping. Nuestra idea era seguir viaje solos y evitar todo contacto con turistas ruidosos. El segundo día fue también placentero, aunque una ampolla en el pie empezó a molestarme después de detenernos a almorzar unos fideos con salsa. Algunas horas antes del atardecer volvimos a buscar un lugar donde acampar sin ser vistos y preferimos no encender fuego hasta que oscureció. Desde donde estábamos llegamos a ver el Lanín. Esa noche me saqué los borceguíes, me curé el pie con desinfectante en polvo y lo dejé al aire para que se seque lo más posible. Apoyé la espalda contra una roca, me coloqué los auriculares en las orejas y gracias al segundo porro de Pepo tuve otro momento místico, esta vez ya más reposado. Cenamos y liquidamos las golosinas alucinados por el silencio y el cielo más estrellado que vi en mi vida.

El tercer día amaneció con lluvia. La noche había estado fría y como la carpa descansaba sobre una pendiente ahora evidente, el agua que corría por debajo de la carpa se filtró a lo largo de la noche. Las bolsas se habían mojado y también nuestra ropa.

Decidimos esperar a que parara la lluvia, pero las horas pasaron sin cambios. Cerca de mediodía, el hambre, el frío y la necesidad de comer algo caliente nos obligaron a activar. Armamos las mochilas, guardamos las bolsas de dormir después de escurrir las partes más mojadas, nos pusimos las camperas y salimos para desarmar la carpa. Mojada pesaba el doble, pero como era parte de mi carga la puse a mi espalda sin decir nada. Juntamos algo de madera seca de abajo de un tronco para hacer un fuego bajo un árbol, semiprotegidos de la lluvia, pero nos llevó casi media hora de esfuerzos y soplidos constantes lograr unas llamas decentes, prepararnos unas sopas y entrar en calor. Apenas apagamos el fuego el frío volvió, sobre todo a mi pie ampollado, pese a que lo había protegido con dos pares de medias ya humedecidas y que me lijaban la zona a cada paso.

Tomamos un sendero para acercarnos a la ruta que bordea los lagos con la esperanza de hacer dedo y llegar a un lugar civilizado y seco. Poco a poco las marcas del camino que creíamos haber adivinado comenzaron a diluirse entre los arbustos. Nos sentimos perdidos. Las gotas caían con menos intensidad, pero como pasábamos permanentemente por cañaverales, volvíamos a empaparnos una y otra vez. El dolor de mi pie ya subía hasta la pantorrilla semiacalambrada y empecé a asustarme a pesar de recordar que la aventura se nutre, justamente, de la incertidumbre y el temor. Paramos nuevamente con la intención de hacer un fuego, pero la leña estaba tan húmeda que desistimos y abrimos una lata de paté. Lo untamos sobre unas galletas y comimos apurados por el frío. Necesitábamos llegar a algún lugar caliente.

Poco antes del atardecer, mientras seguíamos un sendero mejor marcado, paró de llover y decidimos detenernos. Yo estaba agotado y comprobé, al sacarme los borceguíes, que la ampolla sangraba. Me costó mucho sacarme las medias por el dolor y la sangre pegoteada. Los hombros también me dolían por el peso de la mochila. Ahora sí, sentí miedo de pasar otra noche de frío. Pepo buscó ramas secas por todos lados y después de mucho soplar logró hacer un fuego para comer una polenta caliente con queso rallado. Al fin pude volver a calentar mi pie, ponerle más desinfectante y las últimas medias secas que me quedaban. Casi quemo las otras intentando secarlas. Tomamos una sopa caliente para cerrar la

noche y nos sentimos algo mejor. Cuando terminamos ya estaba oscureciendo y comenzó a llover de nuevo para nuestra desazón. Armamos la carpa, todavía mojada, lo más rápido que pudimos y sacamos las bolsas de dormir, también húmedas. Intenté secar la mía cerca del fuego, pero fue inútil y como la lluvia aumentó, terminó mojándose más rápido de lo que se secaba. Entré en la carpa.

No dormí en toda la noche, pensando que me iba a morir de frío, en posición fetal. Me insulté a mí mismo, reprochándome la falta de respeto hacia la naturaleza. Era un ignorante que pensaba que podía enfrentarla sin ningún tipo de conocimiento ni experiencia. No estábamos escalando el Everest, sin oxígeno, con nieve o meses de desgaste. Habíamos llegado de Buenos Aires tres días antes, bien alimentados y descansados, solo teníamos que bordear un lago, hacer no más de treinta kilómetros; una lluvia y una ampolla nos habían puesto al límite. Me sentía tan poca cosa, tan miserable, que hasta el frío me parecía un castigo merecido.

Al amanecer, apenas descansado, escuché cómo la lluvia seguía cayendo sobre la carpa. Por suerte esta vez no había entrado agua y la bolsa estaba igual de mojada que la noche anterior. El aliento se congelaba al salir. Pepo dormía profundamente con la cabeza tapada con su pulóver. Esperé un par de horas y cuando paró de llover, salí de la carpa abrigándome lo más rápido posible en busca de un poco de sol, pero el cielo seguía cubierto. El pie me dolió apenas lo apoyé. Junté leña húmeda y me llevó largo tiempo prender el fuego. Cuando lo logré, salió Pepo de la carpa y empezó a llover de nuevo. Decidimos desarmar antes de que todo volviera a mojarse. Cuando terminamos, el fuego apenas humeaba, así que desayunamos las últimas galletitas y seguimos camino.

Estábamos seguros de que la ruta estaba cerca. Nunca la habíamos cruzado. Del otro lado, también cerca, debía estar el lago. Cualquiera de esos dos puntos de referencia nos habría permitido guiarnos y seguir camino con más certeza, pero, no podíamos verlos. Pepo se trepó a un árbol para ver si distinguía algo. Al bajar cayó de espaldas sobre la tierra cubierta de ramas pequeñas y hojas. Pensé que se habría quebrado la columna. Me desesperé, pero cuando logró recuperar la respiración me dijo que estaba bien y comenzó a pararse como probando si todo estaba en su lugar. El

hombro se le había salido. Como era algo habitual, hizo un movimiento para acomodárselo, sin poder contener un gruñido de dolor. No iba a poder llevar su mochila y resultaba inimaginable que yo llevara las dos con mi pie roto, así que sacamos lo imprescindible de la suya y lo cargamos en la mía. Para hacerle lugar, decidimos dejar la carpa allí mismo porque era demasiado peso. La mochila de Pepo quedó colgando de una rama.

Mi pie ardía como si tuviera fuego y la espalda me estaba matando, por no hablar del frío y el hambre. En un momento sentí mi furia creciendo contra Pepo, que caminaba sin problemas, bien dormido y sin carga. Era consciente de que no tenía la culpa de nada, pero para no atacarlo, apreté el paso y decidí ignorar mi pie que finalmente se adormeció. Era imposible saber el rumbo. Entre las nubes y los árboles, el sol no se distinguía de ninguna manera, por lo que apenas intentábamos mantener una marcha recta por instinto. El tiempo pasaba y seguíamos sin encontrar un punto de referencia. En un momento empecé a pedir ayuda a los gritos y Pepo se sumó. No tuvimos respuesta.

Al mediodía ni siquiera intentamos hacer un fuego. Terminamos un paté con los dedos y seguimos caminando para pelear contra el frío. Era enero, pleno verano y aun así, la temperatura no parecía superar los diez grados. En un momento perdí el control del tiempo y seguí caminando automáticamente. Comenzó a bajar el sol y oscurecerse cada vez más. No sabíamos dónde pasaríamos la noche. En un momento, Pepo se detuvo delante de mí y empezó a insultar a los gritos. Me acerqué corriendo: su mochila colgaba de una rama. Pensé que iba a llorar. Sacamos la carpa, volvimos a armarla y Pepo juntó ramas de los pocos escondrijos todavía secos disponibles. Con mucho esfuerzo logró armar un fuego grande para calentar agua para sopa y fideos. Cuando me saqué las medias tenía el pie amoratado y la herida sangrando de nuevo. Volví a desinfectarla y acerqué el pie al fuego para calentarme.

Cuando estábamos por comernos los fideos escuchamos ruidos. Alguien se acercaba. Una sombra apareció detrás de un árbol. Era un guardaparque.

—No se puede hacer fuego ni acampar acá—dijo acercándose, con voz terminante.

No pude contener las lágrimas. El guardaparque se quedó

perplejo.

—Nos perdimos —le dijo Pepo.

Pareció sorprendido. Esperó a que comiéramos. Luego armamos las mochilas y nos guió a su cabaña. Llegamos en veinte minutos. Nos hizo lugar cerca de la salamandra que prendió para nosotros y nos dijo que al día siguiente tenía que ir a Junín de los Andes. Nos llevaría a un hotel. Le agradecimos.

Esa noche completé varias páginas en mi diario de viaje. Estaban dedicadas a la autohumillación, por mi ignorancia, por mi incapacidad, por mi falta de respeto hacia la naturaleza. El resto del viaje transcurrió en hostales y, cuando mi pie mejoró un poco, en campings pagos, con agua caliente y baños, en medio del ruido y la música de moda. El dinero que teníamos alcanzaba para vivir dos meses en consonancia con la naturaleza o quince días pagando por evitar sus aspectos más incómodos. Pasamos los últimos dos días viviendo de la generosidad de los demás, a la espera del micro que nos llevaría de vuelta a Buenos Aires.

Para mi sorpresa, al volver Pepo contó la anécdota de nuestro viaje como algo gracioso, riéndose de nosotros y dramatizando nuestra desesperación. Yo apenas lograba simular una sonrisa, pero esos escasos días de una aventura de maceta marcaron mi idea de la naturaleza para siempre.

8

A la mañana nos sentamos a planificar tomando mate y con un mapa sobre el piso de la cocina. Ya habíamos quemado las sillas, la mesa y parte del piso de pinotea: usamos un banquito para calentar la pava.

¿Sería mejor salir con el auto? Por lo que recordaba no le quedaba ni medio tanque de nafta, tal vez suficiente para 250 kilómetros. ¿Sería mejor bajar a revisarlo? ¿Sería arriesgado? Imposible cargar nafta en la ruta ¿Realmente imposible? Mejor no correr riesgos. De hecho, ¿se podría circular por la ruta? ¿Habría ladrones interceptando a quienes huían para quitarles la comida? ¿Pozos? ¿Piquetes? ¿Y la ciudad? ¿Cómo estaría? El pedazo de calle que espiábamos por los agujeros de la persiana estaba cubierto de basura, ramas y otros objetos que no llegábamos a distinguir bien, pero se podía circular. En cambio, resultaba imposible saber qué encontraríamos más adelante. Por eso decidimos sacar las bicicletas como alternativa. La idea era cargarlas en el auto, aunque fuera con el baúl abierto o atadas al techo, y llegar lo más lejos posible antes de usarlas.

Finalmente decidimos ir al Delta y buscar alguna casa en las islas. Lo más problemático sería tomar el agua del río, pero podríamos hervirla. Leña habría en cantidad; también casas con conservas para robar y menos competencia humana, a menos que todos hubieran tenido la misma idea. Nos pareció una buena combinación de civilización y falta de gente.

Mientras Mara organizaba la comida en cajas, saqué las bicicletas del balcón. Estaban cubiertas de óxido. Les puse algo de aceite de cocina, el único lubricante que tenía y que, de cualquier manera, no llevaríamos con nosotros. Por suerte encontré un inflador que recordaba haber comprado, pero nunca llegamos a

usar. Solo la rueda trasera de la bicicleta de Mara estaba pinchada.

Recordé mi único intento por emparchar una bicicleta. Poco tiempo después de comenzar a salir juntos, una tarde decidimos ir en bicicleta a los bosques de Palermo. Comimos unos sándwiches que, como todo en esa época, nos parecieron deliciosos. Ya era de noche cuando volvimos a subir a las bicicletas, pero la de Mara estaba pinchada. Por entonces la mayoría de las bicicleterías cobraban fortunas por colocar los parches o simplemente se negaban a hacerlo, por lo que había decidido comprar un kit para emparchar un par de meses antes, después de dar vueltas por horas en busca de un bicicletero dispuesto a resolver mi problema.

Le dije a Mara que no se preocupara, que tenía todo lo necesario. Nos acercamos a una estación de servicio. Durante los siguientes sesenta minutos di un espectáculo de inutilidad masculina. Los dos empleados me miraban mientras atendían a los clientes. Al ver que pasaban los minutos y seguíamos igual, comenzaron a sonreír y, más tarde, a hacer comentarios entre ellos. Mara se enojó por el esfuerzo que derrochaban para humillarme con un disimulo estentóreo en lugar de darnos una mano. Mi mayor problema era volver a colocar la cámara sin pincharla: no tenía fuerza en los dedos para hacerlo y por eso usaba un destornillador de palanca; al pellizcar la cámara la perforaba nuevamente.

Mara me dijo que pidiera ayuda.

—Seguro son recién llegados—le dije—, estudiantes universitarios, pibes sin secundario completo. Lo que es seguro es que no son los tipos experimentados capaces de hacer arrancar un Ford del 80 con un alambre como vos te imaginás.

Finalmente, engrasado, desistí y Mara accedió a caminar de vuelta, aunque antes descargó su indignación con una última mirada hacia los playeros que seguían riendo disimuladamente. Caminamos cerca de dos horas hasta llegar a mi casa. Estábamos a un par de cuadras cuando pasamos por una bicicletería todavía abierta. Al bicletero, un tipo de otra época, con manos grasientas y pelo blanco, le llevó menos de diez minutos reparar la cámara. Entramos a casa exhaustos. Fue una de las salidas más divertidas con Mara.

Solo me quedaba un recuerdo lejano de esa noche cuando me dispuse a emparchar la rueda en medio de un apocalipsis todavía

desconocido. Hoy, mientras escribo estas líneas, todo me parece de una vida pasada.

Estuve cerca de media hora buscando los mismos parches de la noche de Palermo. Muchas cosas estaban dispersas por el piso porque habíamos quemado los estantes. Cuando estaba por renunciar, llamé a Mara para pedirle ayuda. Los encontró enseguida en un envoltorio rojo; yo había buscado una bolsa blanca con un árbol de navidad dibujado. Suele ocurrirme que mis ojos no están dispuestos a reconocer nada excepto el recuerdo que los guía.

No sabía cómo haría para colocar la cubierta sin volver a pinchar la cámara. Como mis delicados dedos de docente no tenían la fuerza necesaria para correr la cubierta, necesitaba hacer palanca para el golpe final. Pensé en usar una cuchara. ¿Dónde estaría ahora ese hombre de pelo blanco y con un conocimiento increíble sobre bicicletas que me había humillado? Siempre me quedaba mirándolo sorprendido por el movimiento de sus dedos gruesos y fuertes, cada uno de ellos un obrero conocedor de los detalles de mi bicicleta. Casi me sentía celoso por la forma dominante y conocedora con que la trataba.

Esta vez, decidí encontrar la forma de sacar y poner la cubierta solo con los dedos, como había visto hacer a mi admirado bicicletero. Para mi sorpresa, quitarla no resultó tan difícil, aunque los dedos me dolían de cargar los baldes por la escalera. Saqué la cubierta y corrí la cámara. Abrí la caja con los parches y saqué el pegamento: la punta estaba sólida. La saqué con una pinza: detrás afloró el líquido viscoso. Volví a taparlo, lo dejé a un costado e inflé la cámara en busca de pinchaduras, usando la parte externa del labio inferior humedecida para sentir el fino viento al salir. No pude detectar nada. Cargué un balde con la preciosa agua acumulada, volví a inflar la cámara y la hice girar en su interior a la espera de algunas burbujas delatoras. Finalmente las encontré cerca de la válvula. Sequé la zona y la raspé un poco con una especie de rallador que venía con los parches. Puse el pegamento y esperé unos minutos. Mara estaba terminando de llenar dos mochilas con lo esencial, lo que cargaríamos con nosotros en las bicicletas si era necesario abandonar el auto, y algunas cajas más para colocar en el baúl. Me guardé en el bolsillo unos cables para atar las bicicletas al techo.

Cuando me pareció que el pegamento ya estaba seco, despegué el parche del plástico, lo coloqué y presioné con toda mi fuerza. En ese instante me di cuenta de que me miraba a mí mismo trabajando como si estuviera poseído por el bicicletero. Esperé unos segundos más sin aflojar la presión. Luego inflé nuevamente la cámara. Sentí la adrenalina corriéndome por la sangre y casi me da un vuelco en el corazón cuando escuché una explosión lejana. La cámara estaba bien. No perdía aire. Ahora solo tenía que colocarla y volver la cubierta a su posición con la fuerza de mis dedos, sin usar el destornillador. Sentí cómo mi vida se jugaba en esos detalles. La primera parte fue fácil, luego se complicó y el empujón final pareció imposible, pero cuando menos lo esperaba, la cubierta cedió y se acomodó con un “tac” apenas perceptible. Inflé la rueda, guardé los parches en la mochila de artículos vitales y terminamos de acomodar todo para partir a la mañana siguiente. Cenamos una comida caliente, creo que unas pastas, y nos tomamos un vino que nunca nos habíamos atrevido a beber por miedo a que fuera el último. Luego de un par de vasos, al calor del fuego, en nuestra cocina, medio llorosos por el humo, nos sonreímos por nuestra última cena. Nos iluminaban las llamas de una silla mecedora que había heredado mi madre de su abuela.

9

Esa noche no pude dormir recordando nuestro gran viaje de pareja, nuestra luna de miel adelantada, cuando nos regalé dos pasajes a Cuba. El año anterior había mandado un cuento a un concurso en España. Participaba de concursos como quien compra un billete de lotería. Quería ganar un poco de dinero y justificar el tiempo distraído con la escritura. Esa vez salió mi número gracias a un emotivo relato acerca de los vaivenes de la inmigración desde España a Argentina y viceversa.

El aviso me llegó una tarde al volver a casa después de un día particularmente agotador con niños de sexto grado que ensayaban torpemente la adolescencia y cuyo menú de intereses era ajeno a los temas que aparecían en la currícula correspondiente a su edad. Mi tarea era buscar formas creativas de transformar esas motivaciones en razonamientos útiles e interesantes desde la óptica escolar. Me sentía Sísifo cada día subiendo una piedra contra la montaña de la Play Station 500, la Wi F10, la televisión que les mostraba un mundo donde el conocimiento no servía para prácticamente nada y la inteligencia, en el mejor de los casos, era como una linda gorra que se exhibía para seducir chicas. Es decir: me encontraba al mismo tiempo agotado, por momentos frustrado, pero incapaz de imaginarme haciendo algo distinto. Sabía que no había punto de llegada, unas puertas del paraíso educativo para cruzar definitivamente. Solo podía aferrarme a los ojos brillantes de un alumno al contarle que los delfines duermen con la mitad del cerebro o la sorpresa de otros al leerles algún truco de *El hombre que calculaba*. Me encantaba sorprenderlos con un libro viejo, de ser posible con hojas amarillas, capaz de atraparlos.

En eso andaba mi cabeza al abrir el sobre donde me anunciaron mi flamante condición de ganador de un concurso de cuentos de

España. Lo leí feliz, pero antes de llegar al final de la carta comencé a sentir ansiedad: si mal no recordaba, el concurso tenía un interesante premio en dinero. Avancé: la ceremonia sería pequeña y necesitaban saber la cantidad de invitados que llevaría ("no más de 20, por favor"). Al final indicaban: "Al cierre de la ceremonia, le haremos entrega de los €3000 correspondientes al primer premio". Mi reacción fue considerar seriamente la posibilidad de un error tipográfico, un cero de más en aquel número mágico, lleno de promesas fáciles y rápidas, como si se tratara de un genio de la lámpara. Traté de calmarme y encendí la computadora para buscar las bases del concurso. Las encontré: no podían ser dos errores tipográficos similares. No podía creerlo. Llevábamos poco saliendo con Mara y aún no era oficial. Incluso yo tenía la sospecha de que seguía viendo a su exnovio, con el que nunca pregunté si había terminado de cortar. Como estaba decidido a conquistarla a cualquier precio la llamé sin pensar. Luego de darle las buenas noticias (me habían premiado y me daban mucho dinero para nuestra escala docente), me escuché a mí mismo invitándola a Cuba, un destino de viaje que merodeaba nuestras conversaciones más soñadoras. No dudó en aceptar y apenas recibí el dinero al mes siguiente, luego de una ceremonia de la que fui el centro, transformamos los billetes prometedores en una realidad tangible.

El viaje fue maravilloso por el entorno y porque pudimos comenzar a mirarnos a los ojos con Mara durante largo rato sin sentirnos incómodos ni cursis. Demostró ser una gran compañera, siempre proponiendo nuevas posibilidades, resolviendo y disfrutando cada momento. Para mí era como un catalizador del placer: verla gozar de una comida, una playa o un museo me permitía a mí también conectarme con el momento. Pero también fue un viaje muy intenso porque pudimos visualizar a la perfección cómo la política se mezcla irreversiblemente con la filosofía, con el sentido de la vida o como se lo quiera llamar. Si fuimos a buscar una respuesta cerrada acerca del experimento cubano, un blanco sobre negro, enseguida entendimos que estábamos en el lugar equivocado. Probablemente, concluimos, el planeta Tierra es un lugar equivocado para encontrar respuestas simples, de esas que se engarzan en una sola oración y que tanto se usan para titular artículos periodísticos. Cualquier posición política fuerte es un

recorte; en el mejor de los casos un recorte de aquello que para nosotros es más relevante.

Con Mara dábamos vueltas al asunto, nunca contentos con nuestras respuestas filosofadas desde un lugar de ocasionales turistas privilegiados, mientras tomábamos cerveza en un bar. ¿Por qué el deseo de tanta gente estaba no solo en comer mejor sino, también, en tener auto, viajar y estar a la moda? ¿Es eso algo inherente al ser humano? ¿Son tan raras e infrecuentes las personas cuyo objetivo pasa por el arte, el cuidado del otro, la introspección o el conocimiento, o es que permanecen ocultas? ¿O es que ese deseo permanente por consumir más es parte de la invasión , también permanente, de las publicidades que nos empujan a los márgenes de nosotros mismos? ¿Es natural tomar al dinero como única medida del éxito personal y al éxito como única forma de saber que la vida propia vale la pena ser vivida? Por momentos yo estaba seguro de que era así. En otros, no me convencía. El viaje fue una experiencia transformadora, pero nos dejó con más dudas que antes, con mucha frustración con la especie humana, con nosotros mismos, ya incapaces de visualizar un horizonte deseable y posible. ¿Cuántas personas con poder habrían resignado su auto personal, sus dos semanas de vacaciones en la playa o comer un bife cada semana para irse a vivir a Cuba? Casi ninguna de las que vivían mejor. Ni siquiera estoy seguro de si los más pobres habrían cambiado sus sueños de ser ricos por la garantía de salud, educación y alimento. Las personas que realmente debían ceder sus viajes en jets privados o las mansiones con cientos de trabajadores comprometidos en mantenerla, es decir, quienes manejaban las palancas del poder global, sin duda se negarían a cambiar nada. Eran los tipos como mi padre, dispuestos a poner el último clavo en el ataúd del planeta, a reventarlo y comprarse un búnker, antes de resignarse a vivir con la chusma. Ese era el planeta en el que vivíamos y en el cual dejamos de vivir pocos años después de volver de Cuba.

10

Queríamos salir temprano, pero nos demoramos en más preparativos y discusiones sobre las prioridades. Estábamos asustados, a punto de viajar a un lugar desconocido sin una guía capaz de resumir los hábitos, el idioma, la comida, el clima, los medios de transporte que encontraríamos. Todavía parecía un juego, pero pronto dejaría de serlo. También nos demoramos porque Mara quiso aprovechar el agua acumulada para darse un baño, un lujo casi olvidado y que, además, no podríamos repetir por un tiempo incierto. Aproveché para hojear mis libros. A último momento apreté dentro de la mochila a *Juan de Mairena* de Antonio Machado, un libro que releía permanentemente, aunque la mitad de las ideas se me escaparan; cuando llegaba a tocar alguna, sentía justificadas las frustraciones previas.

Cuando salió Mara, con el pelo mojado, la miré realmente por primera vez en unas semanas que parecían años: ya no era la mujer demacrada y sucia del día anterior, pero tampoco la mujer hermosa y de alegría contenida que había compartido su vida conmigo los últimos años. El pelo mojado resaltaba la nueva escasez. Yo tampoco debía ser el mismo. Habíamos estado tan ocupados pensando en cómo sobrevivir que no quedaba tiempo para otra cosa...

Esa frase... "Tan ocupados en sobrevivir, que no quedaba tiempo para otra cosa"... resulta graciosa. La había usado tantas veces antes para referirme a mi trabajo, a jornadas agotadoras seguidas por caminatas a un supermercado un poco más barato para llegar a fin de mes, las clases extra de apoyo para hacer algunos pesos... Ese esfuerzo que por entonces me parecía brutal, ahora resultaba un juego, un spa, un *all inclusive*. Hasta el tiempo que pasamos en la casa luego del colapso fue relativamente fácil comparado con lo que

nos esperaba en el exterior.

Al mirar a Mara sentí la necesidad de tranquilizarla.

—Dale que vamos a llegar tarde.

Me miró sorprendida, por un momento amagó a sonreír, pero todo era demasiado sórdido. Habitábamos un sueño irreal donde no podíamos encontrarnos ni a nosotros mismos, mucho menos el amor, al menos como lo habíamos entendido antes, como un espacio de construcción. ¿Podríamos encontrar el amor como un espacio para la fuga, para la supervivencia?

Antes de ponerme la mochila para salir vi los CD y DVD apilados al lado del televisor. Pensé en los personajes de las películas que repentinamente saben cómo hacer para pasar de una vida con agua corriente, autos y heladeras llenas a otra en la que un tsunami, un ataque terrorista o una invasión extraterrestre destruyen lo conocido. No sabemos cómo duermen, no tienen sed, no los vemos renegar porque no encuentran con qué limpiarse el culo. Ellos tienen un guión y la certeza de que al final volverá la normalidad. Para nosotros era imposible imaginar la llegada del muchachito que descubre una fuente de energía limpia y la comparte generosamente con el mundo para salvarnos, mientras los ricos piden disculpas por acaparar más de lo que necesitan para vivir. Estaba más bien al borde de sentir que pelear por la vida no tenía ningún sentido; si lográbamos sobrevivir difícilmente lograríamos ser felices en los restos de este planeta ahora desconocido. ¿Dónde podríamos depositar nuestros esfuerzos? ¿En qué objetivos? ¿Una casa, un viaje, unos hijos? Del otro lado de la supervivencia y la lucha no estaban las comodidades a las que nos habíamos acostumbrado, solo más y más lucha por sobrevivir. Tampoco imaginaba la posibilidad de cumplir mi sueño de escribir una obra capaz de generar admiración y darme un sucedáneo de la inmortalidad. ¿Quién podría admirarla? Era difícil entender por qué seguíamos, pero cuanto más difíciles se ponían las cosas, menos preguntas se cruzaban por nuestras cabezas. La única manera de seguir era no pensando.

Salimos. Por un momento pensé en volver a buscar la billetera. Por inercia cerré la puerta con llave. Mara me miró: volví a abrirla y nos alejamos. Tratamos de no hacer ruido con los bidones, cajas de comida y los bultos prometedores de nuestras mochilas. Nuestra

idea era llevar la carga en un solo viaje. Empujé las bicicletas intentando evitar el traqueteo de las cadenas.

Llegamos a la puerta de entrada o, mejor dicho, a la entrada: la puerta de vidrio estaba rota y astillada sobre el piso. Un poco más allá, la calle se veía sorprendentemente normal desde nuestro ángulo. Un auto estacionado, algo de mugre y basura acumulada en un rincón, la más liviana repartida por el viento. El sol nos ametrallaba las cabezas.

Afuera estaba nuestro auto cubierto de polvo. No se veía a nadie más. Saqué la llave y lo abrí. Comprobé que las ruedas estaban infladas. Lo cargamos y até las bicicletas en el techo con unos cables. Repentinamente una tos lejana nos dejó paralizados. Miramos alrededor pero no se veía a nadie, hasta que levanté la vista y vi en el balcón de enfrente al vecino, un tipo mayor, siempre asomado con sus shorts y un pucho en la boca. Por primera vez en los años que llevaba viéndolo me miró y levantó la mano que sostenía el cigarrillo en un gesto parecido a un saludo. Le respondí con lo mismo, sin tiempo para pensar de dónde sacaba los cigarrillos o la comida. ¿Y si éramos los únicos que nos habíamos creído lo del colapso? ¿Y si un par de cuadras más allá había luz y la vida seguía como siempre?

Subimos al auto, pero al girar la llave no encendió. Volví a intentarlo, tosió, se apagó nuevamente. Solo entonces vi la aguja del medidor de combustible colgando muerta y, en una segunda mirada por el espejito, que la tapa del tanque de nafta estaba abierta: lo habían vaciado. Era obvio, pero no se me había ocurrido. Imposible para mí intentar arrancar otro auto sin la llave. Descolgamos las bicicletas, colgamos lo que pudimos de los portaequipajes traseros, me puse una mochila y llegué a cargar un par de tomates envasados más en los bolsillos. Las otras cajas de comida, bidones de agua, ropa, la carpa y hasta Juan de Mairena quedaron resignados en el piso.

—¿Le subimos el resto de la comida a los vecinos? —preguntó Mara.

La miré y apenas murmuré: “No”.

Nos llevaría muchas horas, tal vez días, salir de la ciudad. Ese era nuestro objetivo, aunque no tenía muy claro lo que lograríamos una vez allí. ¿Cultivar tomates y criar cerdos? Carecía de

conocimiento, como los otros millones de personas que debían estar huyendo. Posiblemente las semillas y las gallinas habían sido acaparadas. Es más, tener tomates y gallinas sería muy peligroso en una tierra llena de gente hambrienta e incapaz de producir su propia comida. Por eso habíamos decidido no ir al campo de la gente de agricultura de transición: debían estar saturados de visitantes desesperados. Sin la presencia de alguna forma de ley y respeto por la propiedad privada, sería muy difícil de sostener cualquier campo sin una guardia armada permanente.

—La propiedad privada. Yo preocupado por mantener la propiedad privada— pensé.

En las primeras cuadras tuvimos una muestra del estado de la ciudad: autos cruzados, incendiados; casas con vidrios rotos, entradas a edificios abiertas, ropa colgando de los balcones como si alguien hubiera vaciado los cajones, basura dispersada por el viento, ráfagas de un brutal olor a podrido. A los pocos minutos de salir, unos perros flacos nos corrieron, pero alcanzó con acelerar un poco para dejarlos atrás. Intentamos mantenernos por las calles más angostas, yendo unos treinta kilómetros hacia el norte, al Delta, nuestro primer intento de hacer un campamento desde el cual tomar decisiones de más largo plazo.

Al doblar una esquina lo vimos. Era el primer muerto de una larga serie posterior: el hombre yacía en una posición muy extraña, con una pierna atravesada por su espalda de manera imposible y la cabeza en un charco de sangre rodeado por huellas rojas. También había plumas de paloma a su alrededor, pegoteadas en la sangre, aunque no pude entender por qué. Supuse que había caído (o se había tirado, algo aún más probable) desde un balcón. Miré a Mara. Miró hacia adelante con los ojos aguados. Seguimos. Llegamos a Palermo, buscando las calles con menos edificios. Los supermercados parecían saqueados y vacíos. Solo vimos algunos paquetes de comida rotos en el piso. Poco a poco nos acostumbramos al entorno tan conocido e irreconocible. Cuando pasamos por una plaza nos pareció ver a un hombre armado. Nos detuvimos dudando si pasar. Me bajé de la bicicleta y le pedí a Mara que se quedara quieta detrás de una camioneta. Me acerqué y lo vi: estaba demacrado, pero usaba su fusil con la firmeza de un conocedor. Unos metros más atrás había una carpa de color verde

oliva y una familia trabajando la tierra. Parecían estar levantando una huerta. Volví y dimos un rodeo para pasar lejos de la familia. El hombre nos miró y levantó el arma. Nos fuimos dando un rodeo a toda velocidad.

Ayer Antonio me extrajo una muela, aunque la palabra "extraer" es una exageración. Llevaba semanas paralizado, sin saber qué hacer, mientras mi boca dolía y se hinchaba cada vez más. Cuando comencé a sentir un regusto a podrido comprendí que tenía que hacer algo. Primero intenté controlar la infección con unos antibióticos totalmente vencidos que encontré entre unos remedios que él había acumulado. Durante unos días pensé que estaba mejorando porque disminuyó el dolor, pero la inflamación apenas cambió. Cuando terminé los diez días de tratamiento que me había autoimpuesto y con una descompostura de estómago apenas menos grave que el dolor de muela, las tenazas que apretaban mis encías volvieron a crecer y redoblar sus fuerzas. No quedó otra posibilidad más que pedirle a Antonio que me la sacara antes de que el efecto del antibiótico se fuera totalmente.

Tomé cerca de medio litro de chicha a la que agregué un chorro de alcohol puro; no teníamos nada mejor para ayudarme a aguantar el dolor. Usaríamos el resto del alcohol para desinfectar los instrumentos y mi boca después de la intervención. Antonio igualmente hirvió la pinza en una olla: ya había sacado varias muelas de animales, según me explicó para tranquilizarme. Ya medio borracho recordé las insistentes visitas a una ortodoncista cuando tenía siete u ocho años. Interrumpí a Antonio con mis historias, como hacía cuando era chico para ganar tiempo y posponer al menos unos segundos el torno inevitable. Recuerdo vagamente que mi madre insistía en la importancia de tener una boca prolija. "Es tu carta de presentación", aclaraba Raúl; "Lo primero que ve la gente es tu boca cuando empezás a hablar. Si tenés los dientes torcidos, ¿a quién vas a convencer de que podés mantener un trabajo?". Por entonces a mis padres no les sobraba dinero. Los productos para la ortodoncia eran importados y el dinero gastado en alinear dientes, sacar otros y hacer espacio a los nuevos era significativo. Pero mi papá también insistía en que era "una inversión importante" y debía hacerse.

Poco queda de esa boca perfecta de mis quince años: solo cinco dientes visibles y algunas pocas muelas escondidas detrás. No sé cuántas

exactamente; todavía tengo la boca tan hinchada que apenas puedo recorrer la zona con la lengua. Sería tonto morirme de una infección de muela después de sobrevivir al fin del mundo. Además estoy muy delgado por comer solo alimentos líquidos y la descompostura que me produjo el antibiótico. Me siento tan débil que Antonio ni me pide ayuda con las tareas. Hoy me preparó sopa de verduras y pollo deshilachado. Lo hizo con el cuidado que probablemente le habría dedicado a alguna de las vacas que tenemos y que, enferma, corre el riesgo de reducir nuestro rebaño. Yo lo como con la cabeza inclinada hacia la izquieda para que el líquido no toque la zona inflamada.

Antonio está mirando un libro donde explica cómo producir queso. Lo encontré hace un tiempo revisando bibliotecas de las casas cercanas. Hace unos días lo vi haciendo experimentos. Creo que si llego a probar un queso me muero de emoción sensorial: su sabor y textura son un recuerdo lejano para mí. Antonio sabe hacer embutidos, pero como no podemos derrochar la escasa sal, no tienen mucho sabor.

La sal... la extraño aún más que a tener todos los dientes. En una de las excursiones que hicimos a un caserío cercano encontramos un tarro de sal gruesa por la mitad. Lo racionamos. Antonio quiere estirarlo al menos un año para evitar la falta de yodo: dice que nos va a dar bocio. Algo recuerdo sobre los chicos de la Puna y el bocio. Solo sé que mi paladar extraña la sal y cada vez que le agrego un poco a alguno de los platos que comemos, la saliva me corre por la boca.

Cuando vuelva a estar mejor, si no muero, quiero ir hasta el pueblo. Son cerca de cincuenta kilómetros. Tengo una larga lista de cosas para buscar.

11

Avanzábamos a buen ritmo en las bicicletas cuando escuchamos el sonido más inesperado acercándose por detrás: un reggaetón de esos que odiábamos hasta el punto de permitirnos sentir cierto desprecio. Ese reggaetón invasivo, primitivo, básico, estigmatizador del rol de mujeres y hombres, era uno de los síntomas y también una de las causas, me parecía, de la decadencia de nuestro planeta. Ahora demostraba, para peor, no solo que podía sobrevivir más de una década sino también una hecatombe. Una de las ventajas del fin de la humanidad debería ser el fin del reggaetón. Pero ahí estaba, sonoro y, a juzgar por la forma difusa de sus graves, a un volumen estridente atenuado por la distancia. Estábamos, si mal no recuerdo, por la calle Güemes cuando paramos la bicicleta y nos escondimos detrás de un camión, mientras el volumen aumentaba. Vimos avanzar una camioneta gigante, doble cabina, con los vidrios bajos (tal vez rotos, a juzgar por la falta de parabrisas).

Reconocí el reggaetón: era el que decía algo así como “te lo paro” y luego de un silencio agregaba —bajo, irónico, aclaratorio de un chiste de por sí malo— “el taxi”. Llevaba años sin escucharlo, pero lo recordé al instante. Había estado de moda en Cuba cuando la visitamos y lo volví a escuchar, aunque menos seguido, en Buenos Aires. Representaba para mí el fracaso de la cultura. Era el triunfo de lo fácil, el ritmo machacón, insistente, la frase guarra y superficial capaz, supuestamente, de hacer sentir el efímero chispazo de la espontaneidad, dejando ganas de más. El reggaetón condensaba (aunque no fuera, por cierto, responsable) lo que estaba mal en el mundo: gente ganando dinero por producir basura a escala comercial y distribuyéndola con los culos necesarios como para hipnotizar cualquier cerebro distraído o alienado.

Pero esa vez el ritmo insistente me produjo más miedo que

indignación. Un disparo desde la parte trasera hizo que clavaran los frenos cuando faltaban veinte metros para llegar a la altura de nuestro escondite. Uno de los chicos que viajaba sentado sobre la cabina cayó sobre el capot de la camioneta haciendo estallar de risa a los demás. Mara me miró y pude sentir el olor acre del miedo en su respiración.

Bajaron. Eran al menos diez chicos con su indumentaria específica: gorritas, pantalones recortados, telas anti-sudor en remeras ajustadas que exacerbaban su delgadez. Eran iguales, tal vez los mismos, que veíamos en nuestro barrio y muchas veces nos hacían cruzar la calle por miedo a que su cerebro en cortocircuito permanente por la pasta base les hiciera creer que valía la pena asaltar a dos maestros del barrio. Uno de ellos se acercó rengueando hasta un par de metros de nosotros y encendió un cigarrillo. Lo vi de cerca, lleno de cicatrices en el rostro y con un diente roto, el pelo mal cortado y sucio, una pierna torcida. Era las huellas que su clase social le había dejado en el cuerpo.

Parecían estar a sus anchas. Vivían el sueño de las películas que habían visto tantas veces. Ahora ellos tenían las armas, la camioneta con doble cabina y tiraban tiros por la ciudad recogiendo los objetos de su gusto. En la parte de atrás se veían unas cajas de televisores gigantes, la heladera de un negocio cargada de bebidas alcohólicas, un generador eléctrico, bidones de nafta... el mundo se terminaba, pero ellos iban a vivir la fiesta a la que nunca los habían invitado. El apocalipsis general les regalaba una utopía fugaz. Ellos, sus familias, habían perdido hacía generaciones la idea de que la vida valía algo. A fuerza de repetírselo, sus jefes, la policía, la gendarmería, los medios de comunicación, habían absorbido la idea de su prescindibilidad y, en un gesto democratizador, la de los demás. Sin la carga de dar sentido a sus vidas, ahora parecían mejor preparados para sobrevivir.

Empezaron un diálogo que nos llegaba en fragmentos superpuestos. Alguno preguntaba por qué habían disparado: más atrás había un supermercado con las cortinas golpeadas pero todavía cerradas. Bajaron un cricket de la parte de atrás de la camioneta. Con Mara nos recostamos debajo del camión, con las bicicletas detrás, a la espera de que entraran en el negocio para huir. Cuando lograron insertar el gato y elevar unos centímetros la

cortina, sonó un disparo y uno de ellos gritó mientras aparecía una mancha de sangre en su hombro. Los demás se tiraron al piso y comenzaron a disparar al interior, a través de la cortina, en una ráfaga. Otro de ellos cayó, pero por la herida y dónde se encontraba, calculé que había sido fuego amigo.

Los estallidos duraron unos segundos, tal vez un minuto, y cesaron. Del interior no salía ningún ruido. Uno de los chicos de la camioneta, que había arrastrado al primer herido detrás de un auto, volvió con una botella en la mano con un trapo colgando de su pico; la encendió y luego la lanzó por la rendija abierta. De adentro salió una llamarada. El fuego comenzó a expandirse. Al retroceder un poco por el calor, vieron que el segundo herido quedaba tirado en el piso y comenzó una discusión a los gritos en busca del responsable. La discusión crecía, se tornaba violenta, pero se interrumpió cuando uno de ellos, con una gorra plateada, confirmó que el caído ya no respiraba. Durante unos minutos esperaron sentados detrás de la camioneta, con las armas en alto, la salida de quien les había disparado desde el interior. Como el fuego seguía creciendo se aburrieron, prendieron cigarrillos y, finalmente, subieron a la camioneta al primer herido y partieron.

Esperamos un poco más. El camión debajo del cual nos escondimos transportaba bidones de agua. Revisamos varios y juntamos suficiente como para beber y volver a cargar nuestras botellas. Orinamos por turnos en un costado del camión, mientras el otro vigilaba. Luego subimos a las bicicletas con la idea de evitar las avenidas de donde a veces nos llegaba el ruido de algún motor o una explosión. No llevábamos ni una hora desde nuestra salida de la casa, pero estábamos agotados por la tensión.

Seguimos avanzando en silencio, cruzamos las vías por la calle Paraguay. Me asomé por Juan B. Justo antes de cruzar. Avanzamos por las calles internas. Yo iba atento a los negocios especulando con conseguir algo de comida cuando nos hiciera falta, pero estaban siempre abiertos, con las ventanas y puertas rotas, el interior arrasado. No tenía sentido acercarnos a mirar: teníamos la mochila cargada de comida y, sobre todo, bebida. Recordé el chiste sobre la necesidad de inventar agua deshidratada.

Por suerte había comenzado a refrescar. Ya era marzo, el calor no era tan intenso y el agua alcanzaría otro par de días. El fresco,

imaginé, tendría otra ventaja: disminuir el olor a podrido circundante. En algunos lugares la basura se acumulaba y pedazos de bolsas volaban por todas partes. Lo que resultaba sorprendente era la falta de señales de vida humana. Quería comentárselo a Mara, pero era difícil mantener un diálogo entre bicicletas mientras esquivábamos pozos, objetos abandonados y cuerpos. Los ruidos eran pocos, mínimos; la única evidencia de que había gente era alguna figura semiescondida en un balcón observándonos. ¿Dónde estaban? ¿Habrían partido a refugiarse a algún lado? ¿Estarían agonizando en sus casas? El olor a quemado nos hizo detener cuando nos disponíamos a cruzar la avenida Cabildo. Me asomé en la esquina. A lo lejos vi un humo negro ascendiendo; parecía provenir de un choque múltiple entre colectivos y varios autos. El incendio aparentaba viejo, no quedaban llamas y un par de edificios estaban negros. Alrededor se veían cuerpos carbonizados. Le dije a Mara que avanzara sin mirar, pero apenas terminamos de cruzar la calle reconocí a dos ancianos estrellados contra el piso: probablemente se habían lanzado desde un balcón. A su alrededor había plumas de paloma y unos huesitos blancos. Ya había visto otros en nuestro recorrido, pero finalmente pude fijar mi atención en ellos y comprender: las palomas eran el único animal disponible en abundancia para comer en la ciudad. De hecho, casi no se veían palomas vivas.

Más adelante encontramos más cuerpos tirados, algunos con heridas otros despedazados. Imaginé a los perros medio muertos de hambre rompiendo tabúes y ensañándose con esa carne prohibida. ¿Qué había pasado por allí? ¿Por qué había tantos cuerpos abandonados? ¿Una ola de violencia y suicidios? ¿En los barrios acomodados tenían mucho más para perder y el pánico los había llevado a la violencia en masa, a la desesperación? Era imposible saberlo, pero dos disparos lejanos nos hicieron acelerar entre los cuerpos y doblar en la esquina. Con el tiempo me acostumbraría a una curiosidad permanentemente insatisfecha. Desde hacía días las cosas más extrañas ocurrían delante de mis ojos; mi mente, acostumbrada a buscar los porqué, trataba de elaborar teorías, pero no había respuestas.

Escuchamos más disparos lejanos, como si hubiera estallado un enfrentamiento. No nos quedamos a averiguar qué pasaba y

apuramos el ritmo durante cerca de media hora. Llegamos finalmente a la General Paz. Al cruzar estaríamos ya fuera de lo más denso de la ciudad, en zona de casas, algo que, al menos estadísticamente, debería implicar menos gente y menos peligro. Cruzamos por debajo de un puente, siempre atentos a cualquier amenaza. Una sirena ululó por encima de nuestras cabezas. ¿Qué significaba? Otra pregunta sin respuesta. Llamar la atención de esa manera no parecía una buena idea. ¿Quedaba alguien con suficiente poder como para legitimar una sirena? Una vez que pasó nos asomamos por el otro lado y avanzamos por las calles de Florida. La mayoría de las casas tenían las puertas abiertas con violencia, rotas, dobladas y un par de cuadras más adelante vimos más cuerpos tirados, amontonados en pocos metros. ¿Los habrían asaltado los vecinos? ¿Tal vez gente de algún barrio cercano pensó en paliar el hambre con la promesa de abundancia de esas casas? Más adelante una manzana completa estaba en llamas.

Cuando llevábamos recorridos cuatro o cinco kilómetros desde la General Paz, nos detuvimos en una sombra larga, de atardecer, a descansar y tomar agua. Un poco más adelante había una camioneta gris, tipo utilitario, estacionada sobre la vereda frente al garaje de una casa. Tenía la puerta del baúl abierta; en el portaequipaje del techo había un bulto tentador, tapado con una lona. Después de tanto saqueo ver ese síntoma de abundancia era una rareza. Le hice señas a Mara de que esperara mientras me acercaba a investigar. El silencio en la calle era total, excepto por el cotorreo de los loros en un árbol cercano. Avancé pegado a las rejas de las casas. Estaba a unos tres o cuatro metros cuando alcancé a ver la puerta del garaje también abierta. No salía ningún ruido del interior. Solo entonces sentí el motor encendido y me tiré al piso. Desde esa posición llegué a ver del otro lado del auto al menos dos cuerpos tirados y manchas de sangre. Me quedé esperando algún movimiento, pero no pasó nada y decidí acercarme más, arrastrándome. Cuando llegué a la camioneta abrí la puerta del acompañante, entré y con cuidado pasé al volante. El corazón parecía bombear adrenalina pura. Me asomé por la ventanilla abierta del lado del conductor y vi los cuerpos de tres hombres mayores que yo tirados en el piso. El más grande, de espaldas anchas y algo gordo, debía tener cerca de cincuenta años, mucho pelo blanco; de su pecho salía el mango de un cuchillo, un

tramontina. A su lado había dos hombres que parecían más jóvenes, aunque no se llegaba a ver bien sus rostros porque estaban boca abajo, uno de ellos muy próximo a la camioneta, como estirado hacia adelante. Ambos yacían sobre un charco de sangre pero no se veían las heridas. Había una pistola en el piso. Sin pensarlo abrí la segunda puerta, tomé la pistola. Volví adentro, tomé el volante saqué la camioneta marcha atrás lentamente. Mi atención estaba en el interior de la casa. Mara me recibió con la cara congestionada por los gritos contenidos. Bajé rápido:

—Atemos las bicicletas arriba—le dije.

No respondió, pero me hizo caso y las acomodamos como pudimos sobre el bulto del portaequipaje. Los bolsos entraron en la parte de atrás de la camioneta, donde al parecer habían dejado espacio para pasajeros. La idea me hizo apurar aún más. Salí a toda velocidad nuevamente hacia el norte. Miré el medidor de la nafta: quedaba más de la mitad del tanque.

12

Con la camioneta avanzamos más rápido, pero no demasiado. Teníamos un botín visible y tentador, así que nos mantuvimos circulando por calles pequeñas. En varias ocasiones debimos retroceder y buscar un camino alternativo porque un camión cruzado, restos de un incendio o algún otro obstáculo nos impedían seguir adelante. Mientras tanto Mara revisó el contenido de la parte trasera de la camioneta: había conservas de choclo, arvejas, tomates, también manzanas y naranjas un poco pasadas, pero todavía comestibles. Mordí la primera manzana en semanas. Parecían meses: ¿cuánto tiempo había pasado realmente? Prendimos la radio, escaneamos en busca de alguna emisora, pero solo encontramos un poco de estática.

¿Dónde estaba la gente? ¿Dónde habían ido a parar las millones de personas de la ciudad? Durante la huida vimos cuerpos tirados en cantidad, sentimos olor a putrefacción, pero aun así me parecían pocos para una ciudad de quince millones de habitantes. ¿Habrían huido? ¿Dónde se amontonaban?

Parte de la respuesta, al menos una muestra representativa, la tuvimos al intentar cruzar Libertador: los autos taponaban las calles hasta donde llegaba la vista. Era un embotellamiento, el último para muchos conductores y pasajeros, a juzgar por la cantidad de cuerpos, algunos calcinados y que, evidentemente, llevaban ahí varios días. Había autos chocados de frente por el carril que iba hacia la ciudad. La imposibilidad de avanzar había generado peleas desesperadas, vidrios rotos, sangre en el piso, gente atropellada... no quisimos ver más. Imaginé cómo estarían los accesos por autopista a la ciudad: retrocedimos al menos diez cuadras para poder tomar una calle del otro lado de avenida Santa Fe y avanzar nuevamente hacia el Delta. El resto del viaje fue tranquilo: solo

escuchamos algunos disparos lejanos y una ventana desde la que salía una música a todo volumen. ¿Por qué alguien lo escuchaba a ese volumen? ¿Tal vez un despertador a pilas que se negaba a abandonar su trabajo? Unos kilómetros más adelante vi una mano asomada de un balcón. Me pareció que se movía y hasta vi un rostro espiando detrás de unas macetas. Al acelerar pasé por arriba de unos cuerpos pequeños en el piso.

Cuando llegamos a San Fernando nos enfrentamos a un problema obvio pero que no habíamos pensado: ¿cómo llegar a las islas? Teníamos una ligera idea de dónde estaba el camping y cómo llegar remando, aunque no estábamos seguros. Pensamos en ir a una guardería, buscar una lancha y rogar que las llaves estuvieran a mano porque nos resultaría imposible hacerla arrancar de otra manera. Ya estaba anocheciendo y decidimos meternos en una calle sin salida en busca de un lugar para dormir. A cincuenta metros había una casa con el garaje abierto. Acercamos la camioneta muy despacio. Recordé la pistola: la miré, probé el mecanismo como hacen en las películas y comprendí cómo se usaba. La abrí: tenía dos balas. Mara me miró.

—¿Qué vas a hacer?

—Si pensamos quedarnos acá tengo que revisar que no haya nadie en la casa.

—Toquemos el timbre.

No sabía cuál de las respuestas posibles darle. Elegí la más simple: –No hay luz.

—Aplaudamos.

—Va a venir el barrio entero a dispararnos. Dejame. Ya vuelvo —Antes de irme le pasé una pala que estaba en la camioneta para defenderse. Me miró sin entender y yo bajé.

Abrí la puerta del garaje que daba a la casa. Me sorprendí a mí mismo preguntando en voz alta: —¿Hay alguien?

Escuché un ruido a mi espalda y me di vuelta rápidamente: era Mara, que me seguía con la pala en alto. Recordé toda la gente que muere o mata sin querer por tener armas en la mano. Nos asomamos a la cocina. La luz entraba por un ventanal trasero que daba a un pequeño jardín descuidado. Había una mesa de fórmica, un par de sillas de caño y otras de plástico rojo. Sobre las hornallas descansaban una pava y algunas ollas. A la izquierda la heladera y

más allá una puerta. Me asomé: en el living no se veía nada excepto el sillón, una pantalla colgando de la pared y conectada a otros dispositivos a través de varios cables. Entramos y vimos al costado un comedor desierto, con una mesa grande y fotos sobre una repisa. Habría sido una sala típica, con sus fotos y adornos, de no ser por un manchón negro en el piso, debajo de la ventana, con carbones y restos de brasas apagadas. En uno de los rincones nacía una escalera de cemento con escalones recubiertos de madera gastada. Nos quedamos en silencio; de arriba no provenía ningún sonido y solo escuchamos nuestras respiraciones pesadas. Subí la escalera lentamente, pero los crujidos que producía la madera al pisarla sonaban como explosiones. Cuando mi cabeza alcanzó la planta superior pude ver cuatro puertas. Por una de ellas se veía un inodoro. La segunda estaba medio abierta. Me asomé: era un cuarto infantil, de niña. En una cama llegué a ver los pies de su probable dueña: ahora no sé por qué estuve tan seguro de que estaba muerta. Entré en los otros cuartos. No había nadie. Cuando volví hacia la escalera vi a Mara asomada al cuarto de la nena. Me acerqué. No debía tener más de diez años. Parecía dormida, salvo por la palidez y la expresión rígida de su rostro. Mara lloraba. Me desesperé. Empecé a decirle cosas horribles, si quería vivir o prefería que nos matáramos ahí mismo, que no podíamos sufrir por los millones de muertos. Le ofrecí buscar pastillas en el baño o hacer un par de horcas con las sábanas. Me gritó que me callara. Le hice caso, consciente también del ruido que producíamos.

Bajamos dos colchones de las camas del primer piso al living, cerré el garage y preparamos un poco de pollo que estaba en el freezer, descongelado pero todavía frío y envasado al vacío. Lo cociné en una sartén con aceite y algunas especias gracias al fuego alimentado con los restos de una silla. También encontramos una botella de vino y la tomamos entre los dos como reaseguro para el sueño. Fue inútil: hasta el amanecer estuve preguntándome si la mayoría de la gente no habría tomado la decisión de quitarse la vida en sus casas.

13

Mara me despertó con un beso y cierta urgencia. No sé de dónde sacaba esa reserva de amor, pero era parte de mi dieta para sobrevivir. El sol se veía alto por la ventana de la cocina. Tomamos agua y sacamos de la alacena unas galletitas humedecidas como único y apurado desayuno antes de seguir viaje. De afuera venía un silencio desolador, capaz de irrumpir en la cocina cada vez que nos deteníamos.

Salimos de la casa, cargamos en el auto las pocas cosas bajadas la noche anterior y arrancamos en dirección a la costa. Nuestro objetivo era encontrar una guardería de lanchas. No fue difícil: apenas divisamos las aguas marrones del río, asomó un inmenso hangar de zinc. Sobre una pared, en pintura roja, aparecía el nombre de la guardería subrayado por una lancha que parecía desplazarse a toda velocidad. Nos acercamos. Aprovechamos la barrera alta para entrar al estacionamiento. Había diez autos estacionados. ¿Ya habrían pasado muchos con la misma idea que nosotros? ¿Serían de trabajadores? Imposible saberlo. Discutimos si descargar o si sería mejor asegurarnos primero alguna lancha en funcionamiento. Yo no podía sacarme de la nuca la sensación de ser observado. Finalmente llevamos solo las mochilas. Volví a tomar la pistola y la coloqué en mi cinturón ostensiblemente; esta vez Mara no dijo nada.

Pasamos por debajo de la segunda barrera, la cual conducía a la entrada del galpón que miraba hacia el río. En un costado de la entrada estaba la garita: vacía. En una pared colgaba un casillero con las llaves numeradas. Las lanchas estaban almacenadas en estantes gigantescos y para bajarlas se necesitaba poner en marcha el puente grúa, pero no había electricidad. Busqué con la mirada algún grupo electrógeno. No lo encontré y no importaba porque no

tenía idea de cómo encenderlo. Pensamos en bajar alguna de las que estaban en el primer estante, empujarla hasta el agua, que, por suerte, estaba bastante alta. Cerca de la puerta había dos lanchas pequeñas caídas en el piso, como si alguien hubiera intentado bajarlas a los empujones. El casco de una estaba abollado, tal vez quebrado.

Estaba pensando cómo resolver el problema cuando Mara me señaló unos barcos algo más grandes que flotaban en el río, amarrados en un espacio protegido del oleaje por una escollera de cemento. Tenían mástiles con las velas recogidas y envueltas en telas de ese azul brillante que siempre asocié a la riqueza. Podíamos usar los botes a remo amarrados en la guardería para llegar a ellos. Uno de los barcos más cercanos, que debía tener unos diez o doce metros de largo, se llamaba “Saludes” y estaba en el amarradero quince. Lo mejor sería encontrar la llave adecuada, buscar las cosas, subirlas al bote y luego ir al barco. Un llavero con el nombre de la embarcación colgaba debajo del quince en el tablero. Lo tomé.

Volvimos al auto, lo acercamos tras abrir la segunda barrera y conduje hasta el borde del agua; cargamos lo que pudimos en el bote a remo y nos subimos, apurados, como huyendo de un peligro invisible y, por lo tanto, omnipresente. Por momentos me sentía ridículo con tantas precauciones: a nuestro alrededor solo se escuchaba el ruido de los pájaros y el viento. Remamos un poco y llegamos al Saludes. Una de las llaves me permitió abrir la cabina y nos metimos en el interior. Era un barco pequeño pero hermoso: dentro había una cocina mínima, con una mesa y un sillón de cuerina blanca que podía transformarse en cama. Cada pieza encajaba en el espacio con ese tipo de elegancia que acaricia vista, olfato, tacto y hasta oído. Más allá, detrás de una puerta muy pequeña se veía un camarote con una cama de sábanas blancas asomando sobre un cobertor también blanco, pero con anclas azules impresas. Si bien era pequeño, yo entraba casi erguido. Me enamoré al instante de ese barco, aunque era mi primera experiencia dentro de uno con lujo de tan buen gusto, casi austero en su magnificencia. Probé el motor: arrancó al primer intento con un ronroneo agradable. Lo apagué.

Descargamos el bote, acomodamos las cosas en el interior y nos sentamos a tomar un poco más de agua. Ya era el mediodía y el sol

pegaba fuerte. Encendí el motor nuevamente y comencé a maniobrar con la palanca, que, a todas luces, era el acelerador. El asunto no parecía tener demasiada complejidad. Al acelerar el sonido del motor apenas aumentó sin dañar ese silencio frágil e inquietante que nos rodeaba. Soltamos las amarras y luego de un par de golpes contra los barcos cercanos amortiguados por Mara desde la proa con un palo largo, salimos al río Luján. Con el camino más despejado presté atención al agua. Lo que al principio me habían parecido troncos flotando comenzó a mostrar su verdadera naturaleza: eran cuerpos. Había decenas de ellos hasta donde me llegaba la vista. En grupos o aislados, calculé centenas. Tal vez más. Sé que no todos los cuerpos flotan, pero, ¿en qué porcentaje lo hacen? ¿Cuántos hundidos habría por cada uno visible en el color marrón de la superficie? ¿Cómo habían llegado? ¿De qué habrían muerto? Mara estaba concentrada acomodando algunas cosas y ordenando las cajas de la comida. Sentí hambre.

Nunca había manejado en el agua, pero parecía muy simple: el agua fluía tranquila y el viento era apenas una briza. Tenía una vaga idea de cuál era el río Sarmiento y dónde se encontraba el camping de nuestras vacaciones, pero comenzamos a discutir con Mara acerca de dónde sería mejor irnos.

—Buscamos una casa en buen estado e intentamos entrar—era un comentario que solo esperaba confirmación.

—Vayamos lejos. Debe estar lleno de desesperados esto.

—Nos vamos a quedar sin comida. Si vamos lejos no vamos a poder buscar nada en el continente.

—Ya viste que en el continente no queda nada. Y lo que quede va a ser incomible dentro de poco. Vamos a tener que producir nuestra comida.

—No tenemos ni semillas. Somos un desastre como supervivientes.

—¿De dónde querías sacar semillas? No deben quedar en ningún lado. Tenemos algunas verduras, yo guardé algunas semillas del zapallo del otro día. —No me ilusioné. Nuestra mayor experiencia en agricultura venía de las germinaciones de la primaria y las visitas al campo de transición.

—De chico yo pesqué un par de veces. Algo debe haber. —Me detuve—. Pero no agarré ninguna caña.

Mara me señaló un rincón del camarote en el que se veían varias y una caja verde oliva. La abrió y encontró todo tipo de anzuelos.

—Si nos vamos muy lejos, nos vamos a quedar sin nafta para volver. —Apenas terminé de decirlo miré el medidor de combustible: estaba en cero. Pocos metros más adelante el motor empezó a toser y se detuvo. Me desesperé buscando algún bidón hasta que finalmente lo encontré bajo una tapa, cerca del motor: estaba vacío.

Quedamos a la deriva, aunque los movimientos del Luján apenas alcanzaban para acunarnos. Miré la costa. Se veía tranquila. Me pareció vislumbrar el paso de un auto por una bocacalle. La corriente nos llevaba muy despacio hacia el sudeste, al Río de la Plata. Temí terminar en el mar y no poder salir nunca más. Sería una forma realmente estúpida de morir después de tanto esfuerzo. Mara contó por primera vez que sabía algo sobre navegación a vela: había aprendido de chica, con su padre. Eso había sido cerca de veinte años antes, pero recordaba algunos principios básicos y comenzó a darme órdenes mientras desplegaba una de las velas. La obedecí: con motor yo era el capitán natural por saber conducir; con velas, al parecer, era ella.

La ayudé con las sogas y las fundas de uno de los mástiles hasta que finalmente logramos liberar una vela y elevarla. Me sorprendí de que, pese a que casi no se sentía viento, se hinchara rápidamente. El barco se puso en movimiento, aunque con rumbo a la costa. Corrí al timón y bajo las órdenes de la capitana nos dirigimos aproximadamente hacia donde queríamos. Si no lográbamos controlarlo, tendríamos que nadar. Le dije a Mara que sería mejor ir hacia un río menos ancho que asomaba a nuestra derecha, pero el viento venía de costado. Mara me hizo hacer un par de giros, el viento nos golpeó alternativamente de cada lado de la nave haciéndola oscilar hasta que finalmente la vela se hinchó con decisión y se hizo más fácil sostener el rumbo. Haciendo zig-zag nos acercamos hasta la entrada de agua. Una vez dentro de ese río, también ancho pero no tanto como el Luján, el viento amainó y la nave se movió más despacio; aun así resultaba difícil esquivar los muelles asomados sobre el agua. Me hacían maniobrar constantemente para no chocar y la vela flameaba como protestando. Mara usaba un remo largo para alejarnos de los

bordes. Luego doblamos a la derecha por otro río más ancho y con menos muelles. Al recuperar cierto control noté una sed que me devoraba y mi remera transpirada. Mara me acercó una botella de agua sin que le dijera nada y bebió de otra.

Avanzábamos lento y comenzamos a sentir hambre. En un recodo aprovechamos un muelle largo para recoger las velas, amarrar y comer. Nos quedamos mirando el río en silencio, con los pies colgando mientras vaciábamos unas latas de arvejas. Llegábamos a ver siete u ocho casas no demasiado lujosas, algunas semicubiertas por una vegetación descontrolada. El monte crecía sin limitaciones por todos lados; por eso me llamó la atención un terreno más alejado, a unos cien metros, donde distinguí un sendero con el césped aplastado saliendo desde el muelle. Allí debía vivir gente, aunque no se veía ningún movimiento.

Se estaba tan bien allí que nos quedamos un rato más para tomar un café gracias a la máquina de expreso del Saludes. Era delicioso y había tres paquetes de reserva en la alacena. No teníamos idea de qué pasaría con nosotros pero sentí que disfrutábamos del viaje. Cuando terminamos, el sol ya estaba acercándose al horizonte. Por suerte, del otro lado del cielo ya asomaba una luna grande, casi llena, que serviría para iluminar el camino. Desplegamos nuevamente la vela y retomamos viaje con la tranquilidad que brinda un estómago recién atendido. Mara se sentó y de repente me dieron ganas de reírme: en medio del apocalipsis estábamos en un velero, yo conduciendo como si supiera, con el estómago lleno y con el sabor en la boca de uno de los mejores cafés que hubiera probado en mi vida... Recordé mis lecturas envidiosas sobre legiones de audaces que daban la vuelta al mundo en veleros. Siempre los admiré y soñé con hacer algo así en otra vida: en esa no tendría ningún tipo de traba moral para hacer dinero, comprarme un barco y salir hacia el oeste a dar la vuelta completa y agregar un día en mi vida como los personajes de *La vuelta al mundo en ochenta días*. ¿Y si lo intentábamos ahora? ¿Qué podíamos perder?

El ruido de un motor me sacó de mis delirios. Miré hacia atrás y adelante, pero no se veía a nadie, a pesar de que el ruido sonaba cercano. Finalmente, en una casa que acabábamos de pasar se encendió una luz: tenían un generador y lo habían encendido.

¿Quién viviría ahí? ¿Estarían preparados para resistir y luego, incluso, sobrevivir? Mara me pidió que diéramos la vuelta para visitarlos, preguntarles qué sabían. Podríamos hacerlo desde el barco. A pesar de mis protestas comenzó a recoger la vela, pero enseguida sonó una explosión, como un disparo. Desplegamos la vela de nuevo sin perder tiempo. Seguimos viaje agachados dentro del barco. Me pareció ver una sombra en una de las ventanas que quedaba atrás, medio tapada por los árboles. Nadie salió de la casa: imaginé, en medio de mi propio pánico, que estaban tan asustados como nosotros.

Más adelante solo se veía monte. Salimos a un río muy ancho: dudé si habíamos dado una vuelta para salir nuevamente al Luján. Del lado de enfrente se metía otro curso de agua. Me pareció la única alternativa y como el viento, ahora más fuerte, soplaba hacia ese lado, seguí adelante. El lugar tenía algo extraño: se veían estacadas nuevas en los costados para contener la erosión del agua, pero ninguna casa. Los árboles estaban crecidos y el monte parecía impenetrable: ¿qué hacían esas estacadas? ¿Para qué estaban? Avanzamos diez o quince minutos, tal vez más, pero el paisaje seguía con un aspecto abandonado. Unos kilómetros más adelante el río se hacía repentinamente más angosto y parecía morir en un pantano; también se terminaba la estacada que lo contenía. Arriamos las velas para no encallar. Discutimos qué hacer. Era tarde y no se veía ningún muelle donde amarrar. Cuando estábamos a punto de tirar el ancla y pasar la noche en el barco, me pareció ver una plataforma flotante a la luz de la luna, a menos de cincuenta metros de donde estábamos. Avanzamos hacia allí, pero el Saludes tocó fondo y encalló. El silencio era total, excepto por el ruido de los sapos, los grillos y algunos mosquitos que comenzaron a zumbar cerca de nuestros oídos. Mara usó el repelente que había encontrado en la lancha y luego me lo pasó. Comprendí que había decidido bajar. Me pregunté cómo podríamos vivir en el Delta sin repelente para mosquitos. Sería imposible no enloquecer. No lo habíamos pensado.

Me saqué los borceguíes. Al salir de casa había elegido ese calzado, convencido de que debíamos equiparnos con lo más resistente para sobrevivir y lo mejor sería proteger mis pies. Me llevaba tanto tiempo quitarlos y ponerlos que había dormido con

ellos por si debíamos huir. Mis pies estaban doloridos e hinchados y, a pesar del frío del agua, sentí alivio. Avancé como pude en el barro del lecho, hundido hasta las pantorrillas y con el agua hasta el ombligo.

Llegamos a la rampa, armada en forma rudimentaria con unas maderas clavadas, unida a dos postes por cadenas y apoyada sobre unos tanques plásticos flotantes de doscientos litros. Mara subió con agilidad. Me costó un esfuerzo enorme sacar las piernas de la sopapa de barro que era el lecho. Con gran esfuerzo me tomé de las maderas de la rampa e hice fuerza para sacar ambos pies como quien descorcha una botella.

Mara caminaba hacia la sombra de una casa o un galpón, a juzgar por la falta de ventanas y su precariedad. Avanzaba decidida. Dudé si esa audacia escondería una repentina voluntad por morir. Saqué la pistola que había llevado sobre mi cabeza y me apuré. Subimos la escalera: el interior estaba apenas iluminado por la luz de la luna. Parecía un depósito de herramientas. Sin duda estaríamos más cómodos y con menos mosquitos en el estrecho camarote del Saludes. Bajamos. La noche estaba fría y con olores cada vez más intensos. Volví a sentir hambre: durante años me había malacostumbrado a cuatro comidas diarias y mi cuerpo se negaba a aceptar menos.

Volvimos al Saludes y antes de subir lo alejé de la costa con la esperanza de que en el medio del río hubiera menos mosquitos. Tiramos el ancla al lecho barroso. En el barco había un anafe con garrafa y ollas, ideales para unos fideos. Nos dimos el lujo de calentar una salsa con una cebolla en un estado más o menos decente que ya ni recordábamos haber traído. Me sentí aliviado: seguramente tendría algo de vitamina C, imprescindible para mantener alejado al escorbuto. Era uno de los fantasmas de mis lecturas infantiles, donde los marineros agotados luego de interminables viajes sin consumir alimentos frescos sufrían por sus encías sangrantes y, más tarde, la pérdida de sus dientes. Comimos en silencio, con algo de frío, agobiados por la incertidumbre que nos apretaba el cuello por momentos hasta dejarnos casi sin respiración.

La noche era hermosa, pero no por eso menos opresiva. Me tiré en la cama y escuché a Mara lavarse los dientes en el ínfimo baño

de la embarcación. Me sorprendí, pero no tenía fuerzas para imitarla. Además no había guardado mi cepillo de dientes. ¿Ella se habría acordado? ¿Usaría la poca agua potable que teníamos para enjuagarse o usaría la del río? ¿Habría visto los cuerpos flotando? Tenía agotada hasta la curiosidad y preferí callarme. Esa noche dormimos profundamente, acunados por el río y el silencio. Como si fuéramos los únicos sobrevivientes del planeta.

Cuento mi historia, pero no cuento todo lo que me pasó; es imposible hacerlo porque toda historia es un recorte, un fragmento. En el mejor de los casos, es un hilo coherente capaz de recoger algunos datos y teñirlos con un sentido más preciso, restringido, para presentar una pintura inteligible. La realidad es, en cambio, más bien borrosa.

Esa dificultad es conocida, pero me refiero también a otra cosa, me refiero a la forma en la que cuento el pasado. Ahora, años después, recorto fragmentos en base a lo que fui descubriendo más tarde, a lo que pasó y, tal vez, a la mirada que tengo ahora de las cosas. Evidentemente no soy el mismo de entonces. Han pasado... ¿quién sabe?, ¿cuatro, cinco inviernos más desde que estuve en el Delta?

Ya no sé quién era ni quién soy. Ya no sé por qué hago las cosas. En el último par de años me reencontré con muchos de los libros que me mencionaron durante los años de universidad. No deja de ser gracioso: Pepo no quería formar a su hijo para un mundo en extinción y yo, ahora, sigo leyendo sobre un mundo extinto y que nunca volverá. Me acuerdo de un docente explicando que los sociólogos se habían quedado sin objeto de estudio. Yo soy un arqueólogo maya descifrando la decadencia de los Mayas. Tengo muchos más datos, pero ni así logro entenderlo. ¿Por qué lo hago? No sé. Tal vez la misma curiosidad motiva a un amante despechado a dar vueltas y vueltas a cada escena, aunque el abandono sea irreparable.

Luego de luchar tanto tiempo por sobrevivir, tengo comida asegurada cada día, agua potable. Las necesidades están nuevamente bajo control y puedo ocuparme de lo que sigue, de los "deseos de segunda generación", del sentido de la vida o como se lo quiera llamar. Y tampoco ahora lo encuentro. Luego de alimentar las gallinas, cosechar lo cosechable, ordeñar las vacas o ayudar a Antonio en alguna reparación, después de dormir la siesta, es el momento de hacer

exactamente lo que quiero. Y no sé qué hacer. O no tengo claro qué podría hacer además de escribir para ordenar mis ideas. Durante un tiempo hice talladuras, pero me corté un dedo (no confié en los ungüentos de Antonio y fui al pueblo en busca de algún desinfectante más potente. Cuando lo encontré, lleno de polvo y vencido hacía años en una farmacia semidestruida, dudé si sería buena idea usarlo). En otro momento logré reparar una radio solar que encontré en una casa (conecté dos cables desoldados como única intervención técnica) pero en la onda corta solo aparecieron palabras en idiomas incomprensibles, en medio de una estática feroz.

Finalmente, aburrido, empecé a leer los libros que quedaban en la biblioteca, traje otros de mis excursiones, algunas a varios kilómetros de distancia. En uno de esos viajes di con la casa de verano de quien fue un profesor de comunicación, a juzgar por el material de lectura de los estantes. De allí fui sacando libros. De leer para obtener alguna explicación de lo que pasaba, pasé a escribir, casi sin darme cuenta, retomando las libretas a las que me aferré durante mi deriva. Así encontré una distracción con aires de trascendencia que le diera un poco de sentido a levantarse cada día para llenar el estómago, lavar el cuerpo, abrigarlo y mantenerlo en funcionamiento. ¿Cuánto tiempo uno puede hacer eso como si fuera un fin en sí mismo? Tal vez, como en la religión, son los hábitos repetidos una y otra vez, los que al final nos hacen creer.

Es algo vergonzoso ponerlo en papel, pero no todos mis intentos fueron tan espirituales, ni altos. Entré por primera vez a la casa de este supuesto profesor en busca de sal, pero me encontré con una colección de una década de revistas Playboy. Iban de mediados de los 70 a mediados de los 80. Junto a ellas encontré mi propio deseo sexual absolutamente olvidado y dediqué largas horas a conocer a esas atractivas jóvenes sin siliconas ni depilación láser que llenaban las páginas y reencontré mi propia capacidad de satisfacción sexual. Después de hacer las tareas de la casa, mientras Antonio hacía la siesta porque el calor apretaba, yo caminaba tres kilómetros o iba a caballo hasta esta casa aislada que se encontraba camino al pueblo y me quedaba hasta poco antes del atardecer. Cuando mi ímpetu decaía, descansaba leyendo notas, cuentos o revisaba la biblioteca recuperando nombres en mi memoria, no sin esfuerzo.

Es gracioso: finalmente me dispongo a escribir como actividad

principal cuando no hay medios para publicar nada, ni lectores disponibles; no imagino a Antonio leyendo interesado mis cuadernos. Escribir resulta entonces una forma meramente espiritual de trascender, casi como rezar a una cruz de madera, pero garabateando letras en papel. Supongo que una persona más normal en mi situación, una vez descartado el suicidio, se habría abocado al consumo descontrolado de drogas, la construcción de un tótem o rituales místicos que tampoco tuvieran alguna probabilidad de darle sentido a las cosas, pero al menos fracasaran en un nivel más elevado de expectativas. En un mundo en destrucción, realmente, la única forma de encontrar un sentido es creyendo en Dios, en alguna vida posterior u otra forma de magia. Pero no soy eso ni puedo serlo.

Antes nos distraíamos corriendo detrás de ese nuevo objeto capaz —esta vez sí— de darnos la felicidad. Nos prometían y les creíamos una y otra vez para aturdirnos, como si no quisiéramos aprender del desengaño. Ahora no quedan posibilidades de aturdimiento, solo un silencio de fin de fiesta donde no hay más placebos. El horizonte está ahí nomás, visible. Hay que caminar lento, disimulando, para no acercarse demasiado a riesgo de caer. O ignorarlo, si es posible, como hacía Antonio.

14

Me desperté repentinamente, eyectado de un sueño profundo. Al recuperar la consciencia miré perplejo el camarote y el río marrón por un ojo de buey. Mara se asustó con mi movimiento brusco. Abrió los ojos. Le sonreí. Me abrazó. Nos quedamos quietos mientras nos sacábamos los últimos restos de sueño, antes de terminar de acordarnos de nosotros mismos.

Preparamos otro café inmejorable. También encontramos azúcar y unas galletas marineras bien envueltas y todavía secas, ideales para mojar en la infusión. Sin decidirlo, nos dispusimos a disfrutar de la falta de urgencias, al menos en el sentido más perentorio de la palabra. Encontré un cuaderno. Solo tenía utilizada la primera página con una lista de compras que incluía un Chivas. Me senté con una lapicera y me sentí un ricachón filosofando en su yate. Terminé el café y preparé otro más, al que agregué leche en polvo, mientras anotaba las novedades de los últimos días. La fecha que puse en esa primera entrada era 27 de marzo, no del todo convencido. Registré lo que había ocurrido en los últimos días con varias reflexiones intermedias y cerré diciendo, algo dramático: “Me siento como en unas vacaciones antes de volver a la pesadilla. Pero ya no hay manera de evitarla”.

Guardé el anotador en una mochilita que hacía dos días me acompañaba a todas partes. Ahí guardaba una botella con agua, galletas, una navaja suiza que me había comprado antes de mi primer campamento y un buzo. Durante los meses siguientes completé ese anotador y otros. El reloj del barco seguía con la inercia de una civilización ya muerta y marcaba las once de la mañana. Debía haber miles de aparatos cumpliendo su tarea como si nada hubiera ocurrido, seguramente algunos reactores nucleares también. ¿O alguien los habría apagado con cuidado, para evitarle

mayores daños al planeta? ¿Cuánto tiempo lleva apagar un reactor sin que explote?

Nos costó salir de nuestra burbuja y reconocer que había decisiones importantes por tomar. ¿Debíamos investigar la zona y ver si encontrábamos una casa amable donde quedarnos? Necesitábamos agua potable o forma de potabilizarla. Intenté recordar si el agua de lluvia era bebible. Mara insistía en que producía diarreas, aunque no recordaba de dónde lo había sacado. Yo supuse que sería como agua destilada, sin ningún mineral, pero que serviría para mantenernos hidratados. En aquel entonces aún conservaba el reflejo de buscar información en internet sobre lo que desconocía. Me frustré una vez más.

Otra posibilidad era ir hacia zonas con más casas y elegir una que se adaptara a nuestras necesidades, pero eso implicaba el riesgo de encontrar otros vecinos desconfiados y armados, o que alguna persona desesperada notara nuestra presencia y nos quisiera robar... lo que ya habíamos robado nosotros. La idea de propiedad privada que da sentido al robo se había extraviado totalmente.

Una tercera posibilidad era quedarnos en el barco y movernos tomando lo que necesitáramos de cada lugar. El Saludes era cómodo, estaba bien provisto, pero un cálculo rápido nos indicó que nos quedaba agua para quince días, racionando mucho y si no volvía el calor. La comida podría servir tres semanas, tal vez un mes, con suerte. Finalmente optamos por salir a reconocer la isla. La noche anterior nos había parecido ver una senda en el monte, saliendo desde la parte trasera del galpón. Tal vez por allí llegaríamos a la casa principal; lo mejor sería averiguarlo antes de partir. Cargamos algo de comida, un poco de agua, además de la pistola de la cual ya no me separaba. Volvimos a acercarnos a la costa: como la marea estaba alta desembarcamos directamente sobre la rampa. Bajamos, amarramos y volvimos a acercarnos al depósito. Subimos la escalera y dimos otra mirada al interior aprovechando la luz, pero no descubrimos nada nuevo, excepto por unos alambres de púa en un rincón invisible la noche anterior y un machete que recogí por si acaso. Bajamos nuevamente y caminamos buscando el sendero.

Si bien el pasto había crecido —las ramas de los arbustos que se nos cruzaban eran jóvenes y flexibles— el camino todavía estaba

apisonado y con pocos brotes. Avanzamos unos trescientos metros por el monte usando a veces el machete para despejar el camino y las manos para espantar la nube salvaje de mosquitos que nos perseguía pese al repelente. Yo le había pedido a Mara que moderara su uso. "¿Para que dure hasta cuándo?", me preguntó. No le contesté.

Finalmente salimos a un arroyo o un canal artificial, suficientemente ancho como para un bote, al menos durante las crecidas. Bordeándolo llegamos a un claro amplio. A cincuenta metros de su comienzo vimos una casa de madera, de techo de chapa a dos aguas cubierto de paneles solares. Era linda desde su simpleza. La rodeaba un parque con el césped también crecido hasta la altura de mis rodillas, pero evidentemente cuidado y despejado de arbustos. Sobre la puerta se leía "Islandia" en un cartel verde y con letras que intentaban ser prolijas.

Con Mara discutimos qué hacer una vez más: si gritar para que salieran eventuales visitantes o acercarnos y espiar en silencio. Estuvimos unos diez minutos discutiendo en voz baja en espera de una señal desde el interior, pero los mosquitos nos empujaron a la acción. Mara tenía un ojo semicerrado por una picadura. En el botiquín del barco seguramente habría algún antihistamínico, pero primero decidimos acercarnos a ver la casa de cerca. Caminamos agachados unos cuarenta metros hasta el borde de la escalera. Nos quedamos en silencio a la espera de algún ruido. Nada. Cuando subimos, los escalones crujieron. Llegamos al deck y me acerqué a la puerta con el machete en la mano. Le tenía más confianza que a la pistola. Mara llevaba un palo grueso en la mano. Intenté girar el picaporte, pero estaba cerrado con llave. Fuimos hasta el límite del deck donde había una ventana, pero también estaba cerrada. Del interior llegó un llanto sordo. Instintivamente retrocedí y comencé a correr hacia la escalera. Llegué a bajar dos o tres escalones, pero noté que Mara no me seguía. El llanto sonó más fuerte.

—Es un perro. Un perro con hambre—me dijo en tono seguro.

Para mi sorpresa fue hasta la ventana, corrió el mosquitero, rompió el vidrio con el palo y metió la mano para quitar la traba. De adentro salió un ladrido ahogado, incapaz de asustar a nadie. Mara se metió en la casa sin mirarme y me quedé dudando si seguirla. Me asomé y llegué a ver una cocina revuelta, un

almohadón que parecía medio masticado, algunas herramientas sobre la mesada, una heladera, sillas... pero no se veía ni a Mara ni al perro. Escuché la entrada principal abriéndose y volví sobre mis pasos. Entré y ahí estaba Mara con un perro flaco, negro, mediano, callejero y con manchones pelados en su piel. Mara le estaba poniendo agua de su botella en un plato. Recién entonces sentí el olor brutal del lugar, producto de la mierda del perro acumulada en los rincones. Mara no dio señales de sentirlo y volvió de la cocina con una bolsa de comida balanceada que sirvió en otro plato.

—Estaba sobre la heladera —me dijo.

Recorrí la casa y confirmé que nadie podría vivir en ese olor. Entré en las dos habitaciones que se comunicaban con la sala de estar. Como tenían las puertas cerradas estaban más limpias. En una de ellas había una cama y un escritorio grande con una computadora de monitor gigante y a su lado un tablero de arquitecto. Era una mezcla de habitación y lugar de trabajo. La otra tenía dos camas marineras, un placard con ropa de trabajo de hombre y unos cascos. Encontré un diario de principios de año sobre la mesa: en la tapa dos jugadores se disputaban la pelota. Quien hubiera vivido allí había salido hacía tiempo, tal vez un mes, después de encerrar al perro con comida. Probablemente pensaba volver pronto, pero la realidad le había cambiado los planes. ¿O estaría intentándolo todavía?

El perro calmó su hambre y su sed. Comenzó a girar alrededor de nosotros como agradecido, pero estaba tan débil que poco después vomitó al menos una parte de lo que había comido y se acostó. Se durmió luego de un par de caricias de Mara. Debía gustarle mucho ese perro: apestaba.

Recorrimos la casa. Nuestra mayor sorpresa fue escuchar el encendido automático de la heladera. ¿Cómo era posible? Encontramos bastante comida en las alacenas. En la heladera había algunas frutas y verduras en distintos estados de putrefacción. Solo pudimos rescatar un queso al que le sacamos los hongos y un salame que comimos primero con desconfianza y luego con desesperación. En el freezer encontramos bastante carne y algo que parecía ser un pescado del río y queso, todavía en buen estado. En las alacenas también había fideos, latas de conservas.

Busqué en el botiquín del baño algún antihistamínico para el ojo

de Mara, pero no encontré nada. De cualquier manera la inflamación parecía haberse detenido y solo era un bulto en su párpado izquierdo. Mientras la miraba de cerca, Mara me señaló la pared de la cocina, detrás de mí: había un interruptor sobre la bacha de la cocina que decía, escrito a lápiz y con letra muy prolija, “agua potable”. Lo encendimos: arrancó un motor. Encima del interruptor había un tanque pequeño, de unos diez litros, adosado a la pared y del que salía una canilla delgada. La abrimos y después de un par de burbujas y estornudos, comenzó a salir un agua clara; la probé y parecía perfecta, fresca, como recién extraída de un pozo. Entusiasmado y sediento por el salame, tomé un vaso entero para verificar, en algunas horas, si escondía algún peligro. No había otra forma de comprobarlo. Le dije a Mara que bebiera de la cantimplora hasta estar seguros. Si realmente el agua era potable, no quedaba duda de que ese era nuestro lugar en el mundo. Por otro lado, nuestro tesoro podía tentar a quienes supieran de su existencia. Salimos afuera, bajamos la escalera y comprendimos cómo funcionaba el sistema que nos salvaría la vida: debajo de la cocina, un caño verde llegaba hasta un motor del que salía otro caño que se hundía en la tierra, seguramente el responsable de traer el agua de alguna napa limpia. Los cables de alimentación viajaban pegados a la pared hasta los paneles del techo.

El terreno parecía rellenado, porque debajo de la casa estaba bastante seco, como si las mareas habituales no llegaran a cubrirlo. Durante nuestra visita al camping dos años antes, me había preocupado bastante la posibilidad de una crecida que inundara la carpa. El encargado me tranquilizó: señaló las estacadas. Hacía diez años los habían reforzado y elevado para rellenar el terreno con barro desde una draga que lo chupaba del lecho. Después se debía dejar secar durante un par de meses. “Solo las crecidas más grandes llegan a cubrirlo”, me explicó. Era la forma habitual, si tenías el dinero, de no vivir siempre entre el barro.

Seguimos dando la vuelta, reconociendo el terreno, hasta llegar a la parte trasera de la casa. A unos cincuenta metros había un rancho desvencijado, con pedazos de techo caído, evidentemente muy viejo y ya abandonado. Un poco más allá se veían varios árboles: reconocí algunos limoneros con los frutos verdes. Me acerqué y tomé uno de los más maduros, lo corté por la mitad con

el machete (que nunca había soltado) para empezar a chuparlo. Por la acidez y la emoción me cayeron un par de lágrimas. En un costado encontramos un cartel blanco borroneado por el sol y la suciedad. Apenas se llegaba a leer información sobre la obra, el presupuesto y el arquitecto a cargo. El nombre del proyecto, escrito con letra cursiva, era: “El edén”.

Le di la otra mitad del limón a Mara y empezó a chupar con ganas, pero deteniéndose para contraer los músculos de la cara por la acidez. Había otros árboles que no pudimos reconocer. Solo con los cambios de estaciones pudimos vencer nuestra ignorancia en frutales y descubrir que había mandarinas, naranjas, pomelos, unas manzanas verdes muy feas, casi incomibles, y ciruelas. Un ruido llamó nuestra atención: unas gallinas se acercaron a nosotros como reclamando comida. Sí: habíamos llegado al edén.

Los dos estábamos de acuerdo. Era el lugar perfecto para vivir hasta que algo ocurriera. Hicimos varios viajes hasta el barco para descargar el equipaje. Solo dejamos lo necesario para una huida. En el fondo sabía que difícilmente podríamos escapar con un velero que apenas conseguíamos conducir (para peor, probablemente encallado o lejos de la costa) pero preferimos creer que serviría en caso de emergencia. Durante la primera noche en la casa los mosquitos apenas nos dejaron dormir a pesar del repelente.

15

Nos despertamos rascándonos todo el cuerpo. Buscando una solución hice un fuego en un tacho de metal para llenar la casa de humo. Cuando ya casi no podíamos abrir los ojos por el ardor abrimos las ventanas. Luego cerramos todo lo mejor que pudimos, excepto por las dos ventanas del frente, cubiertas con mosquiteros. Tapamos con maderas y papel la que rompimos para entrar. Habría que esperar a la noche para saber si había valido la pena llenarnos de mocos por el humo. Luego nos dedicamos a limpiar la casa con la lavandina disponible, un desodorante para pisos que primero compitió con el olor a mierda pero finalmente lo desplazó. Después sacamos el tablero del cuarto principal y trajimos una de las camas de la habitación de al lado para pegarla junto a la que ya estaba allí. Al moverlas encontramos debajo una tela de tul arrugada. Puse clavos en las paredes, até unas sogas y construí unos ganchos de alambre para formar un mosquitero capaz de cubrir la cama hasta el piso. Con el tiempo aprendimos a desplegarlo con cuidado, de adentro hacia afuera, para garantizar que ningún mosquito quedara de nuestro lado. El perro nos miraba, todavía débil, pero evidentemente contento por nuestra llegada.

Esa tarde hicimos un inventario de la comida: racionando alcanzaría para poco más de un mes. Ese era el tiempo que teníamos para acomodarnos y ver cómo nos alimentaríamos más adelante. Una de las medidas fue separar y poner a secar las semillas de las verduras semipodridas encontradas en la heladera: zapallo, un anco, tomates, alguna papa (que enterré rápidamente con la esperanza de que germinara antes de pudrirse), zapallitos y poco más. Dudamos si enterrar un ajo medio seco y con una raíz de un centímetro de largo. Finalmente lo puse junto a las papas.

El segundo día arreglé el gallinero que tenía el alambre oxidado

y varias maderas podridas. Mi idea era evitar que se escaparan las aves o las comiera algún perro hambriento. Me llevó mucho tiempo atrapar las que se cruzaban en mi camino. De cualquier manera, las que llegué a encerrar cacareaban sin parar. Supusimos que sería por la falta de alimentos. No teníamos nada para darles así que las soltamos nuevamente. Ya parecían bastante salvajes y no podíamos ofrecerles una vida decente en el gallinero, amontonadas y sin alimento. Por suerte no se iban lejos y se pasaban el día buscando bichos en la tierra. También ese mismo día encontramos dos huevos en el pasto y los comimos fritos con un deleite interminable.

La segunda noche que pasamos en la casa hubo una crecida muy grande que llegó hasta el primer escalón de la entrada. Fue una buena advertencia: tendríamos que hacer la huerta en la zona alta, donde estaban los frutales. El agua llegaba también allí en las mareas altas a juzgar por algunas marcas en el tronco de los árboles y decidimos levantar el terreno aún más por precaución. Por suerte había muchas herramientas. Esa primera semana usamos algunas estacas que afilé a hachazos y alambre para fijar unos troncos grandes que Mara me ayudó a mover. Formamos una especie de caja y le arrojamos ramas y arbustos completos que corté con el machete. Una vez hecha esa cama para mantener aireadas las raíces, juntamos tierra para elevar el terreno. A la quinta o sexta carretilla estaba agotado sin apenas haber llenado un décimo de la caja. Recordé a un profesor de matemáticas explicando que las funciones cúbicas no son intuitivas para los seres humanos. Para peor la tierra era muy dura y arcillosa; apenas se pasaba la capa negra superior, costaba hacer entrar la pala.

El perro nos seguía a todas partes. Los primeros días compartimos una pequeña porción de nuestro arroz con él y le agregamos comida balanceada. En cuanto recuperara fuerza tendría que arreglárselas solo, lo que me preocupaba un poco por las gallinas. Comió sentado junto a Mara, los dos con su pelo a mechones desiguales. La acompañaba a todos lados y lo bauticé “Maro”.

Durante la comida discutimos sobre cómo terminar los canteros, fundamentales para nuestra supervivencia. Entonces recordé que en la parte trasera de la casa había una pala mecánica pequeña: logré arrancarla con unas llaves que estaban en la casa. Me llevó unos

minutos ver cómo se manejaba y terminé de llenar los tres canteros con tierra antes de la noche. Dejamos un sector para la basura orgánica, prácticamente toda la que producíamos. Guardábamos envases y bolsas con cuidado porque no podríamos reemplazarlos.

Nos manteníamos ocupados para no pensar.

16

Al día siguiente de terminar con los canteros no pude levantarme de la cama. Un dolor recorría mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza y volvía a bajar en oleadas. Primero culpé a la cantidad de trabajo físico repentino, a la tensión y el estrés, pero cuando comencé a estornudar comprendí que era algo más. Tenía un resfrío fuerte y el primer día consumí los tres ibuprofenos disponibles en la casa. Mara terminó de acomodar la huerta, plantó lo que pudo, pero también bajó el ritmo, agotada por la cantidad de tareas por hacer, a las que ahora se sumaba traerme agua todo el tiempo y ponerme paños fríos en la cabeza.

En cuanto se terminó el ibuprofeno, la fiebre se estacionó a un nivel tan alto que sentía el cuerpo inflamado, como latiendo. Estaba desacostumbrado a sentirme tan mal. Tosía con un ardor desconocido para mí. Me convencí de que moriría, de que el resfrío había mutado en bronquitis o alguna otra infección pulmonar que requería antibióticos. Una tarde empecé a llorar, asustado por el inminente final. Mara también se desesperó y en el tercer día decidió que si la fiebre no bajaba, al día siguiente iría al continente a buscar antibióticos. Era una locura, pero yo tenía tanto miedo y Mara tal certeza de que no sobreviviría sola que, con frialdad matemática, llegamos a la única conclusión posible. Entre los delirios de la fiebre recordé a Pepo y su insistencia en la buena alimentación para sobrevivir en el futuro apocalíptico que visualizaba. En algún momento le pedí a Mara una sopa de arroz: en mis delirios recordé (o creí recordar) que tenía vitamina C. Si sobrevivía tendríamos que hacer mermeladas o secar frutas para tener alimentos y fuente de vitaminas fuera de temporada. ¿Era posible secar mandarinas?

El cuarto día, tras una noche con paños fríos y la vigilia de

Mara, me sentí algo mejor y decidimos suspender el viaje en busca de antibióticos. Pasaron tres días más hasta que bajó la fiebre y pude levantarme. Las piernas apenas me sostenían y aproveché para registrar en mi cuaderno los detalles de los últimos días.

Mara estaba agotada y por un momento temimos que también cayera en cama. El cuarto o quinto día sin fiebre tuvimos una tensa discusión acerca de los "recursos no renovables" como el ibuprofeno: el repelente fue uno de los más complicados. Mara se rociaba cada vez que salía de la casa y en los escasos días que llevábamos ahí se había terminado un spray entero. Quedaban dos más en la casa, ambos por la mitad o menos. Le insistí para que se cubriera el cuerpo con ropa pero contestó, sin casi prestarme atención, que la picaban igual. Recordé una recomendación sobre consumir mucho ajo para cambiar el olor de la piel. Cuando pude salir de la casa fui a ver el bidón donde había plantado uno. No había señales de ajo entre los yuyos, a pesar de acercar mi nariz a cada brote. "Tal vez en unos días", anoté en el cuaderno.

Me fui recuperando, pero el exceso de encierro y el agotamiento de Mara nos llevaban a nuevas discusiones por cada recurso usado. Comprendí que era inútil pelear con la única persona en kilómetros a la redonda si de cualquier manera el repelente se terminaría; como todo lo demás. Lo mejor sería buscar otras soluciones. En mis merodeos de convaleciente, encontré una cortadora de pasto: bien cortado reduciría los mosquitos durante las horas de sol en los alrededores de la casa. Lo primero que hice cuando tuve la fuerza necesaria para salir a trabajar fue colocarme el arnés, colgar la máquina, ponerme unas botas y salir. Me costó comprender que un botón era el seguro y otro el acelerador, pero logré ponerla en marcha. Tenía una potencia tremenda que hacía volar todo lo que hubiera en el piso. Un par de veces se levantaron ramas que me golpearon en las botas. Al pasar cerca de una palmera sentí una ametralladora de dátiles golpeándome el cuerpo: uno de ellos me dio en la ceja derecha y tuve que parar la máquina. A pesar del susto, sentí furia por lo difícil que resultaba todo. Volví a la casa en busca de algún tipo de máscara, protector o anteojos, pero no encontré. Finalmente corté un bidón por un extremo, le hice algunos agujeros para respirar mejor y me lo puse como un casco que me llegaba hasta el cuello. Terminé mi trabajo todo transpirado

y debilitado por el esfuerzo. Podría haber seguido cortando por horas, pero me detuve al completar un círculo de unos cuarenta metros de diámetro y consumir la mitad del bidón de nafta disponible. ¿Cómo haríamos después? Supuse que tendría que cortar el pasto a machetazos, algo agotador, sobre todo en verano cuando la naturaleza se descontrola. Imaginé que podríamos buscar, más adelante, unas ovejas o vacas para mantener el pasto corto. Ya veríamos. Después de ducharme y volver a la cama de mal humor, le dije a Mara de los dátiles. Trajo unos pocos y los probamos: no sabíamos si estaban verdes, ese era su sabor o si se trataba de una especie no comestible. Antes de quedar dormido por el agotamiento, escuché a Mara decirme al oído: "Mi astronauta cortador de pasto" y sentí su beso en la frente.

Pese a no querer discutir más por los "bienes no renovables", mi preocupación por la sal crecía. Había cerca de medio kilo de gruesa y otro tanto de fina. Mara preparaba los fideos con un puñado generoso. Los fideos quedaban deliciosos para nuestros estándares postapocalípticos. Por primera vez comprendí cabalmente los esfuerzos que hacían en el medioevo para comerciar especias con India a través de miles de kilómetros, años de viajes, mares embravecidos, desiertos, con fortunas arriesgadas y vidas perdidas solo para traer sabor para la comida. Aun así, o tal vez por eso mismo, me parecía un derroche ponerle tanta al agua. Yo insistía con que lo mejor sería usar la sal sobre los fideos ya cocinados y así racionarla. "¿Para cuánto tiempo?", me preguntaba Mara. En algún momento empezaríamos a necesitar productos vitales que seríamos incapaces de reemplazar, me dijo, así que sería mejor disfrutarlo mientras tanto. Me lo dijo con una sonrisa: no hacía falta que señalara que por eso mismo habíamos llegado hasta ahí.

—¿O me vas a decir que vale la pena vivir sin ponerle sal a los fideos? —remachó.

La discusión derivó hacia un tópico conocido pero que había mutado ligeramente: ya no nos preguntábamos si estábamos dispuestos a dejar de usar desodorante para que los pobres accedieran a un plato de comida: ahora nos preguntábamos si valdría la pena vivir sin sal. "Ya es bastante difícil comerse unos fideos sin un ajo como para que encima me mezquines la sal", siguió provocándome. Lo mismo pasaba con el azúcar, el café, la

yerba, los fideos, la carne, el aceite, los fósforos, el jabón... El verdadero problema era la falta de horizonte. ¿Hacia dónde íbamos? ¿Cuánto tiempo pasaríamos allí? Renuncié también a esa lucha. Algún día la sal sería tan rara como ya lo eran las bananas o el cine. ¿Llegaría el día de recorrer cientos de kilómetros, arriesgando nuestras vidas, hasta las salinas de Santiago del Estero? El futuro era un mar opaco, vasto, incierto.

Después de mi recuperación volvimos a tener algunos encuentros sexuales torpes y extraños: aprovechamos las dos cajas de preservativos que encontramos en la casa más una que yo había traído, pero, ¿qué haríamos cuando se terminaran? Más allá de los riesgos de un embarazo o del sabor de los fideos, el problema principal y sin el cual no tenía sentido racionar nada, era la comida: excepto por los limones, un puñado de huevos y algunas mandarinas que comenzaban a madurar, no se veían muchas alternativas. Mis intentos de pesca habían dado algunos bagres pequeños, con muy poca carne, horribles pese a cocinarlos en jugo de limón y a los que era imposible sacarle todas las espinas. A veces me preguntaba si sacarlos, limpiarlos, cocinarlos y separar trabajosamente cada pedacito de carne no consumía más energía de la que proveía. Las gallinas eran pocas, tal vez diez o quince, muy delgadas y no nos animábamos a comerlas porque nos quedaríamos también sin huevos. Nuestra expectativa de suculenta comida industrial era inalcanzable.

Ya definitivamente recuperado, me dediqué nuevamente a la huerta donde había unos brotes de lo que, supuse, eran ancos. Saqué algunos yuyos, removí el compost sin saber qué más hacer para apurar las plantas. Del otro lado vi dos gallinas muy quietas. Me acerqué, las espanté y recogí dos huevos. Los llevé a la cocina. Le pregunté a Mara si serían comestibles o si al romperlos nos encontraríamos con un feto de pollito muerto. Recién entonces caímos en que no teníamos un gallo, pero supusimos que alguno debía haber porque varias gallinas se veían jóvenes y con plumajes brillantes. Por otro lado, no había ningún pollito. ¿No sería la época de reproducción? ¿Cuánto vivían las gallinas? ¿El gallo habría muerto? Imposible respondernos. Me sentía constantemente enceguecido por mi ignorancia.

Esa noche hicimos un omelette y terminamos el queso. Durante

el banquete decidimos encontrar un gallo, como fuera. Sería nuestra única fuente de carne, porque ya no esperábamos pescar algo que valiera la pena. Mara recordó que un amanecer, mientras estaba en el baño, escuchó un canto lejano de ave y, ahora le parecía, podía ser de un gallo ¿o las gallinas también cantaban al amanecer? Nuestro conocimiento sobre animales era decepcionante. Decidimos salir a recorrer la isla a la mañana siguiente, antes del amanecer. Discutimos bastante la logística del traslado, sobre todo cómo atrapar un gallo, y finalmente decidimos llevar una frazada para hacerlo. Yo ya me sentía en condiciones de salir nuevamente y hacer la excursión.

El otro día encontré el libro de Julio Verne, La isla misteriosa*, que desbordaba de fe en el conocimiento humano. Para Verne alcanzaba con saber, con conocer, para resolver: desde hacer pólvora hasta pan, pasando por casas confiables. El trayecto de la teoría a la práctica era un detalle menor. En cambio yo, que leí sobre el big bang, me encuentro todos los días con dificultades tan básicas como afilar bien un machete. Antonio, capaz de resolver las cosas más asombrosas, está muy lejos de poder fundir metales y hacer herramientas. Cuando hojeé la parte que Cyrus Smith guía a sus amigos para producir armas de fuego y pólvora, se me escapó una risa. Solo a un escritor francés con una fe ciega en la razón y la ciencia, pero sin el más mínimo conocimiento práctico, se le ocurriría una fábula así. Cualquier inútil como yo que haya intentado recortar unas botas en un pedazo de cuero sabe la cantidad de cosas que pueden salir mal. Si encima hubiera tenido que hacer la tijera, el diseño y sacarle el cuero al animal, habría terminado descalzo, sin duda. ¿Pepo sería ahora como Cyrus Smith? ¿Lograría producir todo lo necesario para su familia?*

Con Antonio tenemos una bomba manual para extraer el agua que caía a una pileta de cemento. Tenía dos desagües: uno que iba hacia la huerta por unas canaletas y otro, hecho a mano, daba a un caño que zigzagueaba por una leve pendiente hasta un tanque australiano reparado con silobolsas muy gruesas, sostenidas por estacas clavadas una al lado de la otra. Cuando le pregunté por el sistema de cañería, me contó que una mañana divisó a lo lejos un camión sobre el camino de tierra. Nunca lo había visto antes. Durante una semana anduvo con el

rifle al hombro, atento a lo que pudiera pasar. Una mañana, cansado de esperar, se acercó con cuidado. El camión tenía la puerta abierta, nadie al volante y estaba cargado de caños plásticos. No tenía combustible. En varios viajes se llevó los caños para conectar la pileta al tanque australiano y juntar un poco de agua para las temporadas secas. Comprobé que había sido una buena decisión porque pasamos largas temporadas sin lluvia, del pozo dejó de salir agua y el tanque salvó la huerta. Por suerte nunca llegamos a pasar sed, a la que temía horrorosamente después de mi viaje huyendo de la ciudad.

Hace un par de semanas encontré un tacho de pintura en el galpón. Lo mezclé bien y me trepé al techo para pintar el tanque de agua. Hice unos dibujos simétricos, como si fuera una especie de tótem primitivo, y encima pinté "Islandia". Antonio me observó haciendo equilibrio sobre las chapas y sacudió la cabeza. Quise darle un sentido a ese bloque de cemento hueco, representativo de un mito antiguo de cuando el agua subía al tanque desafiando a la naturaleza. Antonio se dio vuelta sin dar señales de entender mi ironía. La casa estaba llena de objetos similares: lámparas, una computadora, parlantes, televisores, cafetera, heladera... Alguien llegado del espacio exterior probablemente los habría confundido con elementos rituales.

Esa noche Antonio me contó que ni siquiera llamó por teléfono a la empresa cuando la luz se cortó para no volver. El aparato aún descansaba, lleno de polvo, al lado de una ventana y con un color que viraba desde el verdoso original hacia un amarillento del lado que había quedado al sol.

17

“Son las cuatro”, me despertó Mara. Me dio un beso optimista. Me di cuenta de que nos había inventado una aventura. La estabilidad, la naturaleza, cierta perspectiva de construcción de futuro le estaba devolviendo el entusiasmo. Mi amor por ella se rendía frente a esa capacidad de crear prismas para hacerme mirar el mundo. Era como una bruja capaz de modificar la realidad, de pintarla de otro color, con un par de frases. Yo era adicto a sus palabras y cuando transmitían tristeza, desgano o enojo, me hundían. A veces me enojaba con ella como si fuera responsable de mi estado de ánimo.

Nos vestimos, preparamos unos mates y las últimas galletas que habíamos traído del barco. Por el vidrio roto y reparado de la ventana de la cocina se filtraba un aire fresco. La temperatura llevaba semanas bajando y la humedad de las mañanas nos enfriaba los huesos. Me puse ropa de trabajo de la casa y sumé una campera impermeable. También probé unas botas de goma que apenas me ajustaban y eran vitales para mantener los pies secos en el barro permanente. A Mara solo le quedaba cómoda la escasa ropa que había traído con ella, así que tuvimos que recogerle las mangas a otra campera, la más pequeña de las cinco disponibles en la casa. Prefirió mojarse los pies en lugar de usar las botas de goma demasiado grandes. Se envolvió los pies con unas bolsas de nylon, para demorar la humedad inevitable, y se puso las zapatillas cubiertas de barro seco.

Solo conocíamos la isla en un radio de cien o doscientos metros. Decidimos seguir un camino ya casi invisible que bordeaba el arroyo. Yo llevaba una linterna y el machete. Dejé la pistola: a esa altura ya estábamos bastante confiados en ser los únicos habitantes de la isla y la existencia de animales salvajes estaba descartada.

Maro nos acompañó contento, abriendo camino y esperándonos alternativamente, mientras olisqueaba atento, pero sin demostrar alarma. Para él no había apocalipsis, solo amos nuevos.

Aún no había salido el sol cuando escuchamos al gallo cantando lejos. Le pedimos a Maro que nos guiara. Imitamos el canto señalándole vagamente de dónde venía el sonido, pero comenzó a dar vueltas alrededor de nosotros, contento de que le prestáramos atención. Resignados, decidimos continuar por el camino. El gallo celebraba con regularidad la partida de la oscuridad en camino a ser penumbra; sonaba cada vez más cerca, pero era imposible saber exactamente dónde estaba.

Después de diez minutos de marcha lenta salimos a un claro enorme, con el pasto alto y algunos arbustos incipientes. Contra la costa del río, se apilaban troncos grandes y medianos, sin ramas, como esperando un transporte. En esa parte el arroyo se ensanchaba y le habían construido una estacada similar a la que habíamos visto desde el Saludes. Llegamos a dos lagunas artificiales conectadas al río y entre sí. Un puente cruzaba una parte angosta. Estaba hecho con vigas de metal afirmadas sobre pilares de rocas y cemento. Más allá se veían un par de topadoras grandes y una pala mecánica.

Confirmamos lo que suponíamos: nuestra casa era parte de un plan de construcción para la isla. Ya se vislumbraba la estructura de un barrio cerrado con amarraderos. Calculé por el largo del pasto que la obra se había abandonado al mismo tiempo que nuestra casa. Había un tractor con una cortadora gigante detrás. Lamenté que fuera imposible acercarlo hasta nuestra casa a través del monte.

Recorrimos el claro en busca de un camino del otro lado, pero solo encontramos dos casillas largas hechas en containers donde los trabajadores debían cambiarse, descansar o protegerse de la lluvia. Adentro rescatamos un calentador a gas, un mate y un paquete de yerba casi lleno, además de un resto de azúcar y papel higiénico. También recogí algo de ropa y unas botas de trabajo, tipo borceguíes, que parecían quedarme bien. El calzado ya lo tenía resuelto por años. Dejamos el botín junto a la entrada para llevarlo a la vuelta, apurados por encontrar el gallo antes del amanecer.

Maro se metió por el monte como si hubiera entendido su misión e intentamos seguirlo, pero después de un par de metros nos dimos cuenta de que era imposible avanzar a los machetazos entre

los arbustos y los mosquitos que se levantaban en nubes espantadas. Volvimos atrás y nos quedamos mirando el sol que asomaba en el horizonte. El gallo cantó del otro lado de ese monte impenetrable. Maro volvió con nosotros como preguntándonos por qué no lo seguíamos.

Dimos un par de vueltas más, ya cansados, a ver si se nos ocurría algo. En la costa del lago artificial vimos un bote sobre la tierra. Decidimos usarlo para salir por el río y explorar un poco más. Volví al obrador para juntar las cosas que habíamos dejado allí y las subí al bote. Como no tenía remos, corté con el machete un par de cañas gruesas y largas que usamos como pértigas. Lo empujamos al agua. Maro saltó adentro con nosotros, como si fuera algo habitual. Usando las cañas avanzamos hasta el río que se ensanchaba cada vez más y nos mantuvimos cerca de la margen derecha. Del lado del barrio cerrado, una vez terminada la zona desmontada, solo se veía vegetación. La margen opuesta estaba igual.

Pasamos por al costado de una escalera muy vieja, a la que le faltaban algunos escalones. El muelle al que debía haber conducido ya no existía y, si había una casa, la maleza la había tapado hacía tiempo.

—La vida como una laboriosa construcción a ninguna parte —dijo Mara en ese tono ambiguo al que ya me había acostumbrado.

Sonreí. Estábamos agotados.

¿Y si el gallo en realidad estaba del otro lado? No parecía buena idea alejarnos de la costa con las pértigas; podíamos quedar a la deriva. Luego de unos minutos vimos que nuestro río desembocaba en el mismo que habíamos cruzado unos días antes. Decidimos volver atrás antes de perder el control. Nos rendimos: nuestra misión había sido un fracaso. El recorrido de vuelta hasta la casa lo hicimos por agua, aprovechando la marea alta.

No encontrar el gallo era un duro golpe. Estábamos a quince o veinte gallinas de no volver a probar huevos, tal vez, nunca más. Por suerte, recuperamos el ánimo al llegar nuevamente a la casa, quitarnos la ropa de abrigo, comer y acercarnos a la huerta: los ancos estaban floreciendo y las plantas que parecían ser tomates brotaban por todos lados. Armamos unas estructuras con cañas y alambre para apoyarlos. Mara parecía tan preocupada como yo,

pero preferíamos no hablar de los temas deprimentes sin una propuesta.

Necesitado de alternativas y a pesar del cansancio, por la tarde fui hasta el barco para conducirlo por el río y pescar algo más grande que un bagre. Al llegar vi que el agua había bajado demasiado y el Saludes se recostaba a unos cuarenta y cinco grados sobre el barro. Decidí subirme a un tronco asomado sobre el río; tenía las raíces a la vista, pero lo cubrían brotes nuevos y una rama ascendiendo vertical hacia el cielo que me servía para apoyar la espalda. Cargué el anzuelo con lombrices sacadas de nuestro compost, lo lancé al agua y saqué mi libreta. Teníamos problemas graves para nuestra supervivencia, pero muy pocas ideas útiles; lo único que se nos ocurría era mantenernos siempre en movimiento hasta que apareciera algo. Pepo decía que frente a los problemas sin solución visible también hay que seguir moviéndose, al menos para tranquilizar la consciencia.

Recostado en el tronco me dispuse a anotar mis sensaciones en el "Diario de Robinson Crusoe", como lo llamaba Mara. Anoté ideas sueltas: una auguraba que la falta de pescadores supervivientes facilitaría pronto la reproducción de los peces.

También escribí sobre Mara. En el último tiempo me había sorprendido con sus reacciones decididas en distintas situaciones. Me resultaba enigmático verla resolver los problemas sin dudar. Supongo que a ella le pasaría algo similar conmigo: estábamos viviendo situaciones nuevas para las que no teníamos ningún tipo de manual o experiencia. Nos habíamos transformado en dos extraños no solo el uno para el otro sino para nosotros mismos. Debíamos reconstruirnos casi desde cero en un ambiente nuevo. "Resiliencia", anoté: era (había sido) una palabra de moda entre economistas, sociólogos, politólogos gustosos de tomar prestada un poco de rigurosidad de la biología.

La casa, con sus relativas comodidades y estabilidad, nos brindaba una burbuja con algunas continuidades respecto de nuestra vida anterior, como para ir preparándonos para no sé bien qué. Mientras tanto, éramos los únicos con quienes podíamos hablar, compartir nuestros miedos y dudas. ¿Qué pasaría cuando comenzáramos a aburrirnos? ¿Y si el tiempo alcanzaba solo para buscar comida, leña o reparar la casa? Parecía más simple aceptar

el apocalipsis que resignarnos a una vida monótona.

Una noche comenzamos a ver una película muy buena de hacía unos años que encontramos en la computadora; *The revenant,* se llamaba. Era un hombre enfrentado con una naturaleza brutal, helada, pero con una misión que le daba una fuerza sobrehumana para seguir adelante. Nosotros no teníamos esa misión; y tampoco el combustible de la venganza que permite proezas. Que nos muriéramos o no, daba exactamente lo mismo. Por eso seguíamos, supongo.

Si lográbamos sobrevivir, ¿qué pasaría con nuestra pareja? ¿Lograríamos mantener algún vínculo sentimental? Tal vez era extemporáneo hablar de una relación sentimental sin la existencia de alguna alternativa y en una lucha permanente por la supervivencia. Como me dijo Mara, ahora la monogamia estaba garantizada, pero no teníamos ningún proyecto más allá de buscar un gallo o la incertidumbre sobre si los frutos de un árbol serían ciruelas o peras. ¿Es necesario tener siempre un gran proyecto? ¿También en esas circunstancias?

Mientras escribía todas esas reflexiones, el sedal se tensó un par de veces. Picaban peces muy pequeños que ensartaba nuevamente como carnada si no se me caían antes al agua. Debía haber pasado más de una hora cuando, convencido de que la fauna del río aún no se había recuperado, sentí un tirón más fuerte. Vi un movimiento en el agua en el punto en que se hundía la tanza. Solté un poco de sedal, alternando con pequeños tirones para clavar mejor el anzuelo. Cuando el pez aflojaba, yo recogía un poco de hilo, pero eso lo hacía tironear nuevamente. Temí que se enredara en alguna rama del río y esta vez no lo dejé alejarse más. Imaginé a mi presa a la parrilla, adobado con cebollas y se me hizo agua la boca a pesar de que nunca me había gustado el pescado. Seguí tirando hasta ver los salpicones en el agua, a unos metros de mi posición. Escuché a Mara llamándome. Primero dudé si contestarle por miedo a asustar al pez. Giré la cabeza y le grité que necesitaba ayuda. Seguí tirando y pude verlo. Era apenas más dorado que plateado y largo como mi antebrazo, aunque más gordo. Cuando llegó Mara le pedí que tomara el balde. Se preparó. Recogí el hilo, lo saqué apenas del agua y enseguida lo colocamos en el balde. Solté la caña y abracé el balde tapándolo con el pecho; sentí los golpes desesperados de la

presa. Lo llevé así con la ayuda de Mara unos metros tierra adentro. Apenas apoyé el balde y me levanté, pegó un salto que lo hizo caer sobre el piso. Intenté pegarle con los puños desesperadamente. Mara me dio un empujón y le dio un machetazo preciso que le seccionó la cabeza; de la boca todavía sobresalía el anzuelo. Debía pesar cerca de tres kilos. Nos abrazamos.

Esa noche hicimos un fuego en la parrilla, bajo el techo del deck. Costó mucho encenderlo con esos troncos siempre húmedos, pero no me preocupé por la cantidad de fósforos derrochados. Lo logramos. Esa noche comimos pescado en cantidad razonable por primera vez. Con mucho limón y sal.

18

Una semana después de haber incorporado el pescado a nuestra dieta, poco antes del amanecer, el canto de un gallo cercano nos hizo saltar en la cama. Nos asomamos. Se veía una sombra nueva, más grande, desde donde se repitió el canto. Estaba entre las gallinas subidas al ceibo donde pasaban las noches. Se lo señalé a Mara; miró, murmuró algo, me dio un beso y se recostó nuevamente. Me quedé en la cama: habría tiempo para confirmarlo más tarde. Sus besos me dejaban la sensación de que todo estaría bien.

Un par de horas después, cuando salimos de la casa, vimos que, efectivamente, el gallo que habíamos intentado atrapar (o algún otro) había llegado para quedarse. Recordé nuevamente a *La isla misteriosa,* donde los náufragos recibían regalos ocasionales de un desconocido. Nos preguntamos si sería mejor atarlo o darle algunas lombrices. "Vamos a seducirlo", dijo Mara.

Tuve la sensación física más tangible del alivio: no teníamos idea de cuánto demoraba una gallina en reproducirse y crecer lo suficiente para ser comida, pero ocurriría en algún momento. Casi no quedaba nada de lo que habíamos traído. Para peor, el frío se hacía sentir dándonos más hambre y el pescado, cuando había, cansaba nuestro paladar todavía exigente.

El día del gallo, decidimos dar otro paso hacia el confort y construir una estufa a leña. Aprovechamos nuestras tareas dentro de la casa para escuchar la escasa música disponible en la computadora: una carpeta con una selección de Shakira y otra con Julio Iglesias. Imaginé al dueño de esas canciones como un tipo grande o un joven moderno que había pegado la vuelta en materia musical. Si no era la falta de comida, los mosquitos o alguna enfermedad, a la larga sería la música disponible lo que nos

expulsaría de la isla.

Cantando un clásico, saqué una moladora que demoró horas en cargarse en los enchufes de baja tensión de la casa y solo un par de minutos en descargarse. Completé los cuatro cortes en la pared con un serrucho. Eran suficientes para sacar una chimenea improvisada con unas placas de zinc enroscadas y ajustadas con alambres y grampas. Pusimos un chapón en el piso y otro contra la pared para protegerlos del calor, armamos una base de ladrillos y una estructura piramidal encima. Usamos barro mezclado con pasto seco y cemento traído también del depósito del muelle para unirlos y cerrar las juntas. En la parte superior le dejamos una apertura redonda armada con la base de un tacho de metal. Usamos su tapa para cubrirla o descubrirla según necesitáramos cocinar. Nos ocupó el día completo trabajando a ritmo constante.

Dos días después hicimos un fuego pequeño para terminar de eliminar la humedad y ver si se resquebrajaba demasiado. Salió algo de vapor del barro, se hicieron visibles pequeñas grietas, pero el tiraje funcionó bastante bien; solo tuvimos que sellar la salida con más barro y cemento. Agregué leña. Sentimos cómo los ladrillos y las chapas se calentaban elevando la temperatura de la sala y sacándole al aire un poco de la humedad omnipresente. Mara juntó algunas hojas y semillas de eucaliptus que puso en un jarro con agua encima para aromatizar la casa. Casi no daban olor, pero estábamos tan contentos que la abracé, le dije que me encantaba y pregunté si quería casarse conmigo. “Sí, pero la ceremonia la hacemos cuando terminemos de enloquecer”, me dijo y me dio un beso.

Funcionaba muy bien, aunque algo debió fallar en la mezcla porque se agrietaba constantemente. Las reparaciones repetidas durante los meses de invierno fueron metamorfoseando la estufa en una bola cada vez menos reconocible. También apuntalamos las paredes con palos clavados en el piso que aprovechamos para secar ropa. Salvo por esos detalles, estábamos orgullosos de nuestra estufa. También pusimos unas frazadas adelante para poder tirarnos durante el invierno. Pensamos en hacer otra estufa con más espacio para la leña, en nuestro cuarto, pero nunca llegó el momento.

Pocos días después del estreno, mientras preparaba unos restos de pescado con limón y un par de zapallitos, los primeros de

nuestra huerta, Mara entró con cara de preocupada: el humo podía delatarnos; se veía desde muy lejos. La leña de la isla era realmente muy mala, siempre estaba húmeda y producía una combustión pésima, visible desde lejos. No podíamos vivir sin la estufa que se había vuelto parte de un piso de confort laboriosamente alcanzado.

Para reducir al menos la humedad dediqué varias horas de las mañanas siguientes a juntar leña. La apilé al lado del horno para que se secara. También decidimos prenderla solo por las noches. A los pocos días se terminó la garrafa de repuesto y la estufa pasó a ser nuestra cocina oficial. A su alrededor el piso se aclaró, permanentemente desgastado por nuestra presencia siempre en busca de calor.

—Con este frío por fin entiendo el nombre de la casa —me dijo Mara.

19

Una mañana, mientras buscaba unos tornillos en los estantes del cuarto, encontré una cámara. Quise encenderla, pero tenía la batería descargada. La conecté a la computadora. Encontré fotos de la obra, algunos detalles de medidas y el puente en construcción que habíamos visto al buscar el gallo. Solo al final había fotos más personales, tomadas en el que ahora era nuestro cuarto. Un hombre de unos cincuenta años, de torso ancho y semicuadrada, pelo abundante y blanco, el casco puesto y los ojos enrojecidos aparecía desnudo frente a la cámara. Su cuerpo en primer plano, cubría parte de la cama, de la que sobresalían dos piernas de mujer por un costado y una nuca por el otro. También se veía una parte de la fotógrafa, cuya pierna femenina aparecía estirada en el costado derecho del cuadro, algo quemada por el flash. Llamé a Mara para que conociera al anterior inquilino de la casa, a quien bautizamos "El ingeniero Ricardo".

En otra de las fotos se lo veía encima de una mujer, ambos desnudos y borroneados por el movimiento. Solo en la tercera foto se veían los tres rostros gracias a una foto tomada por alguno de ellos, probablemente "El ingeniero Ricardo", que parecía estar estirando un brazo. Sus ojos aparecían rojos por el flash. Las dos mujeres estaban algo más atrás, ambas morenas y de ojos negros. La de la izquierda era bastante más delgada y joven que la otra; tenía pechos grandes con pezones oscuros. Las más maciza, aunque con curvas, debía llegar a los cuarenta años y sus tetas caían más flacas sobre algunos rollos. Nos parecía una imagen de otro mundo, una pieza arqueológica que un museo podría colocar al lado de las cerámicas fálicas de una cultura precolombina o piezas de arcilla del kamasutra indio. "Hay que ver el lado bueno: la prostitución debe haber desaparecido", le dije a Mara, que rió un poco. Como a

mí, la incomodó la evidencia de que nuestra habitación, también nuestra intimidad, habían sido violadas de una forma tan berreta.

Siempre me pregunté por las historias que encierran las casas. El departamento que me había dejado mi madre era de principios de siglo XX; debía tener cien años de antigüedad. Yo habría pagado mucho dinero por ver las escenas de las que había sido testigo. Imaginé la posibilidad de seleccionarlas por temáticas: peleas, traiciones, caprichos, sexo... Habría sido una maravilla, como una máquina del tiempo, pero de la intimidad, una fuente inagotable de historias. Me habría encantado iniciar un experimento de una casa llena de cámaras que grabara por cien años todos lo que pasaba allí, para luego proyectarlo. Era como el Gran Hermano, pero no pensado para entretener, sino de verdad. ¿Cómo nadie había hecho algo así apenas se inventaron las grabadoras?

Tratamos de exorcizar a "Ricardo" insistiendo con los chistes capaces de vestir el disgusto con un poco de humor. "El ingeniero Ricardo" pasó a ser el culpable de cualquier cosa que no funcionara o se perdiera, incluso de alguna marea alta que nos impedía salir de la casa.

Borramos las fotos para usar la cámara. Uno de los primeros protagonistas fue Maro. También le saqué fotos a Mara cocinando: al verse se alegró de que su pelo estuviera volviendo a crecer. Nos sacamos algunas fotos desnudos junto a la estufa, pero sin el peligro de que alguien las robara perdían buena parte de su interés. Igual imprimí una en blanco y negro que colgué con unas chinches en la sala.

—Hay que acordarse de sacarla cuando vengan visitas —me dijo Mara.

Jugamos con la cámara para registrar plantas, bautizar otras, ver la evolución de la huerta. También la usamos para hacer nuestro propio herbario e insectario. Inventábamos nombres a las plantas desconocidas. Las primeras semanas imprimimos algunas para reconocerlas más adelante, pero dejamos de hacerlo porque a fuerza de meter las manos en la tierra y ocuparnos de ellas, se grabaron sus olores, colores, texturas y sabores en la memoria sin necesidad de tecnología.

A principios de junio, aproveche la mañana para completar las tareas pendientes más importantes. Terminamos rápido para

sentarnos juntos a pescar. El almuerzo había sido un pescado con limón a la parrilla que, no sé por qué, nos había salido particularmente sabroso, acompañado por un revuelto de zapallitos y huevo. De postre comimos las primeras mandarinas, todavía algo ácidas, pero el dulzor incipiente colmó nuestras expectativas. Estábamos con la panza llena, bajo un sol cálido y sin mosquitos gracias a los días de frío ("En Islandia no hay mosquitos", me dijo Mara). Nos relajamos y declaramos oficialmente que era domingo. Nos tomamos la tarde para no hacer nada. Había cosas para terminar, como siempre: encontrar alguna forma de hacer un exprimidor de jugo, arreglar dos reposeras oxidadas del galpón, cortar el pasto, traer flores que habíamos visto durante nuestra excursión a la zona de obras, desbichar los frutales, plantar otros nuevos, explorar la isla en busca de semillas, reemplazar el agua del Saludes por otra más nueva por si teníamos que huir, ordenar la casa, buscar una planta de aloe vera vista no recordábamos dónde para facilitar la cicatrización de los raspones que nos hacíamos constantemente, usar las sábanas para construir una hamaca paraguaya o las sogas para tejer una... La lista era infinita y ni siquiera incluía imposibilidades como comprar un vino, azúcar, pan o calzado nuevo para Mara, que sí nos habrían movilizado aún un domingo a la tarde. Pero no: habíamos decretado descanso y nos tiramos con la panza llena como si no hubiera futuro.

Nos recostamos en mi árbol de pesca aprovechando varias horquetas cómodas y unos almohadones traídos de la casa. El sol nos emborrachó y me quedé dormido sobre el tronco con Mara observando el horizonte delante de mí. En medio de un sueño me sacudí y casi caigo al agua.

Nos sacamos una foto juntos, haciendo piquito con la boca, como pagando una deuda con nuestras adolescencias. Imprimí esa foto y escribí "Familia Robinson" debajo. Durante un tiempo la pegué en la heladera. Más tarde la guardé en mi cuaderno de notas. Es la única foto que me queda de ella.

En la letrina que armó Antonio tenemos una pila de diarios de bordes amarilleados por el tiempo. Está apoyada sobre una caja de madera, de las que se usaban para transportar verduras. Después de

varios meses noté que la pila apenas baja pese a que nadie las renueva ni tenemos nuevos diarios. A su lado, en el piso, hay otra pila de papel impreso sobre una bolsa vacía de papel higiénico deteriorada por el tiempo. Allí aún se puede leer: "Extra Blanco!". Es difícil creer que en algún momento ese hubiera podido ser un buen argumento de venta. ¿A quién podía importarle que el papel con el que se limpiaba el culo fuera más blanco que otro?

Recuerdo cuando Mara vino a vivir conmigo y el papel higiénico comenzó a agotarse a toda velocidad. En mis intentos de detener la sangría de unos ingresos que cada vez alcanzaban para menos me volví un especialista en promociones, incluidas las de papel higiénico.

Con Antonio evitamos derrochar cualquier producto industrial y la higiene ahora carece del valor social de antes; apenas resulta un acto sanitario. Me afeité un par de veces cuando conseguí hojas de afeitar, pero en general me corto la barba con tijera. Los dientes que me quedan los lavo con los cepillos que encuentro, pero no me preocupo por el dentífrico. El desodorante es un recuerdo lejano. Las uñas no se cortan: se rompen o desgastan por el uso. Cuando se termine el papel, tal vez haga como los indios del Amazonas colombiano: limpiarme en cuclillas con el talón, una saludable práctica higiénica ecológicamente sustentable, casi obvia una vez que se visualiza, pero inimaginable para una sociedad que quiere el papel más blanco.

La mayoría de los olores que en otro momento me podrían haber parecido molestos, ahora podían ser detectados como desagradables solo con un gran esfuerzo de mi memoria emotiva. Mi cerebro concentra su atención en necesidades más básicas y primarias. Incluso actividades que antes se olvidaban con solo apretar un botón, ahora resultaban un paso más en la lucha por la supervivencia. El sistema no deja nada librado al azar y nos recuerda permanentemente nuestro lugar como eslabones en el ciclo de la naturaleza: después de cagar en un tacho de veinte litros de pintura apenas disimulado por una silla de madera sin asiento, tiramos el papel y una capa de lo que Antonio llamaba "material secante" cuya función es contener el olor y reducir la cantidad de moscas. El tacho se vacía un par de veces por semana y se arroja en el compost: el papel, me explicó Antonio, sirve para equilibrar el Ph. Nunca entendí demasiado qué era el Ph y dudo que Antonio lo supiera, pero queda poco espacio para cuestionar la fórmula al ver el vigor que tomaban las plantas en semanas tras aplicar la mezcla.

A poco de llegar, apenas tuve fuerzas suficientes, Antonio me pidió que me encargara de vaciar el tacho. A partir de entonces seguí haciéndolo apenas lo veía cargado, sin necesidad de pedidos. Me sentía entre agradecido, inútil para garantizar mi propia supervivencia y necesitado de recordar que esa mierda era como yo: parte del ciclo de la naturaleza. Durante años había negado su existencia apretando un botón y tirando desodorante de ambiente.

Los diarios eran de hacía seis años o anteriores, pero parecían de otro planeta. De hecho, debían ser los últimos diarios impresos, al menos hasta donde yo sé. Nunca le pregunté a Antonio dónde los había encontrado. Eran tantas las preguntas que tenía para Antonio y tan pocas las ocasiones que me daba que apenas si lograba enunciar las más urgentes.

Aprovechaba mis visitas a la letrina para leer. Me reí al darme cuenta: mi vida se había transformado en una versión escatológica y apocalíptica de la novela de Paul Auster El palacio de la luna. *Ahí el protagonista siente la obligación moral de leer los libros que heredó de su tío antes de venderlos para comprar comida. Su alimento dependía de la velocidad de la lectura; en mi caso sentía menos urgencia por llevarlo a su triste función final.*

Una mañana abrí el diario en una entrevista a un neurocientífico. En general me gustaba leer la buena divulgación científica. Siempre sentí cierta envidia y admiración por la gente que trabajaba en ciencias duras. Ellos pueden elaborar teorías muy locas, interpretaciones de fenómenos muy pequeños del mundo, hasta afirmar que el tiempo no es un absoluto sino algo relativo, pero en algún momento pueden comprobar, e —incluso— "deben" comprobar, que se corresponde con un fenómeno mensurable. En cambio, los que trabajamos en educación, los escritores, los docentes, los politólogos y demás, estamos (o estábamos) siempre mendigando una opinión subjetiva sobre nuestro trabajo. Nunca pudimos hacer volar un avión de forma incuestionable como para silenciar a los críticos o mostrar las lunas de Júpiter en un telescopio para demostrar que no todo gira alrededor de la Tierra.

Esta nota en particular hablaba de experimentos que demostraban razonablemente (aunque faltaba mucho por explorar) que los recuerdos son solos ecos cada vez más distorsionados de la realidad. O sea: aquello que se guarda en nuestra cabeza, las sinapsis y caminos neuronales que escriben nuestros recuerdos en formato electroquímico,

es cierto, está inspirado en lo que pasó, pero jamás podría ser verdaderamente igual, de la misma manera que una foto de un abrazo es una buena representación, pero dista mucho de ser un abrazo. Para peor, al pasar a formato electroquímico, los recuerdos se mezclan con deseos, otros recuerdos, ideas, interpretaciones de nuestra propia cosecha hasta hacer casi imposible saber qué ocurrió realmente. Y cada vez que recordamos, volvemos a procesar los recuerdos y a remezclarlos con otras imágenes e ideas. Ya sabemos que toda mirada será siempre parcial y un recorte de la realidad, pero aun ese recorte sufrirá modificaciones en la vida interior de nuestros cerebros.

Eso pasa también en mi cerebro, pero creo que es aun peor: recuerdo abstracciones, resúmenes, interpretaciones a las que les robaron las fuentes, los datos que permitieron llegar a ciertas conclusiones. Si me preguntan por mi educación primaria, respondo que no tuve grandes docentes excepto por algún caso marginal y que transité por la escuela como por un tren, sin ninguna autorización para cambiar el recorrido, bajar en algún momento o siquiera cambiar de asiento. Pero si me preguntan por la evidencia, las anécdotas, lo hechos que me permiten o alguna vez me permitieron sacar esas conclusiones, me quedo sin palabras, incapaz de evocar algo, un retazo original.

Mis recuerdos de los últimos años son aun peores. Se modifican como barro entre los dedos cada vez que los manipulo para entender su forma. Al escribirlos, pasarlos a papel, los detalles surgen, pero me resulta imposible saber cuáles vienen de mis recuerdos y cuáles de mi imaginación.

20

Todavía era invierno cuando vimos los primeros pollitos. Desde el arribo del gallo solo recogíamos los huevos que quedaban abandonados, y no más de uno o dos por día. Por suerte no parecía haber ratas ni serpientes; los encontrábamos siempre intactos. Gracias a los recién llegados nos atrevimos a matar una gallina por primera vez. Elegimos una que por el plumaje parecía ya mayor, incapaz de justificar su existencia ante nuestra mirada utilitaria. Me costó acercarme pero, previsor, había llevado una manta para atraparla. Se la tiré encima y finalmente pude tomarla del cogote mientras se debatía. Apreté para que no gritara y aterrorizara a las demás. La llevamos hasta la parte trasera de la casa y ahí le di un machetazo en el cogote con cuidado de no cortarme la mano.

Sacarle las plumas a los tirones resultó bastante más difícil de lo que pensábamos. Intenté quemarlas, pero el olor a chamuscado era horrible y comenzó a ennegrecer la carne. Mara recordó a una amiga de su mamá contando historias de cuando era pequeña y veía a su abuela poner la gallina muerta en agua caliente para pelarla. Lo intentamos varias veces hasta encontrar el punto en el que las plumas salían fáciles, aunque algunas veces con un pedazo de piel.

Estaba agotado, me dolían los dedos por el agua caliente y de tanto hacer fuerza, pero teníamos nuestro primer pollo listo para cocinar. No se parecía en nada a los pollos que conocíamos, no solo por estar flaco, maltrecho, con algunas plumas pequeñas imposibles de sacar, con pedazos de piel ausentes, sino también porque tenía carne más oscura y menos abundante que los pollos de la carnicería. Decidimos hervirlo y le agregamos al agua un par de zapallitos y nuestro primer anco, todavía un poco verde. Ese día, recuerdo, discutimos con elegancia si la comida debía dividirse por mitades o proporcionalmente al peso (en cuyo caso a mí me habría

correspondido una porción y media respecto de Mara). Sin resolver, nos sentamos con dos platos iguales y una porción salomónicamente dispuesta al costado. Al final, una vez aplacado el hambre, y la sensación de novedad, cuando ya fue posible percibir el verdadero sabor del pollo casi sin condimentos, Mara se sintió llena y me dejó la última porción. No quedó claro si así se sentaba jurisprudencia, pero a partir de ese momento me serví un poco más que ella. Apenas quedaron unos huesos para Maro, quien los tomó sin urgencia porque a juzgar por los bichos indeterminados que solía traer entre los dientes se arreglaba bien solo.

El cuidado de los pollos pasó a ocupar buena parte de nuestra vida: les construimos un refugio alto con maderas sobre el ceibo para que no se mojaran, ni los alcanzara algún perro hambriento. Como el compost se había llenado de lombrices, cada mañana nos tomábamos el trabajo de juntar varias y dejárselas en el mismo lugar al pie del ceibo. En poco tiempo tuvimos decenas de pollitos y cierta soberanía alimentaria, como decía Mara.

Los días se acostumbraron, a pasar sin dejar huella. La huerta demandó más trabajo porque aumentamos varias veces su extensión, aunque no encontramos cómo aumentar la variedad. Los tomates fueron patrimonio casi exclusivo de los bichos y los pájaros. Para erradicarlos cubrí parte de la huerta con un nylon y quemé unos pastos para producir bastante humo antes de volver a taparlos. Este experimento también fracasó: los veíamos crecer grandes, redondos; nos poníamos ansiosos esperando la maduración, pero la mañana en que pensábamos cosecharlos estaban invariablemente a medio comer. Apenas rescatábamos algunos pedazos, en busca de otro sabor. También los trasplantamos un par de veces a punto de madurar a baldes con tierra que poníamos cerca de las ventanas de la casa. Algunos se nos murieron con la mudanza, pero logramos comer un puñado en buen estado por primera vez, pese a que crecían muy lento por el frío. Como en cualquier caso nos sobraban semillas seguimos plantando en varios lugares y finalmente, vaya uno a saber por qué, descubrimos algunos lugares de la huerta donde los insectos no los atacaban con tanta virulencia.

Los ancos, si bien tenían una cáscara más dura, también sufrían: aparecían como perforados con una mecha delgadísima. Cuando veíamos eso, los cosechábamos antes de que se pudrieran, pero

generalmente estaban duros, incomibles. Los únicos que sobrevivían casi siempre eran los zapallos que a veces cosechábamos aún verdes y mezclábamos con huevo en unos revueltos interminables. Esa se transformó en nuestra comida más habitual. Estaba bien. Nos sacaba el hambre en el invierno, pero no satisfacía nuestro paladar saturado de monotonía. También sacamos un par de zanahorias deformes: nada tenían que ver con las zanahorias que conocíamos, derechas y cónicas. Estas eran más bien como un cerebro lleno de bulbos y de un color naranja apagado, con partes semitransparentes. Su sabor también resultaba lavado. Supusimos que era el exceso de agua y lo comprobamos al plantarlas elevadas en la pala de la topadora y regarlas solo ocasionalmente. El intento de plantar papa, que podrían haber hecho una gran diferencia en nuestra alimentación, no funcionó. Habría dado un riñón por comer papas hervidas con sal y aceite.

En otro momento juntamos unas especies de vainas que imaginamos eran de algarroba y que sabíamos podían servir para hacer harina, algo que extrañábamos con ardor. Primero las dejamos varios días cerca del fuego hasta que estuvieron bien secas y crujientes. Con un mortero improvisado con una jarra y un palo redondeado las machacamos, pero la harina que obtuvimos era bastante fea y al mezclarla con agua no pudimos transformarla en una masa homogénea y esponjosa. Aun así la cocinamos con azúcar, en un intento de hacer galletas, pero resultaron incomibles. Hacia fines de junio aparecieron las primeras mandarinas maduras y nos dimos una panzada de ese sabor dulzón que tanto extrañábamos.

Durante ese invierno logré encontrar lugares para pescar que parecían tener más tráfico. Me llevaba un termo con té de menta apenas azucarado; no me gustaba pero servía para mantenerme caliente. Buscaba alguna parte en la que diera el sol, ensartaba el anzuelo, lo tiraba al agua y sacaba mi libreta. Otras veces llevaba algo para reparar o hacía un intento de, por ejemplo, tallar una aguja con un hueso de pollo. No siempre pescaba, es cierto, pero comencé a desarrollar un sexto sentido para saber dónde ponerme y tener idea de cómo me iría ese día. Tal vez solo fuera suerte, sugestión o que el río realmente se había llenado de peces, pero yo prefería pensar que se trataba de mi metamorfosis hacia un ser en consonancia con la naturaleza. Algunas veces llegué a pescar

suficiente como para congelar el excedente y comerlo un día de lluvia.

Cada semana se acababa algún recurso alimenticio insustituible que yo registraba con dolor: los fideos fueron lo primero y con ellos los últimos rastros de carbohidratos que nuestro cuerpo pedía desesperadamente; más adelante el arroz, las sopas instantáneas y el té, el cual reemplazamos con unas plantas de sabor a menta que Mara llamaba hierbabuena, aunque no tenía claro si ese era el verdadero nombre. Nos reímos bastante discutiendo si existía un nombre verdadero para algo ahora, o si alguna vez había existido. "¿Las cosas tienen nombre si no hay nadie en el bosque para nombrarlas? ¿Y si hay solo dos personas para hacerlo?", nos preguntábamos. Las palabras son convenciones arbitrarias y si nosotros dos, los últimos representantes de la especie humana en el planeta, lo decidíamos, podíamos cambiar los nombres de cualquier cosa. De hecho, tuvimos que bautizar herramientas: llamamos "zuño" a una llave especial que usamos para ajustar un caño que perdía, pero también para martillar: no pudimos encontrar un solo martillo en esa isla llena de herramientas de todo tipo. Mucho después, Antonio me dijo que el "zuño" era una "llave de fuerza". Muchos bichos también pasaron a tener nombre propio: "zumbones", "galufos" y "ñiquis", los favoritos de las gallinas.

El repelente duró apenas unas semanas más gracias a la llegada del frío y a mi esfuerzo por mantener el pasto más o menos corto en agotadoras jornadas de machete. Más tarde le llegó el turno al dentífrico, la lavandina... más crítico fue cuando se rompió definitivamente un caño debajo del inodoro y decidimos llevar adelante nuestra idea de un baño seco: usábamos un balde para nuestra propia mierda y la tapábamos con cenizas de la estufa para contener el olor. Cuando se juntaba mucha, la llevábamos al compost, donde yo meaba directamente cada vez que el frío lo permitía. La idea repercutió en nuestra huerta dándonos frutos más grandes y de crecimiento rápido pese al frío. También juntamos la mierda de las gallinas apilada debajo del ceibo. Cuando llegó la primavera la huerta pareció estallar.

Después se terminó el aceite y nos despedimos de los huevos fritos. A comienzos de la primavera llovió mucho y se dieron varias crecidas que amenazaron a la huerta, humedeciendo el suelo en

exceso. Algunas plantas en el cantero más bajo se pudrieron y apelamos a los pollos de manera más frecuente aún, presionando sobre su capacidad reproductiva. El número de gallinas, también golpeadas por el clima, disminuyó tan abruptamente que sospechamos de Maro, pero no encontramos evidencias. Un par de días decidí salir a pescar pese a la crecida y la lluvia.

La comida se volvió más y más monótona. A veces colocábamos mandarinas bajo la piel a los pollos antes de asarlos para darles un poco de sabor. Por momentos nos sentíamos enloquecer de tanto extrañar el chocolate, la yerba u otra cosa que se aparecía en nuestra mente como antojo de embarazado. Un día, como única forma de aplacar nuestra ansiedad, comimos dos cucharadas de nuestras escasas reservas de azúcar. Durante las noches fantaseábamos con tomar el barco y saquear algún kiosco en la costa, pero cuando levantábamos la mirada para imaginar el mundo exterior una sombra nos cubría y volvíamos a contarnos los libros que recordábamos haber leído, porque no había nada más que hacer en la casa y el frío nos mantenía adentro apenas bajaba un poco el sol.

Para matar el tiempo hice un juego de damas y dibujé un tablero en el piso con un palo quemado. Después lo mejoré haciéndole un reborde de clavos y oscureciendo las casillas con brasas. Otras veces Mara se daba larguísimas duchas calientes gracias al termotanque eléctrico mientras yo escribía a falta de libros para leer. Una semana llovió tanto que las baterías no llegaron jamás a recargarse, el agua no salió ni siquiera tibia y Mara anduvo de un humor de perros hasta que me hizo calentar agua en unas ollas para poder lavarse el pelo y el cuerpo sin jabón ni champú. Excepto por el termotanque, la bomba de agua potable y los escasos momentos en que prendíamos la luz, casi no usábamos electricidad. La heladera nos servía para enfriar el agua y guardar verduras cosechadas antes de que se pudrieran o alguna pesca particularmente abundante, algo también infrecuente. También la usamos para guardar la cosecha de las últimas mandarinas y seguir comiendo hasta bien entrada la primavera. Así se fue nuestro invierno en la isla.

21

Recuerdo que en la facultad me hicieron leer a Georges Bataille, un francés. Fue de esas lecturas que me cambiaron el punto de vista como una patada en la cabeza. Su afirmación más interesante es que el hombre se completa como tal, es decir, deja de ser animal, cuando derrocha energía, cuando realiza un "gasto improductivo". O sea: los animales dedican energía a buscar comida, a lavarse, mantenerse frescos y poco más; solo se mueven para seguir vivos. Los cachorros juegan, pero lo hacen como una forma de prepararse para la adultez; incluso esos juegos son una inversión, un derroche de energía que se recuperará en el largo plazo cuando sepan pelear, correr, trepar.

La diferencia con los hombres, dice Bataille, es que nosotros hacemos gastos que no tienen ningún rédito ni a corto ni a mediano plazo. El daba varios ejemplos (o yo fui viendo otros ejemplos a partir de los suyos) como puede ser el sexo no reproductivo, las fiestas, especialmente los Potlatch, en las que una tribu o miembro de la tribu dilapida sus bienes en una celebración de forma injustificable. Recordé a Bataille en muchas fiestas, en esos momentos en que la celebración nos toma, nos emborrachamos sin importar las consecuencias, bailamos desenfrenadamente y nos abandona la idea de un mañana. Ver a una familia gastar el dinero que no tenía en un cumpleaños de quince o un casamiento era un "momento Bataille" para mí. Los hombres se esfuerzan por no derrochar, pero a menos que sean muertos en vida, en algún momento necesitan soltar su parte maldita.

La vida ascética de la isla me hacía sentir que estábamos perdiendo nuestra condición de seres humanos. Comíamos pocas cosas, dedicábamos nuestras energías a la huerta e incluso me sentía obligado a disimular mis descansos en la pesca. Sentí (y creo

que Mara también) que nos íbamos olvidando de una parte muy grande de nosotros mismos. En parte por eso, comencé a experimentar (a derrochar tiempo y energía) en un intento por producir licor (un bien prescindible) con una de las pocas cosas que teníamos en abundancia: mandarinas.

Generalmente no tengo la paciencia necesaria para seguir los pasos de una receta y comienzo a apurarme al pasar la mitad de las instrucciones, pero ahora era peor: no tenía una receta. Lo que hice fue cosechar varios kilos de mandarinas, pelarlas, pisarlas, colarlas y agregarle al jugo obtenido un par de cucharadas de azúcar, una apuesta fuerte en un momento de escasez. Lo coloqué en frascos con una tela con agujeros pequeños para que no se colaran los bichos en su interior y lo dejé fermentar algunos días.

A la semana, una noche sorprendentemente tibia para una primavera recién llegada, decidimos hacer un fuego grande frente a la casa y colocar una mesa pequeña al lado. Puse platos, vasos y, en el centro, la jarra de supuesto licor de mandarina. El cielo lucía una cantidad de estrellas que daba vértigo; sin el resplandor de Buenos Aires, parecían exhibirse intencionadamente. El aire estaba paralizado, sin una brisa. Cuando Mara salió de la casa con la parte inferior del vestido verde asomando debajo de un pulóver y tapando unos pantalones gruesos, comprendí que ella también esperaba una noche especial. Ceremonioso, serví las copas con licor. Le dí la suya y alcé la mía mientras le decía que estaba contento de comer afuera, que debía invitarla más seguido. Se rió apenas, brindamos y probamos ese menjunje espeso y algo ácido. Era bebible, pero no agradable y el dejo de alcohol, apenas perceptible en el fondo, no justificaba el esfuerzo. Para emborracharnos con eso debíamos tomar varios litros pero bajo el riesgo de vomitar. Me sentí desilusionado.

Mara, a juzgar por su cara, sintió lo mismo que yo. Pero después de unos segundos, su cara se iluminó. Luego me hizo una seña y entró a la casa. Me quedé preguntándome qué podríamos hacer con los cuatro frascos de un litro de jugo de mandarina fermentada en la cocina. Mara volvió con la respuesta: una botellita de alcohol del botiquín que estaba por la mitad, cerca de un cuarto de litro, y los restos de azúcar disponibles.

Agregamos un chorro de alcohol al primer frasco, una cucharada

de azúcar y volvimos a brindar: una brasa nos recorrió el pecho por dentro. Sonreímos. Así era otra cosa. Fui a la parrilla y saqué el pollo que llevaba más de una hora sobre las brasas de madera blanda permanentemente renovadas. Lo acerqué a la mesa en una fuente y lo serví en dos platos con zapallitos y hojas de menta. Nos sentamos a cenar mientras charlábamos iluminados por el fuego, un foco de luz de la galería y una llama encendida dentro del pecho alimentada por nuestra precaria bebida. Reconocí el placer del alcohol como alguien que recuerda la forma de andar en bicicleta sin caerse: el mundo se acomodaba, los bordes de los objetos se suavizaban, Mara se hacía más deseable y los problemas se alejaban en una balsa.

Íbamos por la mitad del plato cuando interrumpí una explicación sobre astronomía para buscar los otros frascos. Los cargamos equitativamente con el alcohol que quedaba, agregamos más leña al fuego y vimos cómo subía el vapor de la tierra siempre húmeda. Cuando terminamos de comer ya estaba muy borracho y sentí la necesidad física de la música. Mara comenzó a cantar clásicos de nuestra adolescencia, que eran los clásicos de todas las adolescencias: Charly García, Fito Páez, algo de los Fabulosos Cadillacs, Alforja, Kevin Johansen. Tenía muy buena voz, entonaba de forma hermosa, pero no pude evitar subir el volumen hasta taparla. Ella empezó a cantar a los gritos. En algún momento empezamos a golpear la mesa en busca de ritmo. Era consciente de que sonaba horrible, pero el entusiasmo alcohólico, la necesidad de música y desahogo era tal que al mismo tiempo me parecía maravilloso. Comenzamos a bailar alrededor del fuego, a gritar, a empujarnos. En un momento caí y apoyé la mano sobre una brasa. Grité del dolor y el susto me sacó la borrachera en un instante. Mara comenzó a gritar más fuerte, imitándome, y estalló en una risa. Puse la mano sobre el pasto húmedo por el rocío y el dolor cesó. Volvimos a bailar, a cantar siguiendo la Luna, a beber el licor de mandarina que ya chorreaba por nuestra ropa. Era muy extraña la sensación de que toda la fiesta éramos nosotros dos, que si alguno aflojaba el ruido era rápidamente absorbido por el colchón silencioso de alrededor. No había espacio para quedarse observando. Volvimos a empujarnos, coqueteando con caer nuevamente en el fuego. Transpiraba y la sed me hacía tomar más

licor.

No sé cuánto tiempo llevamos así. En un momento de furia, ya afónico, calculé mal un movimiento, choqué con Mara y entre la bruma de mi borrachera la vi volar hacia el fuego. Alcancé a darle un empujón fuerte a tiempo y cayó de costado sobre algunas brasas que le encendieron los flecos del pulóver; la humedad reinante aplacó enseguida la combustión. Se levantó con furia y corrió hasta mí, me empujó, tropecé con un tronco y caí de espalda. Se tiró arriba mío, me dejó sin respiración y comenzó a pegarme en el pecho. La atenacé con los brazos impidiéndole moverse y luego la solté para arrancarle los pantalones mientras ella seguía golpeándome y rasguñándome cada vez que podía. La di vuelta para que dejara de hacerlo, me bajé el pantalón y entré en ella, los dos tirados en el piso, embarrados, fríos, borrachos y transpirados. Ella gritaba de placer, insultaba y me insultaba para que me moviera más rápido. El alcohol me hizo demorarme más de lo habitual pero no afectó mi placer. Mara me agarraba y me sacudía a su ritmo.

Al terminar, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, vomitamos. Apenas recuperamos la respiración corrimos al interior de la casa muertos de frío. Adentro se mantenía el calor de nuestra estufa. Agregué dos troncos. Mara se dio una ducha caliente. Yo alcancé a enjuagarme la boca y me acosté tal como estaba.

22

Siempre tuve fobia a los objetos. Después de mi viaje al sur con Pepo me quedó la sensación permanente de que eran un lastre en mi mochila. Apenas terminaba de usar algo hasta el límite final, me encargaba de tirarlo: mis calzoncillos se usaban hasta que el último hilo se cortaba, las remeras más feas, que no me gustaba usar, quedaban para el invierno, los cables de una lámpara rota se guardaban para reparar otras, los restos de comida quedaban en la heladera hasta que resultaban incomibles y solo entonces, con culpa, se tiraban a la basura. En mi habitación de adolescente y después cuando tuve mi primer departamento, me encargué de tener lo imprescindible. El resto, lo que no usaba, me apuntaba con el dedo acusándome de derroche. Cuando leí *Instrucciones para dar cuerda al reloj* de Cortázar, agradecí que alguien pudiera poner en palabras tan precisas lo que yo siempre había sentido: "A ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj". Un objeto que no se usaba durante dos meses era automáticamente regalado o abandonado en la calle para que alguien más lo aprovechara. Hacerlo era una liberación físicamente tangible. El mundo digital me permitía leer sin acumular kilos de papel que ya no servirían para nada en mi biblioteca. Solo la presión social para respetar algunas reglas me impedía tener aún menos. Al terminar la infancia me hice inmune al placer de los estrenos: una ropa nueva, la caja de marcadores recién regalada, el mueble diseñado especialmente.

La molestia del derroche tenía su contracara en el placer de aprovechar un sillón cómodo abandonado en la calle, limpiarlo y repararlo. Comprar algo con dinero me producía una deuda, una necesidad de justificar que ese objeto se comiera horas de mi trabajo en una colonia cuidando niños o dando clases. El objeto no era mío: ese objeto se había alimentado de mi esfuerzo y se había

apropiado de mi tiempo. Recuerdo cuando cansado de pelar papas con un cuchillo invertí lo que me parecía mucho dinero en un buen pelador, con mango de goma. La idea era que se pagaría solo por el tiempo que me ahorraría en pelar papas y por reducir el desperdicio de papa al sacar la piel en capas más finas. Nunca necesité hacer cálculos mentales para llegar a esas conclusiones: era más bien un proceso independiente que se desarrollaba en mi cerebro sin mi intervención y simplemente guiaba mis acciones.

Por eso me indigné al ver que ese artefacto comprado con mi tiempo de trabajo, que traía un mango antideslizante y líneas agradablemente curvas, no cumplía su función principal: pelar papas. Arrancaba, desgarraba, partía, pero no pelaba. Alguien había gastado dinero, tiempo, recursos naturales, trabajo humano para hacer algo que no servía. Mi indignación me llevó, sin comer, con algunas papas a medio pelar, a protestar de nuevo en el hipermercado donde lo había comprado para que me devolvieran el dinero. Perdí dos horas hasta lograr mi objetivo, recuperar unos pocos pesos, pero no sentí el alivio. El daño al mundo ya estaba cristalizado en cientos o miles de pelapapas inútiles y era irreversible. Cuando veía a otros atorarse de objetos que compraban con desesperación pero, días, horas o minutos después los dejaban abandonados para siempre, sentía una irritación incontrolable.

Recuerdo una pelea con una compañera del profesorado que llegaba a clases diariamente transformada: un día era una punk con borceguíes y labios negros, a la semana siguiente una hippie llena de telas flotantes y aros larguísimos, más tarde llegaba con rastas. Después aparecía con la cabeza afeitada e indumentaria minimalista: camisa de hombre blanca cerrada hasta el cuello y calzas negras. Ese era el aspecto más visible de sus transformaciones, que iban acompañadas por sus gustos musicales, su acento y actitudes frente a los demás (a veces no parecía poder callar y otras no hablaba durante toda la clase). Una vez fui a su casa: del perchero colgaban no menos de diez bolsos acordes a sus variadas personalidades: cuero, plástico, grandes, pequeños, coloridos, negros, con tachas, cancheros, chic. Recuerdo que no pude contenerme e hice un comentario irónico cargado de reflexiones propias sobre el ascetismo, la necesidad de no derrochar, no aturdirse con objetos, enfrentar desnudo al mundo y

su sinsentido, la injusticia social de que alguien tuviera tantos bolsos mientras otros no accedían a la comida... todo eso estaba encerrado en mi frase a la que ella simplemente contestó: “Tengo muchos porque me gusta variar”. La respuesta me pareció tan frívola, tan tonta e ignorante que me quedé callado unos minutos. Para ella alcanzaba con poder pagar por algo para permitirse poseerlo. Era tan simple, tan evidente como eso y, al mismo tiempo, a mí no me entraba en la cabeza.

Cuando me recuperé, lancé un discurso que fue recibido como un síntoma de locura irrecuperable. Le dije lo que había pensado: que le alcanzaba con poder pagar algo para hacerlo, con que fuera posible para ejecutarlo. Las consecuencias no importaban. Que era igual para los poderosos del planeta que porque tenían el poder para hacer algo, lo hacían sin pagar las consecuencias. Si querían transformar un campo productor de comida en un jardín para pasear, como habían hecho los lores ingleses en sus cotos de caza, ¿por qué no lo harían? “Esa es la moral imperante”, debo haber dicho. Me contestó que igual, aquel capaz de contener sus instintos no ayudaba al mundo a ser un lugar un poco mejor, simplemente se perdía la posibilidad de disfrutarlo. No me sirvió contestarle que pocas excusas se deben haber usado tanto como “si no lo hago yo alguien más lo hará”. Así el mundo era ocupado por los sin escrúpulos. Cuando terminamos, mis compañeros me miraron con medias sonrisas, pensando que probablemente me gustaba esa chica. Nadie me tomó en serio, como era de esperar.

El tiempo me ayudó a vivir con menos peso esa obsesión, tal vez a ocultarla, aunque dentro de mí permaneció inmutable. No dejé de sentir que la gente se aturdía con cosas. La satisfacción podía ser más fugaz que un chispazo.

23

Una mañana fui a recoger alambres al galpón para reparar unas ventanas. Al volver le comenté a Mara que había visto un tacho de pintura blanca en el galpón del río. Cuando lo pienso ahora, no tengo claro por qué se lo mencioné: el galpón estaba lleno de herramientas y materiales. Que hubiera pintura era esperable. ¿Estaría dando pie inconscientemente para que ella hiciera una sugerencia? ¿No me atrevía yo mismo a hacerme la pregunta?

Mara me preguntó si era para exteriores o interiores. No me había fijado.

—En cualquier caso podemos pintar la casa —me dijo ella.

Me quedé sorprendido y pregunté en voz alta, como hablando conmigo mismo: "¿Para qué pintar la casa? ¿Quién la vería?"

—Nosotros.

Me parecía razonable y una estupidez. Es cierto que antes uno pintaba su casa regularmente para que estuviera linda, para sentirse orgulloso cuando mostrara a los amigos cómo cuidaba su nido, para estar en un ambiente agradable que revelara el amor que se alojaba ahí y por otras razones (o al menos eso creía). Pero ahora todo eso resultaba lejano, impostado. Me resultaba muy difícil sentir que valía la pena. Nuestra ropa estaba ajada, vieja y con un homogéneo color de barro. El piso siempre tenía tierra aunque intentáramos sacarla barriendo con lo que quedaba de la escoba. Las ollas tenían grasa que no lográbamos quitar, aunque Mara un par de veces hirvió agua potable para dejarlas mejor. Mi pelo estaba notablemente sucio, aunque ahora lo usara muy corto. Mis manos tenían cortes por todos lados y las uñas rotas. Los cepillos de dientes prácticamente no servían para nada. Ya no quedaba dentífrico ni jabón.

—Si pintamos la casa se va a notar más la mugre de todo lo

demás —resumí.

—Algo es algo —me dijo—. No nos va a mejorar el aliento ni el brillo del pelo, pero por lo menos algo va a estar blanco. Me canso a veces de que todo tenga el mismo color de la tierra y el barro. Hasta las cosas de madera. Siento que hasta la piel se nos tiñó.

—Eso no es necesariamente malo. En otra época te habría parecido muy romántico.

Se quedó callada, como pensando. Supuse que le pasaba lo mismo que a mí: las cosas se veían distintas, importaban distinto, en un contexto nuevo. Era cierto, el mundo se había vuelto más monocromático, casi insípido por la escasa variedad de sabores, menos sensual por la falta de estímulos. Éramos como Adán y Eva. Solo que habíamos tenido la suerte de elegirnos entre varios antes de quedarnos solos. Si hubiera habido una manzana capaz de cambiar algo en esa isla, la habríamos comido a consciencia. Ya no había un mundo de ruido al que salir por un momento a llenarse de estímulos. Cuando iba al Saludes, los colores brillantes, puros, los bordes redondeados, las cosas sin parches me resultaban tremendamente artificiales, hasta el punto de darme desconfianza, como si fueran impostadas. Mara contestó:

—Puede ser. Pero ahora me parece bastante menos romántico que antes.

—Uno pinta una casa si piensa que se va a quedar mucho tiempo más —le dije.

Mara me miró a los ojos.

—¿Tenés ganas de irte?

Me desconcertó con la pregunta. Nuestras charlas se estiraban, a veces se demoraban entre horas de silencios. Aproveché para no responder. Salí de la casa, caminé hasta el galpón con Maro al lado. Cuando entré miré bien el tacho de pintura y comprendí que no era común sino “asfáltica”, signifique eso lo que signifique. Al abrirla parecía muy espesa y tenía un olor extraño.

Volví a la casa y le dije a Mara que la pintura era para pintar la calle, no casas. Que no nos servía.

Cuando Mara se sentía agobiada por el caos, iniciaba su camino hacia la paz espiritual lavando los platos. A las noches, generalmente después de comer, se ponía a fregar. Primero separaba cualquier trozo de alimento milagrosamente salvado de

nuestra voracidad para dárselo a Maro, luego juntaba los eventuales restos de verdura en un bidón cortado que estaba al lado de la heladera; una vez lleno, lo vaciábamos en el compost. Mientras hubo detergente, tal vez el primer mes, se esmeraba bastante en desengrasar los platos y los cubiertos. Como el final del detergente coincidió prácticamente con el final del aceite, el lavado se volvió más bien un enjuague minucioso que aprovechaba la esponjita de acero en las escasas ocasiones en que algo se adhería al plato. Luego de dejar todo secando, pasaba un trapo por la mesada para limpiar las salpicaduras. Era más parecido a un ritual religioso que a una actividad doméstica: me hacía acordar a los musulmanes que interrumpen sus actividades para arrodillarse, llevar la cabeza al piso y orar.

Ese momento de lavado de platos era para ella un espacio de recogimiento, de colaboración con el orden en el planeta. Cuando se levantaba algo angustiada o ansiosa, lo primero que hacía era tender la cama metódicamente, doblando el borde de la sábana inferior por encima de las frazadas en una franja simétrica y sin arrugas; no importaba que tuviera un uniforme color a tierra pese a (o gracias a) los lavados con agua embarrada. Yo podía reconocer su estado de ánimo en sus gestos cotidianos.

Cuando lavaba los platos después del almuerzo, sin esperar los de la noche, era porque la molestia no había cedido y yo debía prepararme para convivir con una huraña.

Cada tanto ocurre un fenómeno extraño: algo se eleva sobre el abismo de sinsentido que nos rodea. Lo hace de manera fugaz para ubicarnos por encima de la inutilidad de tanto esfuerzo por seguir.

Algunas cosas lo logran por el horror: la muerte de un ser querido, el dolor físico profundo, la tristeza infinita que produce a veces la injusticia. En estas extrañas circunstancias nos alzamos aun a pesar nuestro por encima del "da lo mismo", porque si diera lo mismo no podríamos sentir el desconsuelo tan profundamente.

Lo mismo ocurre con un puñado de cosas buenas: el nacimiento de un niño, el placer de comprender algo que parecía tremendamente complejo, hacer el amor mirando a los ojos. Es tan fugaz como maravilloso, aun cuando resulta cursi. Durante unos instantes las

preguntas ya no existen, se evaporan, se esconden debajo de la aplastante evidencia de que sí tiene sentido.

Por esos fugaces momentos es que seguimos. Por esos instantes es que podemos vivir cruzando el desierto.

Extraño a Mara, su mirada fundida con la mía en el momento en que la comunicación parece posible. Al mismo tiempo la tortura de su ausencia me acicatea de una manera extraña para seguir adelante, para no dejarme morir.

24

Excepto por la ansiedad que nos provocaba la comida y los momentos de angustia, nos acostumbramos a nuestra nueva vida ascética. Al principio, cuando llegaba la hora de acostarse después de un día de trabajo al aire libre, Mara me sugería que me bañara antes de entrar a la cama. Cuando se terminó el jabón ya no volvió sobre el tema. Sospeché (pero nunca pude comprobar) que, de alguna manera extraña, mi olor, que antes le había generado rechazo, ahora la excitaba. Después del episodio del licor de mandarinas y la llegada del calor, comenzamos a tener relaciones con regularidad y, por momentos, con una frecuencia más acorde a los inicios de nuestra pareja, cuando aprovechábamos cada instante juntos para satisfacer un deseo sexual imposible de colmar.

Nos refugiábamos cada noche, solos en el mundo, abrazados abajo de las frazadas, en busca de calor. El sexo era el último amparo donde olvidarnos a nosotros mismos, donde descansar de nuestro cerebro ante la falta de libros, películas, fiestas, música, amigos, alcohol, drogas. Me resulta difícil de definir, pero Mara parecía, por momentos, transformarse en un animal primitivo, sin ataduras, puras sensaciones que no temía expresar con gemidos y gritos. No sé si hice el mismo proceso por mi lado o ella me embarcó en el suyo, pero también fui soltando las ataduras en un viaje casi espiritual. No logro saber si la rutina chata nos generaba presión o era la falta de esta la que nos hacía explotar.

Nuestra vida cultural se había reducido a escuchar dos discos (Shakira y Julio Iglesias) y ver una película (*El renacido*). Alguna noche, aburridos, intentamos reconstruir las letras de canciones que nos gustaban, las anotábamos. A ese cuaderno le decíamos “la discoteca”: a veces lo sacábamos y nos cantábamos intentando acompañamientos de percusión con un bidón que tenía buen

sonido. Pero nos aburríamos pronto e íbamos a la cama a saciarnos con lo único disponible.

Una noche en la que Mara estaba particularmente salvaje, me pidió que no saliera para eyacular. En el momento más difícil para pensar fríamente logré no hacerle caso y salí igual, dejando mi orgasmo semitrunco pero mi semen fuera de la zona de riesgo. Apenas recuperamos el aliento comenzamos una discusión llena de reproches; no era manera de proponer la paternidad, ¿estaba loca?, ¿cómo podríamos tener un hijo en ese contexto? Como no me respondía, agregué que si esos argumentos no alcanzaban, podíamos hablar de los peligros del parto. Subestimé su impulso: me dijo que era un mentiroso, que siempre le había hablado de vivir en consonancia con la naturaleza, en no necesitar nada más, en que la vida no tenía sentido y ahora planificaba como un contador estirando los ahorros hasta la muerte.

—¿Nadie más va a tener hijos? ¿La humanidad se va a terminar?

—No voy a discutir eso con vos. Estás enloqueciendo.

—¿No te animás a tener simplemente un hijo y después ver, como siempre hizo la humanidad? ¿Qué hace falta para tener hijos? ¿Que haya escuelas, vacunas, niñeras?

—¿Amiguitos? ¿No te parece que podría necesitar otra gente?

Mara pareció dudar.

—Vamos a buscar otra gente, entonces. Ya no deben quedar tantas personas vivas. Tal vez haya otros como nosotros que necesitan compañía, amigos para sus hijos. Por ahí los recursos alcanzan de nuevo y la humanidad se está reorganizando. —Pareció incomodarse con la palabra “humanidad”. No sabíamos lo que ocurría en la costa, a unos pocos kilómetros, y especulaba con lo que le ocurría a la “humanidad”.

—Hasta ahora no tenía idea de que necesitáramos más compañía.

—¿Qué querés hacer? ¿Vivir acá hasta que nos muramos de viejos? ¿Eso es todo?

—No lo sé: ¿Podría haber otra cosa? ¿Una comunidad que finalmente construya la utopía sobre la faz de la tierra?

—¿Por qué no? Algo así deben haber sentido en Europa después de la peste negra o después de la Segunda Guerra Mundial, la sensación de que ya nada volvería a ser igual. Pero al final el

mundo siguió.

—Alguna forma de Estado sobrevivió hasta en esas situaciones. Ahora es distinto. No queda nada.

—Eso pensás vos, pero no lo sabés. ¿Y si las cosas se asentaron de nuevo? ¿Y si se está reorganizando todo y nosotros estamos acá como idiotas desde hace meses?

—Cuando veamos pasar un avión o una lancha, lo voy a creer. Después voy a rezar para que no nos disparen. Estamos a un par de kilómetros de la costa y jamás vimos una sola señal de vida.

—¿Creés que somos los últimos sobrevivientes? —La pregunta ya no sonaba retórica. Había preocupación en su tono.

—No lo creo.

—¿Y por qué no suponer que haya otros como nosotros? Podemos intentarlo.

—No sé si sería bueno que sean como nosotros, que andamos siempre con un machete y la pistola.

Igual comprendí: hablaba en serio. No era un gesto desesperado para combatir el aburrimiento. Mara estaba pidiendo un horizonte, un algo hacia donde ir, un hijo, una comunidad o cualquier cosa distinta a la monotonía esforzadamente apilada delante de nuestros ojos.

—Podemos hacer alguna excursión al continente. Podemos buscar algunas cosas que nos faltan y ver si hay alguien —acepté, consciente de que en cualquier caso podría ser una buena idea para ver cómo estaban las cosas y, de ser posible, reaprovisionarnos un poco.

—Tal vez podamos traer algo de chocolate. Un tambor. Música —me dijo y miró a otro lado, sin denotar ironía. Pero saludé feliz el regreso de la calma.

Un mes más tarde, a fines de noviembre o principios de diciembre según mis cálculos cada vez menos cuidadosos, cuando el calor se hizo intenso, nos quedamos sin sal. La comida se volvió aún más insípida y aburrida, algo que no imaginaba posible. Nos levantábamos y mientras tomábamos un té de menta y masticábamos una mandarina ya pasada, fantaseábamos sin confesarlo con medialunas y tostadas con dulce de leche. Al mediodía no importaba cuánto limón le pusiéramos a los zapallitos y al pollo: a veces nos debatíamos entre el hambre y la náusea. Ni

siquiera en mi adolescencia, durante los meses que pasé obsesionado con una chica con la que soñaba cada noche, me acerqué siquiera a un nivel aproximado de visión recortada de la realidad: ahora todo era comida, potencial sabor, eventual satisfacción del apetito. Mi cerebro no tenía ni me daba paz. Proyectaba imágenes de platos deliciosos, torturándome para que resolviera su necesidad. Mara estaba cada vez más delgada. Yo también. Éramos pura fibra por el escaso alimento, la falta de grasas, azúcares y el ejercicio constante. Mara probó con el yoga para ocupar el vacío sensorial de su paladar con algún tipo de paz interior, pero dudaba permanentemente entre los ejercicios. Igual, me dijo, seguía pensando en la comida. Nuestro sexo se volvió aún más salvaje y temí por la posibilidad real de un embarazo. Me sentía como un yonqui al que le sacan la heroína, la cocaína, el azúcar, la televisión, el arte, las harinas, los colores brillantes al mismo tiempo. Comenzamos a irritarnos con mayor frecuencia.

Solo el calor, cuando se hizo más intenso, nos distrajo un poco por la necesidad de refrescarnos. Además, el aire cargado de humedad se hizo tan pesado que redujo nuestra ansiedad por las grasas y los carbohidratos. Nos forzó también a usar cada vez menos ropa, protegernos de los mosquitos y, finalmente, a pasar las horas de la tarde en el río. Con el avance del verano se hizo un hábito cotidiano pasar los mediodías en el muelle. Nos desnudábamos y flotábamos un rato. Había cientos de bidones vacíos en el galpón. Tomé algunos y los até a un palo para hacer una especie de flotador. Más tarde agregué otros hasta hacer una balsa y la sujeté a un árbol con una soga. Los días de calor intenso me dormía sobre mi cama flotante, bajo la sombra, acunado por las aguas tranquilas.

La primera vez que Mara entró al agua, me convencí de que no había visto los cadáveres flotando el día que llegamos a la isla.

Una tarde, particularmente soporífera y agobiante, al despertar de mi siesta flotante, hice un ejercicio introspectivo que había sido habitual en mí: imaginar qué habría pensado yo hacía diez años si hubiera podido verme en ese presente. Imaginé a mi alter ego más joven mirando a ese hombre desnudo, con barba cortada con tijera, flotando sobre bidones en un río marrón, preguntándose qué podría haber pasado: “¿Me habré animado a abandonar el mundo

civilizado y decadente para vivir enteramente de la naturaleza?". Era una fantasía de esas que nunca se transforman en proyecto real. Mi yo más joven se habría sentido orgulloso de mí. Era ya plenamente consciente de que, a partir del mayor desastre de la humanidad, Mara y yo habíamos dado un paso fantaseado durante insistentes noches de insomnio urbano. Esas ideas desaparecían en las mañanas al momento de ponernos la ropa, calentar el agua para el mate y juntar las cosas para otro día de trabajo. Ciertas fantasías solo funcionan en la cama, con insomnio y el cuerpo escamoteado por unas horas a la rutina. Tal vez si ese joven que fui hubiera dado el paso adelante para vivir de la naturaleza, habría sentido que la falta de comida y sabores era una decisión.

Lo máximo a lo que se puede aspirar en la vida, si uno es muy pero muy afortunado, es a elegir qué tipo de problemas deberá enfrentar. Esta vez no habíamos elegido nosotros: los problemas habían llegado primero y con prepotencia.

Mientras pensaba o dormía en mi balsa, Mara solía lavar la ropa. Era una de sus obsesiones. Se quejaba de que no le quedaban corpiños sanos o de tener que atarse con soga unos pantalones de trabajo demasiado grandes. Aun así, no abandonaba la preocupación por su aspecto: un día me pidió que le cortara bien corto el pelo enmarañado y duro, al que solo le ponía algo de aloe vera que encontramos en unas macetas, al lado del obrador. El pelo renacido en su cuero cabelludo ya tenía cuatro o cinco centímetros de largo y le emparejé el resto. Solo le dejé unos mechones más extensos en el flequillo porque me gustaba verla acomodárselos en la oreja o caer sobre su cara.

Ella se hizo una vincha de alambre grueso envuelto en un paño verde para darle color y que el óxido no le manchara el pelo castaño, cada vez más claro, reseco y desteñido por el sol. También tenía un vestido verde con dibujos violetas, corto, que a veces se ponía a la noche al salir de bañarse y permitía ver sus piernas fibrosas, cubiertas de raspones y un vello imposible de ocultar pese a que en las tardes junto al río lo arrancaba interminablemente con una pinza pequeña. Antes de dormir se sacaba el vestido, lo doblaba y colocaba en una bolsa que depositaba en un estante. Me sorprendía la supervivencia de su coquetería y me preguntaba en qué se apoyaba: el esfuerzo por seducirme claramente no tenía

sentido y jamás había sido de preocuparse por mi opinión. De hecho, siempre había tomado mis halagos con una sonrisa medida, agradecida, pero transparente: mis comentarios la tenían sin cuidado o eso quería que pensara. También era posible descartar la mirada competitiva de otras mujeres y ni siquiera había espejos excepto por uno penumbroso en el botiquín del baño donde, a duras penas, entraba nuestra cara. También la pesqué alguna vez mirándose en las fotos recién impresas. No había narcisismo en su mirada, sino más bien una preocupación por reencontrarse con su aspecto, saber dónde estaba parada. Parecía ser un fin en sí mismo, no un medio para algo; si alguna vez había existido, ya no estaba.

Todo su cuidado conformaba un hábito, un ritual femenino ancestral sin justificación racional o que me resultara comprensible. Al principio se metía al agua solo con una bombacha, pero luego se quejó de que se le estaba estirando al mojarse. Le quedaban apenas dos y comenzó a entrar totalmente desnuda. Al salir se cubría con una toalla que colgaba de una rama seca al sol. Había algo irrenunciable en su cuidado que me daba curiosidad, me enternecía, me gustaba. Nunca podríamos terminar de despedirnos de lo que éramos, por mucho que cambiara el entorno.

Los días de calor nos relajaban, nos hacían más indolentes y yo me entregaba a largas reflexiones que pasaba a mi cuaderno. Podríamos habernos quedado en ese puro presente, en esa calesita de resolver alguna necesidad cotidiana mientras los zapallitos y los pollos se reproducían cuidados por el sol, pero había un deseo insalvable que solo nos daba algunas treguas breves y cuya cara más visible era nuestra desesperación por comer otras cosas. Para peor, ya no pasábamos hambre sino que, por el contrario, la comida resultaba suficiente y, por momentos, abundante; era entonces cuando la falta de variedad se hacía más insoportable.

25

La noche en que pensábamos festejar año nuevo con un pollo (sobre el que arrojamos una pequeña cantidad de sal raspada de una costra pegada al fondo de un recipiente olvidado), estalló la peor tormenta desde nuestra llegada. Parecía que nos estaban bombardeando. Sentimos el piso vibrar con los truenos más cercanos. Comimos preocupados y nos acostamos temprano, abrazados en la cama escuchando un viento dispuesto a arrancar el techo con sus ráfagas. Maro aulló un par de veces. Solo nos dormimos a la madrugada, cuando menguó la lluvia.

A la mañana el sol se reflejaba en los árboles aún húmedos. Cuando me levanté, encendí la bomba para preparar un té de menta, pero no arrancó. Encendí las luces y comprendí que nos habíamos quedado sin electricidad. Le dije a Mara lo que pasaba, me vestí, salí y subí al techo con la esperanza de notar algo raro en los paneles. Parecían estar como siempre a pesar de la tormenta. Mis conocimientos en electricidad no daban para mucho más que probar dando golpes suaves primero, más fuertes después, repasar la conexión de extremo a extremo y hasta cambiar uno de los cables resecos por el sol; encendí y apagué los distintos aparatos innumerables veces, como esperando un milagro. Lo único que logré fue marearme por el calor. Al intentar girar la bomba manualmente para el lado equivocado, perdimos casi toda el agua que nos quedaba. Nos dimos cuenta de que apenas teníamos reservas para un par de días. Trajimos unos bidones llenos del río, hervimos el agua, la filtramos varias veces, la dejamos decantar, pero resultó ser horrible aunque le agregamos mucho limón y hierbabuena. Una vez más, ante la ausencia de agua potable, recuperamos la idea de su verdadero valor.

No nos quedó alternativa: al día siguiente organizaríamos la casa

para irnos al continente en busca de agua, alimentos y nuevos paneles solares, suponiendo que eso resolvería el problema. Ahora me suena utópico habernos creído capaces de lograr tanto, pero en el momento la situación nos parecía tan insostenible que nos permitimos fantasear con un comité de bienvenida en el continente, con gente organizada, llena de sal, pan y chocolates para nosotros.

Preparamos un par de pollos que dejamos secar sobre la parrilla. Lo envolvimos luego con bolsas y colocamos en una caja hermética de plástico junto a unos huevos duros. También pusimos verduras en un recipiente sellado. Volví a cortar el pasto en la zona más cercana a la casa y le di las lombrices que encontré a las gallinas como para que nos recordaran con cariño y no se fueran demasiado lejos durante nuestra ausencia. Esa noche hicimos el amor con furia: Mara me pegó con el puño cerrado en el pecho. Le di un par de cachetazos más fuertes de lo que me habría gustado. Terminamos transpirados y agotados, yo encima de ella. Abrimos las ventanas en busca de aire, nos colocamos bajo el mosquitero y después dormimos abrazados sin preocuparnos por la transpiración. Maro aulló de nuevo esa noche. Creo que había luna llena.

A la mañana siguiente desayunamos uno de los pollos cocinados la noche anterior. No pudimos terminarlo, aunque sabíamos que lo mejor sería ir hacia lo desconocido llenos de energía. Le dimos los restos a Maro, que nos miró sorprendido, casi desconfiado, por tanta generosidad repentina. Mara le explicó que habíamos decidido dejarlo para que cuidara la casa, pero que se quedara tranquilo porque volveríamos. Movió la cola y se puso a saltar, ansioso, como cada vez que le prestábamos atención. Cargamos la comida que teníamos en las mochilas, junto a la pistola, ropa, el agua horrible disponible, el machete y una lista mental de prioridades acicateando nuestra imaginación: sal, chocolate, azúcar, filtros de agua, fósforos, semillas, jabón, paneles solares, corpiños y bombachas, ¡champú, vino!... parecíamos en camino a un shopping. Me prometí traer una vaca, oveja o cualquier otro animal que me permitiera no cortar más el pasto.

Caminamos hasta el galpón. Al llegar al Saludes vimos que estaba encallado, pero como el agua corría rápidamente hacia una próxima crecida, decidimos subirnos igual y esperar a que se soltara mientras tomábamos un té de menta de un termo, sobre los asientos

inclinados como el barco. Repasamos nuevamente la lista mental de cosas a conseguir, incluso aquellas más improbables entre las que destacaban hojitas de afeitar, calditos de sopa, libros y películas. Después nos quedamos callados y yo me dormí unos minutos.

Me desperté al sentir una sacudida que liberó al Saludes y lo dejó flotando suavemente sobre las aguas. Abrimos las velas aprovechando el viento suave y avanzamos por el río en dirección a la desembocadura, con la idea de desandar el camino que nos había llevado hasta allí. Era pasado el mediodía y corría una brisa agradable, capaz de secar un poco nuestra transpiración permanente. Bajo la dirección de la capitana, salimos al río más grande y enfilamos por él hacia el lado que creíamos debía estar el continente. En las márgenes vimos un par de casas; a juzgar por cómo las cubrían las plantas, debían estar abandonadas. Pensamos en acercarnos en busca de algo que nos sirviera, pero el viento hacía difícil maniobrar y decidimos avanzar directo hacia el continente.

Desembocamos en un río aún más ancho y enfrente vimos unas hileras de casas modernas y espaciadas, seguramente un barrio privado. Tomé de un aparador un catalejo dorado, mezcla de instrumento y reliquia: había una entrada con una barrera baja y una garita medio derrumbada. No se llegaba a ver si había alguien adentro. Algunos autos y calles nos confirmaron que era el continente. El viento se hacía más fuerte a medida que nos acercábamos al centro del río, pero tomándolo de costado pudimos avanzar hacia el lugar donde, creíamos, estaba el centro de Tigre. Teníamos conciencia permanente de estar expuestos a la mirada de cualquier observador. Avanzamos hasta ver un amarradero y una guardería de lanchas. Al llegar arriamos las velas y con un golpe fuerte apenas amortiguado por los esfuerzos de Mara, dimos contra un palo alto al que logramos amarrar el Saludes. El lugar parecía tranquilo, abandonado. Algunas chapas del techo de la guardería colgaban.

Me saqué la ropa y me lancé al agua para buscar un bote cercano, tomamos nuestras mochilas con pocas cosas y me puse al hombro otra más grande y vacía que serviría para cargar nuestras “compras”. Remamos escasos metros hasta la rampa, descendimos del bote, y cruzamos la guardería sin ver a nadie, ni vivo ni muerto.

Llegamos a la entrada, nos asomamos afuera. Parecía un pueblo abandonado: suciedad, algún auto incendiado y plantas creciendo por cada resquicio que le dejaba el asfalto. La vida floreciendo entre el abandono y la muerte. Más allá se veían algunas casas con rejas adelante.

—Busquemos un supermercado—dijo Mara en voz baja.

—No debe quedar nada en ningún supermercado.

—Si no hay nada, revisamos las casas.

Caminamos lentamente. Era muy extraño el silencio, la falta de motores encendidos, gritos, niños jugando. Si se había restablecido algún tipo de nuevo orden, no había llegado hasta esa parte de la provincia. Pasamos por un almacén de aspecto viejo, muy de barrio, que tenía la puerta rota. Nos asomamos a su interior: no quedaba nada en los estantes, las heladeras o los mostradores. Entramos con la esperanza de encontrar algo en el depósito, pero solo había una habitación vacía detrás del negocio. Otra puerta medio abierta conducía a un patio interior y, supusimos, a una casa. Mara quería entrar, pero le dije que no tenía sentido. Se percibía un olor desagradable.

Al salir nuevamente a la calle sentimos unos ladridos. Siete u ocho perros se acercaron corriendo amenazadores. Retrocedimos nuevamente hasta la puerta y saqué el machete justo a tiempo para hacerle un corte en la cabeza al primero, que cayó de costado y llorando. Los demás tomaron distancia pero siguieron ladrando furiosos, llenos de saliva. Sonó un disparo y cayó otro. Los demás salieron corriendo y nosotros nos metimos nuevamente al almacén. Sentí un grito que nos llamaba y al asomarme con cuidado, pude ver un hombre en una garita elevada sobre el muro de la vereda de enfrente. Parecía la parte trasera del barrio cerrado que habíamos visto desde el agua.

—¿De dónde son ustedes?

Era la primera voz nueva en meses. Pensé que si el guardia estaba dentro de la garita demoraría en bajar y nos daría tiempo para huir por la parte trasera del almacén. Pero mientras pensaba eso, Mara contestó mientras me miraba.

—Estábamos en una isla. Vinimos a buscar algunas cosas.

—¿Qué isla?

—No sabemos cómo se llama. Es enfrente.

—¿Qué necesitan? Por ahí podemos ayudarlos.

Yo tenía mis dudas, pero era cierto que sería muy difícil conseguir lo que buscábamos. Tal vez podríamos iniciar algún intercambio. Al fin y al cabo, el comercio había consolidado a la humanidad.

—Sal, chocolate, semillas y otras cosas.

—¿Y qué tienen para ofrecer?

Dudé y finalmente grité: "Gallinas".

—¿Gallinas? —la voz era decidida, pero el tono pareció entre sorprendido y entusiasmado—. Salgan para ver si podemos ayudarlos. Pongan las manos en alto. Es solo por precaución. No les voy a hacer nada.

Con Mara nos miramos. Le hice señas de que podríamos intentar huir por la parte trasera del almacén hasta salir por otra calle. Pero ella se negó: teníamos la posibilidad de encontrar otra gente, saber qué estaba pasando, intercambiar cosas. Yo también tenía curiosidad, pero mucho miedo de que después de tanto esfuerzo nos mataran o algo peor. ¿Y si nos esclavizaban? Nos miramos: ganó la curiosidad y el peso de meses de soledad.

Salimos al sol nuevamente con las manos en alto. De la garita nos miraron. El hombre que nos apuntaba era morocho, bajo, morrudo. Tenía una barba mal afeitada, un uniforme azul gastado y emparchado en varios lugares, una gorra desteñida, un chaleco antibalas y una ametralladora, pero sonreía y saludó con la mano que antes sostenía el caño.

—Caminen doscientos metros por esta calle hasta la entrada principal. Ahora aviso que van para ahí. —Con un gesto nos indicó la dirección y agregó mirándonos nuevamente desde la altura: —Supongo que las gallinas no las tienen con ustedes, ¿no?

—No —dije, y bajé las manos. Mara me imitó y comenzamos a caminar hacia la entrada.

Las calles estaban desoladas, con plantas surgiendo en cada pedazo de tierra o grieta del asfalto, aunque los árboles casi no tenían ramas o estaban serruchados hasta la raíz. Al llegar a la garita había unas bolsas de arena apiladas, con yuyos anidados entre las costuras. El lado de las bolsas que daba a la entrada estaba aplastado y gastado, como si soportara un tráfico regular. Un camión estaba cruzado más atrás, interceptando la entrada. Apenas

dejaba espacio para que pasara gente caminando. Los dos guardias de la puerta, con los mismos uniformes que el de la garita, nos esperaban. Uno de ellos nos palpó de armas, revisó las mochilas y me sacó el machete sin decirnos nada. Me di cuenta de que había olvidado la pistola a último momento sobre la mesa de nuestra casa. Nos hizo señas de que lo siguiéramos y entramos al barrio cerrado.

Había huertas en cada pedazo de tierra, algunas todavía incipientes, con plantas irreconocibles para mí. Se veía gente llevando tierra, sacando yuyos u ocupada en otra actividad agrícola a juzgar porque llevaban palas, amontonaban plantas o cortaban con tijeras de podar. Casi todos los techos tenían paneles solares y había un molino blanco de diseño moderno, muy parecido a los generadores eólicos, pero más pequeño. Más adelante se veía un terreno ondulado cruzado de surcos donde crecían unas plantas alargadas que, supuse, eran de maíz. Allí también había gente, no más de diez personas, mirando las plantas y hurgando. Finalmente entramos a un edificio grande que decía en la entrada "Country House" y en el que había varias oficinas con escritorios y computadoras. Los aires acondicionados estaban apagados y hacía un calor espantoso en el interior pese a dos ventiladores potentes. Ventanas y puertas estaban totalmente abiertas. La gente nos miraba con curiosidad, pero se veía bastante ocupada.

Nos hicieron pasar a una oficina con una mesa grande en el centro. Dos hombres sentados discutían algo en voz baja, señalando unos papeles. Uno era morocho, con corte de pelo militar, bigotes y uniforme azul gastado. Podría haber sido hermano del de la garita, aunque este tenía los ojos celestes. Por su cinturón grueso calculé que en la otra pierna debía tener una cartuchera con el arma. Sostenía unas hojas impresas y se las mostraba al hombre que estaba a su lado, de piel clara, pelo escaso, algo largo, peinado hacia el costado y anteojos de marco grueso que se acomodaba a cada instante. Tenía una camisa lejanamente blanca de manga, con varias generaciones de manchas. Tenía las uñas con tierra. El guardia nos hizo señas de que pasemos y nos sentemos en unas sillas vacías del otro lado de la mesa y nos dejó escuchando la conversación.

—Bueno, entonces otro viaje con veinte hombres a ver si conseguimos las vacas—dijo el de uniforme—. Vos decís una

hectárea por vaca. Vamos a tener que extendernos sobre el otro country, hay que conseguir materiales para cerrar la calle, hacer un camino... Vamos viendo. La última vez que salí tuve que ir hasta Luján a los tiros y volvimos con un par de gallinas.

—Lo sé, Ruper, lo sé. —El rubio parecía cansado de escuchar lo mismo—. Pero no hay otra, necesitamos las proteínas. Lo dice el doctor, la nutricionista, mi estómago...

—Pero nos cagan a tiros a nosotros por buscarte proteínas. —El tono era entre irónico y jocoso, pero no dejaba de haber una amenaza en el fondo. Sentí que nuestra mirada lo incentivaba a exagerar un poco.

—Ya te dije que los acompaño.

—Ya te dije que no servirías de mucho. —La "s" al final de "serviría" era incierta, disimulada.

De alguna manera el tema pareció saldado y finalmente nos miraron unos segundos, como intentado enfocarnos. El que habían llamado Ruper nos habló primero. Mara me apretó la mano.

—Bienvenidos: se los ve un poco sucios, pero en buen estado. ¿Cómo hicieron?

Intenté hablar, pero me trabé con mi propia flema y comencé a toser. Mara amagó a empezar, pero llegué a recuperarme y me dejó la palabra. Yo sabía que muchas veces ella prefería dejarme liderar como atajo para no tener que enfrentar el machismo y los pequeños malentendidos que genera. Era la primera vez que hablábamos a otra persona en meses.

—Vivíamos en una isla. Se rompió el motor que extraía agua potable y vinimos a ver si encontrábamos herramientas para arreglarlo. —Tomé aire de nuevo y carraspeé.

—¿Y es cierto que tienen gallinas?

—Sí.

—¿Cuántas?

Nos miramos con Mara. Ella contestó primero: —Unas cien —exageró.

Se miraron entre ellos: —Nos sirven. Les podemos dejar algunas... quiero decir: podemos cambiarles ochenta si quieren. ¿Qué necesitan?

—Alguien que nos repare los paneles y el motor del agua, sal, ajo, semillas, chocolate... —dijo Mara.

—¡Chocolate! —Rúper la interrumpió con una carcajada y el rubio sonrió divertido—. Eso no tenemos. Y lo de la sal, hay que discutirlo. El resto lo podemos hacer. Tenemos un experto en paneles solares —aclaró sin dejar nunca su tono irónico.

—No sabemos cómo es la situación acá —nos justifiqué—. Hace nueve meses que estamos aislados.

El rubio tomó aire.

—Nosotros hace nueve meses que estamos aislados en el country. Hicimos algunas salidas a buscar lo que necesitamos y también lo que aparece. Cada vez tenemos que alejarnos más. Está devastado, casi no queda nada.

—¿Todo el país está así? —pregunté ansioso—. ¿No vinieron cascos blancos o algo así?

Sonrieron con cierta ironía, pero contestaron serios.

—Hasta donde sabemos no existen ni cascos blancos ni Naciones Unidas ni nada. Solo nos llega una radio de onda corta en inglés que a veces dice que necesitan semillas y dan una dirección en las afueras de Londres. El resto del tiempo pasan música. Así que, hasta donde sabemos —repitió—, lo más parecido a un Estado somos nosotros —al parecer el tema lo frustraba y cambió con una pregunta—: ¿Ustedes qué saben hacer?

—¿Nuestra profesión? Somos maestros —dijo Mara.

—Ah, muy bien. —Parecía entusiasmado—. No tenemos nada de eso acá y hay chicos. La idea es que tengan clases. Tendríamos que ver un poco cómo organizarlo, articular con los agrónomos. Nos hemos vuelto pragmáticos—. El Rubio miró a Rúper, que parecía ansioso por sacarnos de encima, e interrumpió la charla.

—Si se quieren quedar, nos dicen. ¿Dónde están las gallinas? Hace poco se nos murieron de una epidemia de no sé qué. Estamos a pura verdurita hace dos semanas.

Les explicamos muy brevemente nuestra historia y quedamos en que nos acompañarían a la mañana en un tracker a buscar las gallinas. Esa noche nos quedaríamos con Sonia. La llamaron con un grito desde la ventana; era una mujer de piel ajada por el sol y ojos claros. Se acercó y nos saludó en silencio. Salimos y nos guió hasta su casa. Al salir comenzó a hablar y disfrutar de nuestras preguntas interminables. ¿Cuánta gente vivía ahí? ¿Cómo se organizaban? ¿Quiénes eran Rúper y el rubio? ¿Cuánto chocolate y sal tenían?

—Chicos, chicos: van a tener que bajar un poco la ansiedad. Acá vivimos mal, pero no hay alternativa. Yo estoy todo el día en la huerta salvo que me llamen a la oficina. Por suerte ahora me llamaron para recibirlos a ustedes y no tengo que volver con las lombrices y a sacar yuyos. No hay pesticidas, y encima hay muchos que no quieren usar nada de eso, quieren que la comida esté limpia, que no repitamos errores. Pero a mí, mientras tanto, se me está rompiendo la espalda a pesar de los años de pilates que tengo encima. Por suerte hay un par de ingenieros agrónomos que saben algo del tema y evitamos las plagas con plantas aromáticas. Hace un tiempo asaltamos —remarcó la palabra como si fuera una aventura — un vivero. Nos trajimos de todo. Por suerte, porque ahora solo comemos verduras. No sé si ya les contaron lo de las gallinas — asentimos con la cabeza—. En dos semanas no quedó ninguna — remató para retomar el tema anterior—. Los ingenieros no eran del barrio, los encontramos de casualidad. Bueno, ellos se acercaron y dijeron que sabían cultivar comida orgánica y como el pelotudo del agrónomo anterior casi nos mata con sus pesticidas... —Nos miró a los ojos para dar más fuerza a sus palabras—. Chicos con diarrea, viejos deshidratados... Uno se terminó muriendo, aunque el tipo decía que era por otra cosa. En fin; así fue que les dijeron que sí a estos otros ingenieros y vinieron a vivir adentro. Parece que los tipos saben: nos hacen mezclar las plantas, juntar la mierda, no sé. Es un asco, pero las plantas crecen casi como antes y no nos matan. Pero hay que trabajar. La cantidad de bichos que nos quieren robar la comida es tremenda. Ahora estamos esperando la primera cosecha de trigo y maíz. Están muy ansiosos por comer pan: ¡como locos! Ayer salió una expedición a buscar levadura. No sé cómo cuernos se hace la levadura, pero van a buscar, la traen y después la mantienen. Dicen que con un poco se puede hacer mucha más. La panadería la van a poner a dos casas de distancia de la mía. Estuvieron haciendo unas pruebas con harina que consiguieron de no sé dónde y se me hacía agua la boca con el olor. —Mientras hablaba caminamos por el barrio cerrado. La gente parecía ocupada, tranquila, aunque cada tanto pasaba algún uniformado con armas—. ¿Miran las armas? Tuvimos cuatro o cinco ataques de afuera, pero hace como dos o tres meses que está tranquilo. También algunos rateritos. A mi vecina le entró un sobrino para

robarle comida. En vez de entrar directamente, el pobrecito se quiso colar sin avisar. Casi lo matan, pero ella lo reconoció y ahora vive con nosotros. La tía me contó que se cagó encima cuando lo agarraron. Los ataques más grandes son otra cosa. En ningún caso eran profesionales, así que Ruper logró echarlos. Hay banditas, pero me parece que se están muriendo ahí afuera. Y acá adentro al que no labura, lo rajamos —bajó la voz—. A unos cuantos viejos que se pusieron a cacarear y a querer dar órdenes los llevaron a la puerta, los subieron a un auto y les dijeron que si volvían los cagaban a tiros. No había comida y los tipos exigían que les pusieran la mesa... estaban como locos. Algunos originarios no querían, pero los guardias están organizados y tienen las armas. Y los necesitamos.

—¿Los originarios? —preguntó Mara.

—Sí, los dueños, los que ya vivíamos acá. Los guardias trajeron a sus familias cuando reventó todo y ocuparon varias casas que estaban vacías. Fue medio tenso al principio, parecía que nos iban a matar, teníamos miedo, pero se dieron cuenta de que nos necesitaban. —Pareció recordar algo—. O sea, yo era masajista, pero ahora estoy en la huerta y soy muy trabajadora —tosió—. Y si el dueño de la casa ocupada llegaba, los cambiaban a otra. Eso pasó un par de veces, por suerte sin problemas. Se hizo un acuerdo: los guardias nos cuidaban y el resto hacía algún trabajo productivo. Por suerte Fer es un genio y logró negociar bien. Y hasta nos sacó un par de parásitos de encima. —Pareció acordarse de algo y se rió—. Un fin de semana los Argüello Echaide que vivían en esta casa. —Señaló a su derecha, hacia una construcción con pretensiones de castillo—, quisieron jugar al tenis en horario de trabajo. Les hablaron, discutieron y al día siguiente estaban afuera. Fer apoyó a los guardias. “Idiotas no”, dijo cuando otros lo criticaron. Porque el tema se discutió. Es cierto, se discutió después de rajarlos y muchos no se animaron a hablar. Fer es el rubio medio pelado que los recibió. Es ingeniero en no sé qué.

Habíamos llegado a la casa. Nos mostró nuestra habitación. Había un sommier sin sábanas y una silla como único mobiliario.

—Dos cosas: lo primero se hace afuera. —Miró a Mara—. Vas a ver que hay una cortinita en el jardín de atrás. Lo segundo se hace en el balde que está en el baño. Si hay mucho olor, agarran tierra de afuera con la pala. —Señaló a un costado de la puerta de entrada

donde había un pozo—. A la noche, antes de dormir lo vacían en un tacho que está saliendo de la casa unos doscientos metros a la derecha. En una hora los paso a buscar para cenar en el mismo edificio donde estaban recién. No sé en qué turno los pondrán, pero vienen conmigo por si acaso. Ahora me tengo que ir a buscar agua porque están repartiendo.

26

Mara fue al baño. Pocos segundos después se asomó por la puerta: no salía nada de la ducha. Apenas se atrevió a lavarse la cara con agua de apariencia potable que estaba en una jarra. Nos tiramos en la cama. Me dolía el cuerpo. Supuse que sería por el estrés, aunque dudé si el contacto con otros humanos me estuviera engripando nuevamente. Mara se acostó al lado mío. Los dos estábamos pensando lo mismo, pero no nos atrevíamos a decirlo en voz alta: ¿Sería esta la comunidad en la que querríamos vivir? Si no habíamos entendido mal estaban dispuestos a tomarnos como maestros. ¿Sería importante enseñarles historia y geografía? ¿Matemáticas y lengua? ¿Leer los clásicos? Esos temas resultarían en estos nuevos tiempos como el latín y griego antes del apocalipsis. Eran historias y saberes sobre un mundo que ya no existía. En el nuevo contexto, tal vez solo serviría enseñarles horticultura, primeros auxilios y construcción.

Estaba por quedarme dormido cuando Sonia entró a nuestra habitación sin golpear: no tenía puerta; después nos enteramos de que muchas se habían usado para cocinar durante el invierno. La comida estaba lista, nos avisó. Nos levantamos para seguirla, apurados por el hambre, e hicimos el recorrido inverso al de unas horas antes. Sonia siguió contándonos algunos detalles más sobre la vida de los “Bajos”, como llamaban ahora al country antes conocido como “Bajos del Luján”. Estaba ilusionada porque, según nos contó, una mujer había encontrado un pack de cuarenta y ocho tinturas de cabello en el sótano de la casa que ocupaba desde hacía poco. Tenía la esperanza de que lo decomisaran y le tocara una a ella. La entusiasmaba hacer un modesto viaje a una coquetería pasada. Le pregunté si todo lo decomisaban; no parecía tenerlo claro. Solo tenía como antecedente cuando encontraron un camión con adornos

navideños y lo “decomisaron” para repartirlos y alegrar un poco las casas nuevamente. “No servían para nada más”, aclaró, y nos señaló una puerta donde todavía colgaba un Papá Noel con una guirnalda. Evidentemente hasta el sinsentido debía ser aprovechado.

Sonia siguió hablando el resto del camino. De frente, venía una pareja mayor que nosotros con un chico de unos quince o dieciséis años, alto y muy delgado. La mujer era alta y caminaba mirando el piso, con el pelo sucio al igual que la ropa, como la mayoría de la gente, pero usaba un collar de perlas a tono con los aros y una pulsera dorada. El hombre, más bajo, tenía pelo blanco, unos cincuenta años y usaba bombachas de trabajo marrones: él fue quien llamó mi atención. Me pareció haberlo conocido recientemente, en circunstancias incómodas y divertidas a la vez. Cuando ya estaban a pocos pasos logré encontrarlo en mi memoria. Le di un codazo a Mara y le hice un gesto mientras le decía al oído: “El ingeniero Ricardo”. Pareció reconocerlo justo cuando pasaban al lado nuestro. Nos hizo un gesto como saludo; respondimos de la misma manera, algo incómodos.

Al llegar a la casa principal vimos desde lejos unas mesas del lado de afuera. Las habían acomodado en semicírculo en torno a unas ollas enormes, de cerca de un metro de alto, apoyadas sobre unos ladrillos y con llamas debajo. Dos hombres delgados se encargaban de hachar los troncos acumulados alrededor y sumarlos al fuego. La gente formaba fila a la espera de que llenaran sus potes y luego se dirigía a las mesas. De varias de ellas llegaban charlas animadas y algunas risas. Había chicos de varias edades comiendo y jugando. Parecía un ambiente bastante armonioso, pero si uno miraba con atención se veían sectores solo con cabezas negras y otros donde el cabello y la piel eran más claros. Debía haber en total unas treinta y cinco o cuarenta mesas; calculé que serían menos de ciento cincuenta personas.

Sonia nos dio dos recipientes y nos sumamos a la línea que esperaba. Delante de mí había un guardia de azul que charlaba en voz baja con el que estaba adelante suyo. Muy rápidamente nos llegó el turno y nos sirvieron algo que parecía un guiso con papas, tomates, batatas, algunos granos de arroz, algo que parecía orégano o algún otro condimento, unas cosas más, irreconocibles para mí. Era el primer sabor nuevo en meses; sentí que me habían servido un

manjar. Además tenía sal. A Mara también le brillaron los ojos.

Sonia nos guiaba a una mesa recién liberada cuando el rubio, al que había llamado “Fer”, nos hizo señas para que nos acercáramos. Fuimos, contentos de librarnos un poco de la cháchara informativa pero agobiante de la mujer. Además teníamos muchas preguntas para hacer.

—Vengan, siéntense. ¿Pensaron en la propuesta de quedarse o prefieren seguir jugando a los náufragos? —Su ironía, casi agresiva, resultaba extrañamente tranquilizadora, como una cara conocida entre una multitud amenazante.

—No lo sabemos. No entendemos mucho cómo son las cosas acá —le dije.

Nos preguntó cómo habíamos sobrevivido tanto tiempo. Le contamos de nuestra ida a una isla y la suerte de encontrar algo de comida, frutales, las gallinas y, sobre todo, la bomba de agua potable. Mientras tanto sacamos la comida que llevábamos en nuestras mochilas para compartirlas. Fer mandó el pollo a la mesa de los más chicos para que se lo pusieran con el resto del guiso.

—Ah, eso sí que es suerte. Nunca se me habría ocurrido que en el obrador podían poner una bomba de agua potable, pero tiene lógica: un trabajo largo sin luz ni agua es complicado. Creo que Santiago, uno de los vecinos de acá, trabajaba ahí. —Nos miramos con Mara sin decir nada—. Me parece que la mayor parte de la gente que vemos afuera se murió por tomar cualquier cosa. Cuando entramos a alguna casa a buscar comida o herramientas vemos... —Pareció recordar algo, nos miró y cambió de tema—. Acá queremos hacer algunos pozos, pero nadie sabe cómo se hacen, hasta dónde cavar, cómo extraerla, analizar si está bien. Cada paso es un problema: faltan herramientas, falta conocimiento, gente experimentada. Ahora estamos tomando agua del río, la hacemos reposar en las piletas, le agregamos cloro; tenemos bastante, pero no va a durar eternamente. También empezamos a juntar agua de lluvia.

—Parecen bien organizados ustedes. Veo gente armada. ¿Hay peligros afuera?

—Cada vez menos. Al principio, cuando empezamos a organizarnos, nos atacaban seguido. Había grupos desesperados. Algunas familias se acercaron y en general los dejamos entrar y

sumarse a trabajar. Pero algunas banditas quisieron llevarse cosas a los tiros, convencidos de que estábamos llenos de comida. Encima era invierno y recién estábamos empezando a cultivar. Necesitábamos salir a revisar alacenas y sacar unos fideos de acá, un paquete de arroz de allá y así. Era muy peligroso. Si no hubiera sido por Ruper y sus hombres, no habríamos aguantado. Pero de a poco fueron viniendo cada vez menos y ahora llevamos dos meses sin ningún ataque. Ayuda también salir menos, mantenernos quietos adentro. Ahora producimos buena parte de lo que comemos. Ustedes dos son los primeros que aparecen desde entonces.

—¿A dónde fue la gente?

—Supongo que murieron. Es muy difícil encontrar comida si no la producís vos mismo. En un par de semanas después del colapso vimos que los supermercados habían sido saqueados y ahí fuimos con unos amigos de acá a buscar semillas y animales antes de que también se terminaran. En el barrio muchos se suicidaron, otros trataron de robar, pero Ruper confió en mí; él era muy respetado en su comunidad y en su trabajo, trajo a su familia y la de los otros guardias; se dio cuenta de que lo necesitábamos, pero sabía también que solo con armas no podía sobrevivir para siempre. Ahora salen si hace falta algo específico, pero igual cada vez se encuentra menos y algunos de ellos están haciendo otras tareas como construcción y reparación. Pero nos faltan muchas cosas. Los medicamentos, por ejemplo: tuvimos un par de mujeres con hipotiroidismo llorando todo el día, deprimidas. Pero era imposible encontrarles las medicinas. Un día pensé que la familia las iba a matar. Un compañero que necesitaba medicación para el corazón se murió ayer.

—¿Y qué hacen? ¿No hay farmacias?

—Están saqueadas, hay medicamentos rotos, casi nada sirve. Empezamos a usar medicamentos naturales. Tenemos básicamente tres: té de menta para el estómago, aloe vera para la piel y marihuana para todo lo demás —se rió—. Había un pibe que tenía un montón de plantas en un sótano y empezó a compartirlas. A la mayoría no le curaba nada, pero la pasaba mejor y se relajaba un poco. Ahora las cultiva en su patio y se encarga solo. Todos dicen que están enfermos ahora... Eso sí, está prohibido fumar antes de las seis de la tarde porque hay mucho trabajo por hacer —se puso

nuevamente serio—. Teníamos algunos antibióticos, pero ya los usamos o se fueron venciendo. Los guardamos por si acaso pero son pocos. El próximo invierno, cuando empiecen las fiebres y los mocos, se terminan. Nos pasan cosas extrañas también: el médico puso como única condición para trabajar que le dejemos dos cajas de antibióticos para uso de su familia. ¿Qué va a pasar el día que uno vea que su hijo se está muriendo por una pulmonía? No tengo muchas dudas: lo van a ir a buscar y nos quedamos sin médico. Así de precario es esto. Y eso que estamos mucho mejor que antes.

Tomó aire algo cansado de hablar tanto, pero parecía estar llegando al punto. Tomó un vaso de agua, repasó con la cuchara los restos de comida. Pareció buscar algo en la mesa por reflejo, pero no lo encontró y pasó el dedo por el plato con expresión frustrada.

—Entonces, el mayor problema es cómo mantenemos esto cohesionado. Ahora ustedes ven bastante calma pero hace cinco meses la gente andaba a los tiros dentro del cerco. Ahora están viendo que ya pasó lo peor del invierno, salen verduras de la huerta y hay para comer. Lástima que se nos enfermaron las gallinas; se murieron en unos pocos días. Pero eso sabemos que lo vamos a resolver gracias a ustedes mañana mismo. Ya hay un par que se vinieron a quejar porque con verduras los chicos se quedan con hambre... como si yo tuviera el don de producir gallinas. En invierno terminamos matando la única vaca que conseguimos. Como no teníamos toro, decidimos que no tenía sentido guardarla. La carneamos y la metimos en el guiso. Esta gente no sabía lo que es el hambre. Pensé que nos íbamos a matar entre todos —hizo una nueva pausa—. Queremos conseguir vacas, chanchos, ovejas... Como te decía, hace poco estábamos mucho peor. El problema es que cuando se les termine de pasar el susto de los tiros van a necesitar más, se van a dar cuenta de que todavía tienen hambre.

En ese momento vimos a Sonia a dos mesas de distancia con un grupo de mujeres mayores. Estaban alrededor de una caja con las tinturas. Un guardia se mantenía cerca, como monitoreando el reparto equitativo de los recursos. Se escucharon algunas risas. Fer siguió.

—Hace meses que no comen carne, que no van al cine, que no toman Coca... Se les termina el jabón y se arman peleas porque alguno de repente aparece perfumado y los demás sospechan,

reclaman que se lo decomisemos como si fuéramos la policía. Por ahora más o menos lo manejamos y, por suerte, no todos son así. Hay muchas familias preocupadas solamente por inventarle un futuro a sus hijos... uno nuevo. El anterior se rompió —dijo con media sonrisa en la boca—. Creo que se va a ir poniendo cada vez más difícil. Todavía somos pocos y podemos armar un grupo cohesionado, fuerte; el desafío ahora es transformarlo en una comunidad—miró alrededor—. La mayor parte de la gente que vive acá se mudó a un barrio cerrado hace años para escapar del desastre de afuera, así que imaginate el grado de solidaridad que manejan. Los sobrevivientes, los que no huyeron, no tuvieron otra opción: se sumaron y aceptaron el trabajo que les tocaba. Hablamos de hombres y mujeres que hace cuarenta años no lavan un plato ni sacan una bolsa de basura... si es que alguna vez lo hicieron. Había uno que exigía que le aceptaran la plata cuando quería comprarle a otro un jabón o contratar una chica para que viniera a hacerle la limpieza. Decía que toda su vida había trabajado y ahora cambiaban las reglas de juego, que era injusto —lanzó una carcajada—. Tenía una financiera, no sé cuántos campos; llevaba dos o tres años jubilado y lo único que hacía antes era jugar al golf. Al principio la mujer lo atendía, pero se murió al poco tiempo. Él no sabía hacer nada salvo especular en la bolsa y se puso como loco. Quería que le lleváramos la comida a la casa. Al final se murió solo, adentro. No sabemos si tomó pastillas, le dio un ataque al corazón o qué. —Pareció darse cuenta de que llevaba mucho tiempo hablando y fue al punto—. Ahí los necesitamos a ustedes: una escuela ayuda a que las familias se sientan parte de una comunidad, de un futuro. Va a servir para que los chicos crucen los prejuicios de sus padres. Va a ayudar a crear la sensación de normalidad. —Parecía haber terminado pero agregó como para sí—: la normalidad es siempre una sensación, ¿no?

Casi no quedaban mesas ocupadas. Unos pocos permanecían sentados en un banco fumando algo y estirando la noche que recién empezaba. En algún lado sonó una guitarra. Fer prestó atención al sonido que se apagó rápidamente.

—¿Pueden creer que no hay un solo músico decente en este lugar? —Con todos los problemas que tenían, pareció un poco exagerada su decepción. Volvió a cambiar de tema—. En cualquier

momento van a creer que es posible volver a la normalidad, a lo que era la normalidad. Ahí estamos fritos. Hay que pensar en alguna forma de educación. No sé cómo se hace, pero ustedes pueden tener idea sobre esto y parecen gente resistente e inteligente. Piénsenlo y mañana antes de salir, me dicen qué decidieron. —Miró a Mara con atención. Pareció a punto de decir algo, pero se arrepintió—. Va a pasar a buscarlos Ramiro, temprano, apenas amanezca, por acá mismo. Ramiro se encargaba de las gallinas. Los va a acompañar con una chata.

—Nosotros en cualquier caso necesitamos que venga alguien a arreglar los paneles solares por si decidimos quedarnos o volver más tarde.

Fer sonrió. Parecía sorprendido de que nos sintiéramos en condiciones de sobrevivir aislados. “Por supuesto”, dijo. Nos dio la mano y se fue sin más. Parecía irreparablemente cansado, como si no hubiera cantidad de sueño capaz de devolverle la energía.

Tomamos el camino hacia la casa de Sonia. Nos miramos: teníamos una propuesta de trabajo, la posibilidad de refundar la educación en una sociedad nueva y en base a nuestro criterio; era el sueño de cualquier maestro. Estábamos por comenzar a discutir sobre el futuro cuando sonó un disparo, seguido de otros tres. Parecían lejanos, pero comenzamos a correr hacia nuestra casa. Unas voces ordenaban a los gritos que nos encerremos. Llegamos sin aliento al cuarto que nos habían asignado. Vimos por la puerta abierta de otra habitación la cama de Sonia. En el desorden de las sábanas y la oscuridad no llegamos a ver bien, pero parecía estar acompañada. Nos acostamos y nos quedamos cuchicheando sobre el porqué de los tiros, pero los dos estábamos agotados. Sentía la cabeza llena de palabras luego de meses en los que apenas nos había llegado información nueva.

Mara comenzó a respirar pesadamente mientras le hablaba. No debo haber demorado mucho en caer yo también en el silencio de la noche.

27

Cuando me desperté, la luz entraba por la ventana casi paralela al piso. Apenas logré recuperar la consciencia y ubicar dónde estábamos, desperté a Mara. Nos vestimos. Mara se lavó los dientes con el agua de una botella de plástico celeste que estaba al lado de nuestra cama.

Afuera había gente saliendo de las casas para ir al comedor. Llegué a ver al menos tres mujeres con el mismo color rubio brillante. De la casa de al lado salió una pareja joven que nos saludó con un gesto. Las familias, excepto por la falta de higiene y porque el barrio cerrado había perdido buena parte de su lustre, parecían de paseo.

Había una fila a la que debíamos acercarnos con vasos y un plato. Algunos parecían traerlos de sus casas, pero nosotros tomamos los nuestros de una mesa. Había té con un olor extraño para los adultos y a los chicos se les agregaba una cucharada de leche en polvo. Antes de servirnos, la señora encargada de la comida nos dio los buenos días. Le contestamos y le pregunté si sabía dónde estaba Ramiro. Miró a su alrededor y me dijo que debía estar por llegar.

Nos sentamos y desayunamos nuestro té sin leche pero con azúcar y el tomate que habían colocado en nuestro plato. Se nos acercó una pareja. Debían tener cinco años menos que nosotros. Nos hicieron un gesto como pidiendo permiso.

—Hola —dijo ella. Era muy bonita, aunque demasiado delgada para resultar atractiva. Me pareció ver una tensión en sus mandíbulas, como si no terminara de masticar algo duro e intragable; sus ojos estaban exageradamente abiertos. Él era alto, musculoso y de pelo castaño brillante, casi pelirrojo. Eran la típica pareja de aspecto exitoso y joven que mostraban las publicidades,

aunque con el pelo sucio y la ropa demasiado desarreglada. Ella se veía nerviosa, ansiosa por generar complicidad con nosotros. El parecía lejano, como resignado a un rol de acompañante—. ¿Ustedes son los maestros, no?

—Sí, somos maestros. No sé si "los" maestros —agregó Mara, con una sonrisa. Sus reflejos de sociabilidad estaban intactos y ellos aceptaron la bienvenida sentándose en las sillas libres.

La situación respondía a los cánones de civilidad aceptados hasta hacía un año como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera guardias armados protegiendo el barrio y el tomate que acompañaba nuestros tés de olor extraño hubiera sido un scon o una medialuna.

—Claro, claro. ¿Hay gente por otros lados? ¿Es verdad que hay canibalismo afuera? —Pareció arrepentirse de sus preguntas. Antes de que le contestáramos empujó otra frase—: Digo, nos encantaría que se queden. Quién sabe: por ahí algún día tenemos un hijo con Peter y necesitamos maestros. —Apenas terminó de decirlo pareció arrepentirse nuevamente, lanzó una risita nerviosa y miró a Peter, asustada, pero él le respondió con un gesto tranquilizador y una caricia. Ella pareció a punto de largarse a llorar, pero hizo esfuerzos para contenerse y siguió hablando—. No se asusten, es que con estos cambios volví a necesitar la medicación y justo ahora no hay. No tengo buen *timing* yo —sus palabras bajaron de volumen hasta desaparecer y pareció distraerse para luego reconectar repentinamente—. Ah, perdón, mi nombre es Laura. Soy arquitecta. Bueno, era arquitecta. De la Universidad de Belgrano. Aunque no sé si era arquitecta porque nunca hice una casa y no llegué a recibir el título. Tenía que averiguar si el último trabajo me lo aprobaron, pero se armó este lío —lanzó la última palabra rápidamente, como sacándose el problema de encima—. Y yo llamé y llamé, pero ya no contestaba nadie. Y ahora no sé si soy arquitecta.

Peter comenzó a acariciarle la espalda en grandes círculos concéntricos y decidió abrir la boca por primera vez.

—¿Escucharon los tiros anoche? Hace rato que no pasaba nada.

—Escuchamos —dije yo—. ¿Qué fue?

—Un vecino me dijo que fueron los Garnier, un matrimonio de viejos. Anoche estaban viendo si se suicidaron o se pelearon.

—Seguro se suicidaron —intervino Laura—. Ellos se querían

tanto. No me los imagino disparándose. Me contaron los vecinos que había un fuego en el medio del living como de papeles y que parecían billetes, una parva de dólares. Eso uno lo hace si se va a suicidar, para que nadie se quede con la plata. —Se quedó pensando—. Igual podrían haberla dejado, total no le va a servir a nadie para nada. ¿No? —hizo silencio nuevamente y la cara se le contrajo reflejando alguna idea angustiante—. ¿Van a volver a servir los billetes alguna vez, Peter?

Él vo,lvió a pasarle la mano por la espalda como resignado, con paciencia.

—No sabemos. Puede ser. Ya se verá— dijo Peter lentamente, más como un mantra para acompañar las caricias, que eran la mejor respuesta que tenía para ella.

—¿Tienen en algún momento una información oficial o algo así respecto de estas cosas o solo los rumores? —pregunté.

—A veces Fer hace como de diario y nos cuenta qué pasó para evitar rumores. A veces te enterás hablando con el que los encontró —aclaró Peter sin dejar de mover su mano. Laura miraba para otro lado con los ojos llenos de lágrimas, intentando contenerse.

Un hombre de unos cuarenta años, con el pelo blanco bien cortado, con manos grandes de trabajador, se acercó a nosotros, saludó a la otra pareja y se presentó como Ramiro: —Si están listos, vamos.

—¿Usted nos va a ayudar a arreglar los paneles?

—Espero que sí: soy la persona más capacitada para eso en este barrio. —Parecía estar haciendo un chiste, pero como no tuvo eco aclaró: —era el responsable de ventas de una empresa que fabricaba paneles—. A la fuerza algo aprendí, pero tengo mis limitaciones, obviamente. Vamos a ver qué les pasó a ustedes. Por si acaso llevo un panel de acá para reemplazarlo. Paneles solares es una de las pocas cosas que tenemos muchas porque yo almacenaba en casa y hace poco fuimos a mi depósito y nos llevamos los que quedaban. Espero que podamos resolverlo.

Las explicaciones, la civilidad, resultaban naturales y extrañas al mismo tiempo. La última vez que había visto humanos se mataban por comida o ya estaban muertos, medio podridos entre la basura de la ciudad. Acá la gente estaba como atemorizada y desempolvaba unos modales apolillados, impostados y fuera de

contexto como un sombrero bombín o un reloj de bolsillo.

Nos despedimos de Peter y Laura, que también se habían puesto de pie. Seguimos a Ramiro. Hablamos con Mara de cómo hacer para recuperar el Saludes. Finalmente propusimos a Ramiro que nos llevara hasta él, lo atáramos a la barca y nos remolcara. Ramiro se negó: arrastrar un barco era un derroche de combustible. Mejor sería que fuéramos a vela y él nos seguiría. Fuimos hasta el amarradero propio del country. El día estaba hermoso, todavía no tan caluroso, con el cielo celeste. Subimos a la embarcación que ellos llamaban "la chata" por razones evidentes. Debía tener unos veinte metros de largo y una caja contenedora en el medio que, imaginé, debía servir originalmente para transportar arena. Cuando subimos al barco, llegó a la carrera un chico de cabello negro, rostro aindiado y mirada inteligente. Ramiro lo presentó como "Guili" o algo así; era su ayudante con los paneles solares y las gallinas. La idea era que los adolescentes comenzaran a aprender los oficios. Guili no hablaba mucho pero parecía contento de salir del barrio en una misión.

Retrocedimos por el río en busca del Saludes con Ramiro al timón y Guili sentado en el piso a su lado mirando lo que hacía. Cuando llegamos al amarradero, el Saludes había desaparecido. Con Mara pedimos dar una vuelta para buscarlo por si solo se había desanudado, pero Ramiro insistió con que no quería gastar combustible. Le explicamos que sin un barco nos quedaríamos incomunicados, pero parecía inútil intentar convencerlo. Su única respuesta era "no podemos desperdiciar combustible". Quedamos en que regresaríamos con él para buscar una embarcación e irnos nuevamente a nuestra isla. El Saludes representaba nuestra sensación de que había un plan B, una posibilidad de refugiarnos en algo. Mara me miró desamparada. Nos habíamos encariñado con ese barco; no nos importaba que hubiera cientos más para elegir. Pensé en la máquina de café.

Le fuimos indicando el camino y durante el lento avance nos dimos cuenta con Mara de que no habíamos tomado la decisión que Fer nos reclamaba. Todo iba demasiado rápido. ¿Seríamos los maestros de esa nueva utopía? ¿Podríamos ser parte de la construcción de una nueva sociedad mejor gracias a los errores de la vieja? Fer tenía la claridad de un líder y una convicción medida

pero contagiosa. Por otro lado, Sonia, Laura y Peter, los únicos que habíamos conocido, no parecían invitar a la esperanza. Además, ¿qué estaba pasando en el mundo? ¿Si realmente había hordas organizadas asaltando a los sobrevivientes? En nuestra isla solo tendríamos que lidiar con nuestras propias locuras, pero, ¿cuánto tiempo aguantaríamos la soledad? Ninguna alternativa parecía demasiado buena.

Al llegar al amarradero, escuchamos los ladridos de Maro que nos saludó alegre. Bajamos y caminamos. Ramiro y Guili miraban con atención, como disfrutando el cambio de paisaje. Solo entonces vi que Ramiro tenía una pistola cruzada en la parte trasera del cinto. Además llevaba una caja de herramientas y un fardo que parecía ser una mediasombra. Nos habíamos ido el día anterior, pero sentí que estábamos volviendo a casa después de un largo viaje. Acaricié a Maro.

En la entrada de la casa encontramos una gallina a medio comer. Las pocas gallinas a la vista estaban subidas a su ceibo y a otros arbustos bajos. No iban a ser fáciles de atrapar. Mientras Ramiro las miraba, fui a buscar la escalera que estaba apoyada contra una pared lateral. Le hice señas, pero me pidió ver primero la batería. “Los paneles tienen una vida útil larga. Es raro que fallen”, me explicó. Le mostré dónde estaba. Sacó un tester de su caja de herramientas y un cable. Hizo un par de pruebas y dictaminó: “Es la batería. Ya no carga. La electricidad baja, así que los paneles están bien, pero esta batería está muerta. Tienen dos opciones: buscamos una batería nueva o se las puenteo así tienen electricidad mientras haya sol. El problema es que, con tanta variación en la tensión, el motor y los aparatos eléctricos se van a terminar quemando”.

No vi opción. Necesitaríamos volver por el barco y la batería, además de los víveres. No estaba claro que Ramiro, que ya se dirigía hacia las gallinas, estuviera dispuesto a volver para ayudarnos a colocarla. Lo mejor sería quedarnos en el Bajo al menos por un tiempo y visitar nuestra casa cada tanto, mantenerla en buen estado, por si acaso. Al mismo tiempo me pregunté: ¿dónde encontraríamos libros de texto?, ¿tendríamos que reescribirlos a mano?

Quedaba por resolver el tema de las gallinas. Ramiro desplegó

sobre el pasto la media sombra grande, de unos cinco metros de lado, que había bajado del barco y puso un manojo de granos de maíz en el medio. Se acercó a nosotros que lo mirábamos desde la entrada de la casa.

—Metan el perro en la casa —pidió. Enseguida agregó—: ¿Les queda algo de yerba?

Vimos en su rostro la desilusión por nuestra respuesta. Cortó un tallo largo del piso, se lo puso en la boca y se sentó sobre un tronco. La eficiencia de sus movimientos me generaba tanta admiración como envidia. Las gallinas se acercaron desconfiadas. Una se animó a pisar la media sombra e investigar de qué se trataban esos granos amarillos. Finalmente se puso a picotear y su entusiasmo contagió a las otras. Unas quince gallinas seguidas de sus pollitos se acercaron también. Ramiro nos hizo señas para que nos acercáramos lentamente cada uno de un lado distinto y tomáramos una punta de la media sombra. Las gallinas se inquietaron, pero entre el maíz y que estaban rodeadas solo atinaban a dar vueltas en redondo, picoteando como al pasar. Cuando Ramiro dio la señal levantamos la media sombra rápidamente y la cerramos desde los cuatro costados en una especie de bolsa gigante y cacareante de la que solo escaparon algunos pollitos. Juntamos los extremos y los atamos a una caña larga y gruesa para transportarla hasta el barco nuevamente. Ahí dejamos salir a las gallinas dentro de la caja, donde había algunos granos de maíz más que las tranquilizaron rápidamente.

Desandamos el camino y repetimos la operación tres veces más. El sol caía recto cuando Ramiro se dio por satisfecho. Me aseguré con la vista de que quedara algún gallo y suficientes gallinas como para recuperar nuestra propia producción si era necesario. Nos fuimos nuevamente a la chata. Cuando quisimos subir a Maro con nosotros, Ramiro dijo que no se podía tener mascotas en el Bajo. “Cuando volvamos vemos cómo hacemos”, le dije a Mara y despedimos a nuestro perro, que se quedó mirándonos desde el muelle.

28

El regreso se hizo lento. Las gallinas se inquietaron un poco por el movimiento del barco, pero Guili les dio algo más de maíz. Eran cerca de cincuenta gallinas, al menos dos gallos jóvenes y diez pollitos de distintos grados de amarillo. Con Mara empezamos a pensar estrategias de educación, pero era difícil hacerlo sin conocer siquiera qué estudiantes tendríamos.

Todavía estábamos lejos del Bajo cuando vimos una columna de humo y movimiento de lanchas en el amarradero. Prestamos atención y adivinamos el sonido de disparos pese al ruido del motor. Parecía que estaban atacando al barrio desde el río, con lanchas. No se llegaba a ver quiénes eran, pero escuchamos una ráfaga de ametralladora con claridad. Ramiro sacó la pistola y aceleró: supuse que su familia estaba dentro. Me preguntó si tenía un arma y le dije que no. Nuevamente había olvidado recogerla de la casa. Nos acostamos sobre el metal caliente de la borda, asomando apenas la cabeza.

—Tal vez si les ofrezco las gallinas se vayan. —Cuando nos acercamos al amarradero, vimos de cerca las lanchas sin nadie a bordo. Todavía se escuchaban tiros adentro.

Miré a Mara: no era nuestra batalla y no teníamos nada para aportar. “Cuando nos acerquemos, tirémonos al río”, le dije. “No, quedémonos en el barco y llevémoslo”, contestó. No estaba seguro de cuánta nafta tendría, pero tal vez era una mejor idea. Nos dirigíamos directo al amarradero y estábamos a punto de chocar cuando Ramiro giró el timón y, con la pistola en la mano, se preparó para dar el salto. La chata chocó con fuerza y las gallinas comenzaron a cacarear. Guili cayó al piso con cara de terror; nos miró y, ante la falta de respuesta, saltó a tierra detrás de Ramiro. Entré a la cabina, tomé el timón, aceleré y comencé a alejarnos lo

más posible. Todavía se escuchaban tiros dentro del barrio. Si la idea era saquearlo, en cualquier momento intentarían salir y lo mejor sería estar lejos. Aceleré al máximo, que no era mucho, y nos alejamos. “La batería, la batería”, me gritaba Mara, medio agachada para protegerse con la caja de las gallinas. Yo no tenía idea de qué tipo de batería era, pero me había parecido similar a la de un auto viejo. Podríamos recoger una o dos e irnos lo más rápido posible. O tal vez lo mejor sería escondernos en el continente hasta que se aquietaran las cosas: los atacantes podrían vernos huyendo por el río. Después nos convendría buscar un sustituto del Saludes, a vela, como para poder movernos en cualquier circunstancia.

Con el paso del tiempo me sorprende que no hayamos huido hacia nuestra casa. El peligro, la sensación de fragilidad, nos hacía negociar con la muerte de forma más dura, sin ceder un paso y sabiendo que no había tanto para perder, que aceptar una peor negociación hoy nos pondría en un lugar más difícil para la próxima. Sí: en ese momento podían matarnos a tiros, era cierto. Pero terminar en el Río de la Plata en una barca sin combustible o volver a nuestra casa sin ninguna forma de retornar al continente tampoco parecían buenas opciones.

Avanzamos con el barco contra la corriente, a la velocidad máxima que permitía el motor. Seguía llegando el sonido de los disparos, pero algo más aislados. Deseé que se mantuvieran entretenidos unos minutos más. Por un momento pensé en esas mujeres mayores, de ropas arruinadas, todas con el mismo color de pelo, muertas sobre el césped. El medidor del combustible tenía el cristal quebrado y la aguja se movía locamente. Imposible saber cuánto duraría.

Luego de quince o veinte minutos decidimos parar. Nos acercamos a un embarcadero y apagué el motor. En la cabina había un machete y lo tomé. Instantáneamente me sentí más seguro. Amarramos y bajamos con cuidado, atentos a cualquier ruido. Si había alguien en el lugar ya estaría alerta. Lo primero era encontrar las baterías y algo de la comida que habíamos ido a buscar. Revisé la cocina de la guardería y encontré un salero pequeño de plástico cargado hasta la mitad, medio paquete de yerba y nada más. Los guardé en mi mochila. El resto estaba tirado por el piso, desordenado, como si alguien hubiera pasado ya en busca de

comida. Salimos a la calle con cuidado. Había varios autos y pensé en sacarles la batería en cuanto pudiera. Cruzamos la calle hacia las casas y nos quedamos en silencio unos segundos: no se escuchaban más tiros, aunque probablemente fuera por la distancia. La gente con la que pensábamos convivir estaba probablemente muerta o en medio de una batalla a cuatro o cinco kilómetros de distancia mientras nosotros buscábamos sal, yerba y azúcar.

—¿Y si resistieron? ¿Nos aceptarán nuevamente? —preguntó Mara.

No respondí. Abrimos una puerta baja para entrar al jardín frontal de la casa más cercana y nos asomamos a la ventana. Se veía el interior sucio pero ordenado, como si la gente se hubiera ido de vacaciones meses atrás. Dimos la vuelta y en la parte trasera encontramos una ventana sin reja ni traba. Me trepé, la abrí. Adentro no se escuchaba ningún ruido. Salté al interior y giré la llave que aún estaba en la puerta trasera. Mara entró pisando con cuidado.

Revisamos la casa y reunimos todo lo que pudiera servir: una botella de vino, medio detergente, un tercio de paquete de sal gruesa y otro pequeño y casi vacío de sal fina, una lata de tomates en conserva vencida que dudamos si dejar y una lata de duraznos en almíbar... Al abrir la heladera salió un olor espantoso. Busqué botellas con agua bien cerradas, pero no había ninguna y volví a empujar la puerta con un golpe. Tuve que abrir la ventana porque el aire resultaba irrespirable.

Cargué todo en una bolsa de compras hecha con hilos de nylon y me di vuelta para buscar a Mara, pero no estaba. Pasé al living y la vi bajar las escaleras con un bolso: “Ropa”, me dijo.

—¿Vamos a la casa de al lado a ver si encontramos algo más?

Nos quedamos en silencio. No llegaba ningún sonido desde el exterior, pero eso, de alguna manera, nos intimidó.

—Tal vez sea mejor quedarnos esta noche en el continente para que no nos vean pasar —dije.

Solo entonces recordé a las gallinas. Sin comida se volvían animales incontrolables y probablemente estaban saltando unas sobre otras para escaparse. Discutimos con Mara apurados: de cualquier manera no podríamos llevarlas con nosotros en el otro barco y teníamos suficientes en nuestra casa. El único problema

sería que llamaran la atención de alguien. La ciudad se había vuelto un cementerio y cualquier ruido se escuchaba desde lejos. Nos resignamos: no había nada para hacer al respecto.

Decidimos quedarnos en el continente por el momento. Lo más urgente era encontrar agua. Salimos afuera nuevamente y me acerqué a la pared medianera para saltar hacia la casa de al lado. Al subir se me enganchó la bolsa con nuestro botín en unos clavos de la pared; caí de espaldas. El dolor era fuerte y me quedé quieto. Mara se acercó para abrazarme, pero no se animaba por miedo a hacerme doler más. Contenía el llanto.

—Estoy bien. Ya se me pasa —alcancé a decirle en voz baja—. Creo que me clavé uno de los saleros en el riñón derecho. Moriré por la sal.

Nos reímos. Me paré lentamente, comprobando que todo estuviera en su lugar. Fuimos despacio hacia la parte delantera de nuevo y, una vez en la calle, pasamos a la casa de al lado y de allí al patio del fondo por una reja abierta. Cuando estaba por probar una ventana, me pareció escuchar un ruido del otro lado de la medianera siguiente, como si estuvieran hachando un árbol. Me acerqué con cuidado y el machete en la mano haciéndole señas a Mara de que me siguiera sin hacer ruido. Cuando nos asomamos no podíamos creer a nuestros ojos: un hombre de no menos de setenta años, con anteojos y un gorro sucio, cortaba leña metódicamente. Casi todo su jardín estaba cubierto por una huerta con zapallos, tomates y lo que parecía un sistema de hidroponia sobre unas tablas. Seguramente había comenzado a cuidar su huerta hacía muchos años y eso le estaba salvando la vida. Él seguía en su casa como si nada hubiera pasado. Imaginé a su mujer adentro, tejiendo algo para el invierno.

Dudamos si darnos a conocer y pedirles pasar la noche en su casa, escuchar su historia, pero nos pareció demasiado riesgoso. Temimos hacer ruido en la casa en que estábamos y asustarlos, así que volvimos al frente y retrocedimos agachados por la misma cuadra hasta la esquina, doblamos y recorrimos cuatro casas más donde apenas encontramos cosas útiles, entre ellas dos valiosos paquetes de fideos vencidos y llenos de gorgojos que guardamos en una bolsa. En la quinta casa encontramos una botella de gaseosa cerrada y nos sentamos a beberla en éxtasis, sin importar que estaba

caliente. Solo entonces nos dimos cuenta de lo cansados que estábamos y lo que pesaban los bolsos.

Decidimos dormir allí. Se notaba que la casa había sido abandonada a las apuradas. Quedaba ropa limpia tirada a un costado de las camas, como si a último momento no hubieran podido cerrar una valija. También había una heladera de mano llena de algo que ahora flotaba en el agua, olía muy mal y resultaba irreconocible. Nuestra mayor suerte fue encontrar una garrafa de campamento que colocamos en un living lleno de polvo, bajo el cual descansaban los restos de una vida de clase media con pretensiones: un sillón de cuero negro, una mesita baja con muchos adornos, un mueble en la pared con una pantalla gigante, una lámpara grande de aluminio y una mesa de aspecto antiguo con varias botellas de bebidas alcohólicas. De una de las paredes del frente chorreaba agua lentamente. El líquido formaba un camino que iba hasta la puerta principal, cuya parte más baja estaba medio podrida y con hongos. Sobre una mesita colocamos la garrafa y hervimos un poco de arroz con gorgojos. Le agregamos la lata de tomates que habíamos dudado si llevar de la otra casa. Como le agregamos un poco de sal nos pareció una exquisitez.

Después de alimentarnos no podíamos movernos. Mara se sentó en el sofá, frente a una mesa de vidrio y se quedó mirando unas mamushkas ordenadas por tamaño. Comprobé que la más grande medía como mi pie derecho cuando lo apoyé cuidadosamente a su lado. Mara sirvió una bebida fuerte e irreconocible que había recogido de una mesita: supusimos que era coñac. Al apoyar el vaso a mi lado en el piso, quedó inclinado. Al mirar encontré una bolsita de maníes salados cerrada. Se lo mostré a Mara conteniendo un grito. Ella simuló aplaudir, frenando sus manos antes de que chocaran. Pasé la manga por la mesita de vidrio, abrí la bolsa y derramé los maníes para dividirlos en dos mitades. No los comimos a manojos, si no uno por uno, degustando nuestra increíble suerte. Tenían un leve sabor a humedad, pero miré la bolsa y vi que solo llevaban dos meses vencidos. Degustamos alternando con sorbos a las copas. Charlamos en voz baja de lo cerca que habíamos estado de morir con una comunidad a la que no sabíamos si queríamos pertenecer.

—Tal vez deberíamos ir a ver qué les pasó. Posiblemente estén

furiosos porque nos llevamos la chata.

No estaba seguro de si sería la mejor idea, pero preferí no pensar, relajado por el estómago lleno y el alcohol. Mara siguió monologando en voz baja.

—Por un lado sería lindo compartir la vida con más gente, trabajar nuevamente en docencia, ver chicos creciendo ¿no? —Se quedó pensando, pero siguió al ver que yo no respondía—: Tal vez la risa de los estudiantes me saque esa opresión permanente en el pecho.

La incertidumbre mezclada con cierta ansiedad comenzó a diluirse en la bebida de color acaramelado que seguimos tomando a sorbos: la presión en el pecho a la que me había acostumbrado en los últimos meses perdió algo de tensión. Aseguré las puertas y nos fuimos a dormir al piso de arriba, a una cama matrimonial. Nos desnudamos disfrutando de nuestra borrachera en medio del apocalipsis e hicimos el amor como si fuera la última vez, conteniendo los gritos a los que nos habíamos acostumbrado en la soledad de nuestra isla. Ni siquiera me preocupé, premonitorio, por la posibilidad de un embarazo.

Era tarde y estaba agotado, pero no podía dormirme. Me sentía atrapado en un círculo de ideas difusas, truncas e irresolubles. ¿Qué había pasado en el Bajo? La única forma posible era acercarnos a averiguarlo. Habíamos decidido volver a nuestra casa de la isla, pero en un tiempo pensaríamos nuevamente en el continente, tal vez en confirmar que todo en el Bajo seguía igual. ¿Dónde había aún un futuro deseable? ¿Dónde había un futuro? Me consolé pensando en que el continente todavía era muy peligroso, que lo mejor sería esperar otro año y luego... ¿ir a Córdoba en busca de Pepo? ¿Lo encontraríamos?

Un ruido me sacó de mis reflexiones inconducentes. Era como un golpeteo metódico que paraba por momentos, pero volvía segundos más tarde. Recordé haber dejado el machete al lado de la puerta. Me levanté con cuidado para no despertar a Mara. Pese a mis esfuerzos, cada una de las tablas de la escalera crujió al apoyar mi peso. El “toc-toc” ahora se escuchaba más claro y provenía de la puerta delantera, cerrada con varias trabas y, seguramente, con llave. Parecía como si alguien estuviera golpeándola suavemente con un objeto rígido pero liviano, tal vez una llave. Luego se

callaba. Con mucho cuidado me acerqué a la ventana y corrí la cortina, pero desde mi ángulo no se veía a nadie. Imaginé que el responsable del sonido estaba agachado detrás del arbusto de la entrada.

Era imposible dormir sin saber qué pasaba. Fui a la puerta trasera, tomé el machete, abrí la puerta con cuidado y salí al patio. Giré por el pasillo lateral y avancé hacia el frente. Volví a escuchar el ruido. Me asomé pero seguí sin ver a nadie. Cuando sonó otra vez, distinguí una sombra pequeña en el piso y comprendí: una gallina golpeaba la madera podrida de la puerta en busca de insectos. Solté un suspiro de alivio que me hizo toser. En la calle algo se movió: era el viejo que habíamos visto el día anterior. Parecía perseguir una gallina cuando se detuvo y me miró, apretando los ojos para aprovechar la poca luz y la vista que le quedaban. De su brazo colgaba un rifle, lo tomó y mientras yo daba la vuelta para correr escuché un disparo que zumbó junto a mi oreja izquierda y dio justo en el pecho de Mara, que había salido de la casa. Me tiré sobre ella intentando protegerla, pero en su rostro había sorpresa, como si se le hubieran acumulado muchas preguntas justo en el momento en que no podía hacerlas.

—¿Quiénes son? ¿Quiénes son? —gritó el viejo, pero era tarde. Tendría que haber preguntado antes. No le contesté. Traté de detener la sangre en el pecho de Mara, era imposible; de la boca surgió primero una saliva rojiza y luego, a borbotones, sangre. Era como en las películas, pero de verdad. Escuché un auto acercándose a toda velocidad. Frenó frente a nuestra casa, bajaron unas sombras y comenzaron a gritarle al viejo que se detuviera. Luego sonaron disparos. Miré el rostro de Mara, que repentinamente cerró los ojos y se relajó. Dudé si llevarla adentro pero no lograba pensar una buena razón para hacerlo. También podría buscar al viejo con el machete o quedarme ahí tirado para siempre.

No hice nada de eso. Los recién llegados avanzaron hacia mí y sonaron varios disparos más. Por instinto comencé a avanzar en cuatro patas hacia el fondo, salté una tapia. Cuando estaba arriba escuché más disparos y sentí un ardor en el brazo, pero seguí adelante. Desde la casa de al lado salí nuevamente a la calle y comencé a correr. Corrí, corrí, me ahogué, bajé el ritmo, comencé a llorar, pero no me detuve, no sé por cuánto tiempo; creo que por

tres años.

Ahora que puedo, sigo preguntándome qué pasó, cómo seguimos acelerando hacia el precipicio, cómo perdí a Mara, si fui feliz, si habría sido feliz en el viejo mundo o en otro paralelo. A medida que me recupero choco con las mismas preguntas.

Una vez leí la expresión "vidas que no vale la pena vivir". En ese momento pensé en la gente en villas, donde los hijos se mueren por tomar agua estancada; pensé en gente que solo se la pasa cosechando, plantando, regando, desmalezando todos los días, hasta el final. Pensé en los siervos de la gleba trabajando para su señor, con la mirada puesta en el siguiente carnaval para liberar tanto deseo atrasado. Pensé en burócratas resentidos porque no le sacan ni un poco de jugo a la vida. Pensé en muchas opciones, pero nunca en mi propia vida. Siempre estuve luchando para que valiera la pena sin importar dónde estaba. Siempre estuve a un escalón de lograrlo: recibirme, conseguir trabajo, hacer un viaje, enamorarme o, después del apocalipsis, sobrevivir unos días más, conseguir agua, un poco de sal... Mi sensación de que era posible pero aún no llegaba me mantenía alerta, vivo. La vida disfrutable era un delgado desfiladero entre dos valles: ni tan fácil ni imposible. Esa es la única forma de mantenerse entretenido y disimular la certeza de la muerte. Creer que la propia vida vale la pena ser vivida es lo que nos mantiene luchando por eso que no existe.

¿Cómo seguí pensando que mi vida valía la pena cuando mataron a Mara? Hoy lo entiendo: pude hacerlo porque no pensé más, porque en esas circunstancias me volví un animalito que intentaba sobrevivir. Cuando el hambre, la sed, el cansancio, la incertidumbre ocupan nuestro cerebro, no queda tiempo para el amor; volvemos a un estado de semiinconsciencia animal. Uno sigue hacia adelante o se rinde sin más. En el estudio del profesor al que le robo revistas viejas y libros hay un chiste enmarcado: en una mesa de café un barbudo de lentes le pregunta a otro cómo hace para vivir con la certeza de la muerte, de la finitud y la banalidad del ser. El otro le contesta: "Ah, no, yo laburo".

Eso hice durante los siguientes años, laburar, sobrevivir, con una vaga promesa de que si iba hacia Córdoba podría encontrar a Pepo y su vergel o a mi padre y un refugio donde comer y beber, para poder llorar y, entonces sí, averiguar si mi vida valía la pena ser vivida. Pero en ese

mismo tránsito, con hambre, sueño, sed, cansancio, fui solo necesidad básica, pura supervivencia, hasta borrar lo otro. Tengo recuerdos fragmentarios de esos meses o años: sé que caminé por una ruta de asfalto destruido, anduve en bicicleta, en algún momento recogí unos hongos del piso y los comí; lo mismo hice con un animal muerto, tal vez un perro, que se cruzó en mi camino.

Antonio me mira escribir. Ve que paso más y más horas leyendo y escribiendo. No entiende. No importa. Yo admiro su consonancia con la naturaleza, cómo toma lo necesario, casi sin esfuerzo. Veo cómo acepta lo que trae el viento sin anticiparse con el deseo. Lo admiro y sé que no puedo ser como él. Es más: no quiero ser como él. Tendría que reescribir mi vida para ser otro. Tendría que haber tenido un padre como Pepo, que me criara para el mundo que iba a nacer, no para el que moría.

Estoy llegando al final. Me estoy alcanzando con mis reflexiones después de perseguirme por años, no sé cuántos. Antonio me deja tranquilo con mis libros, mis cuadernos. No hay más para hacer en este invierno helado de lluvias intempestivas. Pasamos horas frente al fuego. Solo al mediodía nos ocupamos de la leña, los animales o desmalezar la huerta, y después volvemos adentro de la casa para calentarnos. Antonio me avisó hace meses que este invierno sería muy frío, que mejor cuidarnos y mantenernos en casa. Cortó leña extra y la puso a secar. No entiendo cómo lo supo, pero es cierto. Ahora pasa horas tallando pedazos de madera con un cuchillo, haciendo figuras o, tal vez, herramientas que no termino de entender. Algo debe estar pasándole para que desperdicie tanto tiempo. Por desgracia, de hacer queso no habló más.

Afuera escuchamos a las vacas mugir, como si tuvieran frío. Hay viento y por momentos se escuchan las gotas contra el vidrio. La salamandra nos mantiene calientes y secos. Está blanca por el calor.

Es mi tercer invierno acá. Siento el frío como una rutina que ordena la vida. Me recuerda a la infancia, cuando nuestros padres nos enseñan que las cosas tienen sentido y les creemos. Nos llenamos de rituales: lavarnos los dientes, comer sano, tratar bien a los demás, sonreír y cruzar por la esquina. Pero un buen día, entre los pliegues de ese orden impostado se cuelan las preguntas que nuestros padres evaden: ¿Cómo llegué acá? ¿Qué habría pasado si no hubiera nacido? ¿Qué sentido tiene evitar las caries si igual moriré? Cuando finalmente las miramos de frente, les damos vueltas, esperamos al héroe que lo resuelva, el libro

que nos explique por qué tanto esfuerzo. Comprender, finalmente, que esto no ocurrirá resulta asfixiante. Pero para entonces los rituales son parte nuestra, no podemos dejarlos y seguimos adelante, aunque sin saber bien por qué. Así la inercia continúa, arraigada en lo más profundo, haciéndonos dar un paso detrás del otro casi sin darnos cuenta, mirándonos seguir adelante extrañados de nuestra disciplina.

Nos enorgullecemos de no necesitar una religión para mirar de frente a la muerte, pero nos metemos en rituales no tan distintos de los que ordenaban los dioses de otro tiempo. La religión era la argamasa de la sociedad. El racionalismo la reemplazó con una capa de rituales de la cotidianidad, del cuidado de la salud, de la disciplina. Entremedio debía quedar espacio para lo otro, lo que nos completara, como el amor, la fiesta, el arte, la amistad. No está tan mal que triunfe una razón vestida con moralidad, que acepte el sinsentido pero lo asuma con dignidad, sin destruir todo a su paso por pura frustración.

Teníamos algo mejor que la religión, pero no pudimos. La nueva explicación requería más esfuerzo, requería pensar, requería convencer a través de la solidaridad, del ejemplo. La realidad tiene magia: alcanza con ver una planta crecer, una ballena cantar o sentir que el cuerpo se mueve con la música de un tambor. La humanidad podría haber seguido, mirando la magia de la interacción a distancia entre planetas que caen permanentemente unos sobre otros sin tocarse. ¿Existe alguna historia bíblica comparable a saber que estamos hechos de elementos que se formaron en una estrella? Podríamos haber entretenido el vacío de esta manera, pero llegamos tarde. Otros lo habían llenado comiéndose el planeta.

Siento que se termina otra etapa. Viví en un mundo, sobreviví en otro; después me olvidé de mí mismo y ahora estoy terminando de reencontrarme. Siento el deseo de partir, buscar a Pepo, tal vez a mi padre, salir por el mundo a ver qué hay, buscar una oportunidad de no sé bien qué. Necesito sentir que mi vida merece ser vivida incluso solo, incluso tras el apocalipsis.

Pensé que ya estaba, que no había nada más para agregar. Ayer paró de llover por primera vez en una semana y salimos de la casa más temprano. El sol entibiaba el aire lo suficiente como para arreglar unas goteras del techo. Antonio y yo trepamos con herramientas y una chapa. Era necesario doblarla para hacer correr la lluvia hacia el otro alero. Cuando bajé del techo vi venir gente a la distancia. Ya habían cruzado

la tranquera y se acercaban por el camino. Eran cuatro, tres de ellas niños. Bajamos rápido y Antonio entró a la casa. Como suponía, trajo su rifle.

Cuando se acercaron vimos que eran cinco: un niño pequeño venía en brazos de la mujer. Debía tener dos años y los otros entre cuatro y siete. "Los más chicos nacieron después del apocalipsis", pensé. La madre suplicó comida y agua para sus hijos. Los chicos tenían los ojos llorosos y se los veía delgados. Solo el mayor estaba calzado; usaba botas grandes, de hombre. Miré a Antonio, quien les hizo una seña para que pasaran. Se desplomaron alrededor de la salamandra y les preparé una sopa bien caliente. No pudieron esperar a que se enfriara para empezar a comer.

La mujer nos agradecía sin parar, aunque nos miraba atemorizada, esperando una mala noticia o un golpe. Cuando terminó su sopa, le pregunté de dónde venían. Los dos mayores comían su segundo plato, más tranquilos. El que debía tener dos años llegó a meterse dos bocados, se acostó sobre unas frazadas cerca de la salamandra y se durmió mientras masticaba. Nos contó que venía de un campo cercano. Llevaban una semana caminando y se habían perdido huyendo. Su marido había muerto en una pelea y supo que la echarían o la matarían. ¿Quiénes? ¿Por qué? Su historia era confusa, pero entendí que su marido era empleado en un campo cuando ocurrió el apocalipsis. Como el dueño confiaba en él, le permitió llevar a su familia, al igual que a otros empleados. Eran una comunidad de siete familias, contando la del dueño, pero de a poco se fueron sumando otros vecinos que pedían ser recibidos. Sufrieron también ataques de algunas bandas y murieron tres hombres a lo largo del primer año.

Poco a poco se fortalecieron, construyeron casas de adobe, troncos, algunos ladrillos, lo que encontraran, hasta formar un pueblo. Lograron cierta armonía, trabajaban la tierra en comunidad. Las cosas cambiaron el segundo año, cuando llegó el hijo del dueño con su familia. Había estado escondido ese tiempo en un búnker cercano, pero las cosas no le habían funcionado y decidió ir hasta el campo de su padre. Desde que llegó él, todo empeoró: los trataba como si fueran sus esclavos. Les decía que si estaban ahí, era gracias a su generosidad. Un día golpeó a una mujer. El marido, junto con otros, lo emboscó para matarlo y respondió a tiros. Los mató a todos y salió vivo. En la confusión del enfrentamiento también cayó su padre. Algunos sostenían que lo había

matado su propio hijo, con quien se llevaba muy mal.

Poco después llegaron otras familias conocidas del hijo del dueño y se instalaron en la casa principal. Él empezó a hacerse llamar "El jefe". Una noche entraron por sorpresa a las casas en busca de herramientas. La comunidad las recibía por la mañana para trabajar el campo y las devolvía a la noche. Desde entonces "El Jefe" andaba siempre con una pistola al cinto y con dos compañeros. A veces se quedaba encerrado durante semanas o se iba a buscar provisiones, sobre todo alcohol. Había algunas mujeres y chicos viviendo con ellos, pero solo los veía a la distancia. Los de las casas les llevaban comida, les cosían la ropa o reparaban alguna cosa. A cambio tuvieron períodos largos de cierta tranquilidad.

"Hace una semana la mujer del jefe se murió. Había rumores de que estaba enferma desde hacía tiempo. Nos enteramos del final porque hicieron un entierro en la parte de atrás de la casa. Apenas terminó la ceremonia, el jefe se puso a tomar. Los amigos lo acompañaban. No sé de dónde sacaron esas botellas después de tanto tiempo. Al final, borrachos, comenzaron a dispararnos. Salimos todos corriendo. Mi marido, uno de los pocos hombres sobrevivientes, cayó con un balazo. Yo seguí con mis hijos por el campo hasta que dejamos de escucharlos. Nos perdimos, tomamos agua del río, comimos algunas raíces y ayer nos cruzamos con este camino de tierra. Desde entonces estamos caminando, buscando a unas familias que, nos dijeron, viven hacia el oeste. Así llegamos hasta acá".

¿Unas familias? ¿Una comunidad? ¿Cómo lo sabía? Me contestó que el primer año pasó una pareja a caballo por la estancia. Iban a buscar a su hijo a Córdoba capital, donde estudiaba y de quien no tenían más noticias. Intentamos convencerlos de que no tenía sentido, que en la ciudad no debía quedar nadie, pero ellos insistían. Iban por todos lados preguntando por su hijo, pidiendo información a los sobrevivientes.

—En realidad, me parece que querían morirse o que los mataran —dijo sin cambiar el tono, como revelando un secreto—. Nos dijeron que hacia el oeste, cuatro días antes de llegar hasta donde estábamos nosotros, habían encontrado una comunidad con varias parejas, niños. Una de ellas los había recibido muy bien. Los albergó durante varios días para que descansaran y recuperaran fuerzas. Quiso convencerlos para que se quedaran.

Me quedé en silencio. Ella tenía el pelo negro en una trenza deshilachada, era baja, morocha, con una expresión transparente. Los hijos eran muy parecidos. Los dos más grandes me miraban sin levantar la cabeza, como espiándome. Antonio les indicó un cuarto para que durmieran y allí se fueron. La mujer seguía agradeciéndonos mientras atraía a sus hijos al refugio que formaba con los brazos.

Antonio me pide que deje mi cuarto a los dos más grandes y duerma en la sala principal, hasta que decidamos si es mejor construir otra casa o agregar un cuarto. Me indica que salgamos y comienza a subir la escalera hasta el techo. Pisa con cuidado, como para no hacer ruido. Se detiene, mira el cielo despejado y dice que esta tarde vamos a matar un ternero. Le cuento que un amigo había venido a vivir por esta zona antes del apocalipsis. Por ahí es la misma gente que buscaba esta mujer: "Tengo que ir a buscarlo. Voy a volver para contarte qué encontré y, tal vez, podemos visitarnos o vivir juntos". Me hace un gesto de aprobación y vuelve a subir la escalera para fijar la chapa antes de que vuelva el agua.

“Vamos a morir, y eso nos convierte en afortunados. Mucha gente nunca morirá porque nunca nacerá. Las personas que podrían haber estado aquí en mi lugar, pero que de hecho nunca verán la luz del día, exceden en número a los granos de arena del desierto del Sahara. Por supuesto, aquellos fantasmas sin nacer incluyen poetas mayores que Keats y científicos más grandes que Newton. Sabemos esto porque el conjunto de posibles personas permitidas por nuestro ADN excede masivamente el conjunto de personas reales. A pesar de estas asombrosas estadísticas, somos usted y yo, en nuestra normalidad, los que estamos aquí. Nosotros los privilegiados que ganamos la lotería de la vida en contra de todas las posibilidades. ¿Cómo nos atrevemos a lloriquear por nuestro inevitable regreso a ese estado anterior del cual la inmensa mayoría nunca ha despertado?.”

Richard Dawkins